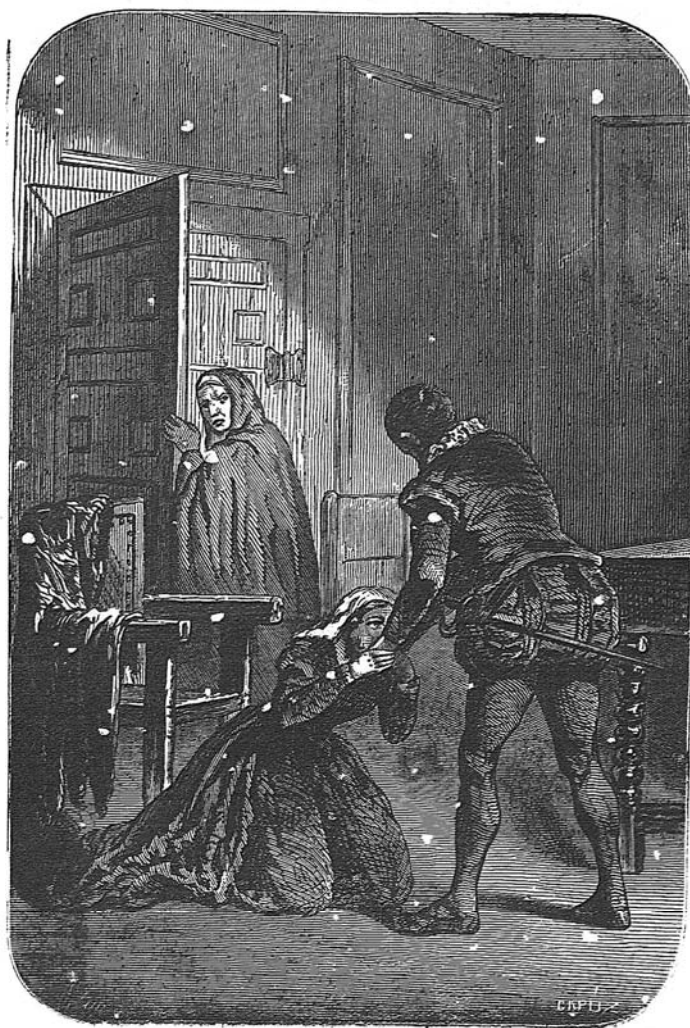


2
M. FERNANDEZ Y GONZALEZ



EL PASTELERO DE MADRIGAL



LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NUMERO 338

TOMO SEGUNDO
35 CÉNTIMOS ==





R. 43.143

M. Fernández y González

EL PASTELERO DE MADRIGAL

TOMO SEGUNDO

1-7-601/2



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Maupérin. J. y E. Goncourt
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens
- 4.—Carmen, Próspero Mérimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguénief.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante. E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Meistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Mérimée
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 29.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 30.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La pena del muerto, por Q. Couch.
- 367 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganza, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpool.
- 251, 252 y 253.—La Maffia, Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.
- 326 a 331.—El rey, el pueblo y el favorito, Rafael d. Castillo.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—264.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte, Ruy Blas. Hernani. Angelo; tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstoi.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. duTerra

- 77.—La herencia de los doce millones.—78.—El tonel del muerto.—79.—El club de los Veinticuatro.—80.—La rival de Baccarat.—81.—La estocada de los cien luises.—82.—El juramento de la gitana.—83.—Las dos condesas.—84.—El triunfo del mal.—85.—Rocambole tiene miedo.—86.—El espectro de la guillotina.—87.—Los caballeros del Claro de Luna.—88.—La sombra de Diana.—89.—El pacto de

las tres mujeres.—90.—El hombre de las gafas azules.—94.—El número ciento diez y siete.—95.—La cárcel de mujeres.—96.—Los lobos de la nieve.—97.—El telegrama falso.—98.—Las garras de color de rosa.—99.—La taberna de la muerte.—100.—El fantasma de las cadenas.—101.—Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103.—La vida de los tres maridos.—104.—Las fieras de la selva.—105.—El barril de pólvora.—106.—Los tres verdugos.—107.—El molino sin agua.—108.—El plan del hombre gris.—109.—El cementerio de los ajusticiados.—110.—Una cita de amor.—111.—Los dos detectives.—112.—El reo de muerte.—113.—La cuerda del ahorcado.—114.—La niña muda.—115.—El secreto de la cartera.—116.—La casa de las rosas.—117.—Los papeles del asesino.—118.—El rapto de una muerta.—119.—El hilo rojo.

Colección Dumas.

51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 6 tomos.—64 y 65. Ascanio. 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—81 a 92. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 152. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 195. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Mashcul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

180 a 183. El Tribunal de la sangre.—39 a 147. El siglo de las tinieblas.—308 a 311. El peluquero del Rey.—312 a 318. Las justicias de Felipe II. 319 a 325. Las dos reinas.

Mayne Reid

159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negro. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos. 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos. 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrécia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares. 303 al 306.—Don Quijote de la Mancha.

209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.

241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.

244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.

248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.

249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.

250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 307.—El médico de su honra.—Mañana será otro día.

254.—Romancero del Cid.

256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.

259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



El Pastelero de Madrigal

SEGUNDA PARTE

Estéfana Barbarigo.

CAPITULO PRIMERO

LA POLICÍA DE VENECIA

Empezaba a amanecer.

La mañana era límpida y fresca, y amortiguado el resplandor de las estrellas por la tenue y blanca claridad que se levantaba sobre el plateado horizonte del mar, el cielo estaba lleno de una encantadora languidez, de una belleza misteriosa.

Sólo se oía el toque soñoliento de la campana que llama a misa del alba.

Venecia, en la cual nos encontramos, dormía aún.

Todo era poesía y misterio en aquellas horas melancólicas, en la hermosa ciudad levantisca, alzada sobre el Adriático, con sus oscuros y largos canales, sus palacios sombríos, sus jardines mudos y solitarios.

Por los desiertos canales no se deslizaba una sola góndola, ni se oía ese canto monótono del gondolero, que durante el día y las primeras horas de la noche es el ruido más característico de Venecia.

Y el día empezaba a indicarse apenas: aún faltaba una hora para que fuese de día claro.

En una calle de casas estrechas, entre las cuales se extendía y se extiende un canal ancho sólo cuanto bastaba para que pudiesen cruzarse rozándose dos góndolas, había un palacio, que se partía ocupando una gran extensión de la calle por los dos lados, que se comunicaban entre sí por altos y sombríos arcos alzados, cruzando el canal.

La arquitectura de este palacio era seca y severa, pero pura, del Renacimiento, aunque con algunos resabios levantiscos en sus cornisamentos y en las torrecillas levantadas sobre su ático.

Una gran puerta con un balcón encima daba paso a un ramal del canal, que penetraba hasta dentro de su soportal, sostenido por robustas pilastras; rejas voluminosas en el piso bajo, cuyas luces eran estrechas y profundas; en el piso principal balcones estrechos y profundos también, excepto el del centro, que era ancho y de arco, sobre el cual lucía un enorme escudo de armas esculpido en piedra; estas rejas y estos balcones, separados por pilastras rebajadas ornamentadas con labores rafaelescas en bajo relieve; sobre los balcones y entre las pilastras, óvalos, corriendo entre el piso bajo y el superior en bella cornisa, y entre el piso superior y el ático un soberbio cornisamento; los arcos que unían en sus dos extremos las dos mitades del palacio, ornamentados del mismo modo, coincidiendo en su altura con el piso superior; por último, en los ángulos, torrecillas con cúpulas redondas y agujas terminadas por grandes estrellas de metal.

Las vidrieras de este palacio eran en el piso inferior de cristal blanco; en el superior, de vidrios de colores ricamente dibujados y esmaltados.

El palacio era rico y puro, de un mármol pardo y severo, y casi sombrío, a pesar de su riqueza.

Por las vidrieras de una torrecilla salía débil y tiñéndose con el color de los vidrios, el reflejo de una luz.

Sin duda, en aquella torrecilla estaba alguien que, ó no se había acostado aún, ó que había dejado el lecho muy temprano.

Esta era la única señal de vida que arrojaba de sí el palacio.

Si al pasar por medio de él, atravesando en un góndola el estrecho canal, hubiérais preguntado al gondolero el nombre del dueño de aquel notable edificio, os hubiera respondido:

—Ahí viven el senador Giacomo Barbarigo y su hermosa hija Estéfana.

¿Por qué nombrar al padre y a la hija cuando de preguntaba el nombre del dueño de aquel palacio?

Si hubiérais hecho esta pregunta al gondolero, él os hubiera respondido:

—¿Decís que no sabéis quién es Giacomo Barbarigo, y lo que es su hija Estéfana? Ella vive para sí y para el diablo, y su padre para los tres; la parte derecha del palacio, según se viene del gran canal, es de Estéfana; la parte de la izquierda, de monseñor Giacomo; el diablo vive en las dos mitades, y hay día en que el canal huele á azufre que apesta.

Advertimos á nuestros lectores que los venecianos, especialmente la gente baja, han sido, son y serán fuertemente supersticiosos; basta con que vean en un lugar, en una casa ó en una persona algo que pueda parecer extraño para que, según las circunstancias, hagan intervenir la influencia de una tercera persona, ya ésta sea la Santa Madonna ó el diablo.

Aquellos canales, aquellos palacios, aquel golfo azul, aquel cielo refulgente, aquel no sé qué semifantástico que forman la fisonomía de Venecia, y los tremendos esbirros del Estado, ya este esbirro haya servido al Consejo de los Diez de la antigua república, ya á los consejos de guerra del Austria; todo esto junto ha dado á los venecianos una extraña manera de ver las cosas y de pintarlas, un fanatismo y una superstición singulares, una fuerte propensión á lo maravilloso, y de aquí que cualquiera suceso, por pequeño que sea, haga nacer un sueño fantástico, una leyenda dramática y bella, pero siempre misteriosa, cuando no terrible.

Acercas de Estéfana Barbarigo y de su padre había dos leyendas que se enlazaban entre sí, y que veremos más adelante.

Si las refiriéramos ahora detendríamos por mucho tiempo la nueva salida á la escena de nuestros amigos de Africa.

La torrecilla, por cuyas vidrieras de colores se veía el débil reflejo de una luz, pertenecía

á la parte del palacio habitado por Estéfana.

Estéfana era sin duda la persona que velaba en la torrecilla.

El canal y las aceras parecían abandonadas.

Sin embargo, no lo estaban.

Pegados al ángulo que formaba el muro del palacio con el pavimento, y escondidos en el hueco de uno de los tragaluces de sus sótanos, había dos bultos informes envueltos en ropones oscuros.

Hacía frío, porque era el mes de Diciembre, y no podía creerse que aquellos bultos habían pasado allí la noche á falta de domicilio.

No eran aquellas noches para pasarlas al aire libre.

Aquellos dos bultos espían sin duda, y si espían eran esbirros, porque sólo los esbirros espían y espían en Venecia.

Suelen espíar también los maridos celosos, ó los padres y los hermanos desconfiados, porque las venecianas, que iban muy poco por la calle con el rostro descubierto, eran demasiado propensas á los amores poéticos y á las citas misteriosas.

La verdad es que los dos bultos estaban colocados de manera que no podían ser vistos, mientras ellos veían la vidriera iluminada de la torrecilla y la puerta del palacio que estaba en la parte habitada por Estéfana.

En la otra parte habitada por Barbarigo no había puerta.

Se entraba á ella por un postigo que daba al jardín sobre otro canal.

Sonaron las seis en el reloj de la basílica de San Marcos.

Entonces se agitaron los dos bultos que estaban embebidos, por decirlo así, en el tragaluz de los sótanos.

—¿No es esta la hora?—dijo uno de ellos.

—Pronto deberá llegar la góndola y entrar en el soportal del palacio—respondió el otro.

Uno de aquellos bultos se levantó, y siguiendo pegado á la pared, adelantó por la acera hasta la oscura encrucijada del canal con otro canal más ancho orlado por sombríos edificios.

Una vez bajo el arco del palacio y en ángulo sobre el otro canal, aquel hombre se detuvo, se encorvó, se achicó, y se embebió en otro tragaluz.

Poco después apareció, adelantando silencio-

sa, una góndola por el canal vecino, y tomó la vuelta para entrar en el canal del palacio.

Entonces el bulto que había avanzado dejó oír un silbido extraño, que sin duda percibieron los dos gondoleros, que veían el uno al timón y el otro impulsando la góndola con un largo remo, porque la góndola atracó en silencio al borde del canal, por la parte por donde había sonado el silbido, y permaneció inmóvil.

Entonces aparecieron dos hombres en el borde del canal; uno, el que había avanzado antes; otro, el que se había quedado allí.

El primero entró en la góndola, y dijo con voz leve:

—¡San Marcos y Venecia!

Los gondoleros no podían temer ya nada.

Tenían encima dos esbirros.

Pero esto les importaba muy poco, porque los gondoleros están bien acostumbrados al trato de estas gentes.

El esbirro que había entrado en la góndola, llegó al que tenía el timón:

—¡Salta!—le dijo.

El gondolero obedeció, y subió á la acera del canal.

El otro esbirro le asió por el brazo, y se lo llevó.

El que había entrado se sentó al timón.

—Continúa tu camino—dijo al otro gondolero—, y has lo que te han mandado hacer.

El gondolero impulsó con su remo la góndola, que se separó del borde del canal, adelantó luego al canal de comunicación con el vestibulo del palacio, y cuando llegó á su fondo, se detuvo silenciosamente.

El esbirro permaneció al timón inmóvil.

El soportal estaba dansamente oscuro.

El gondolero y el esbirro esperaron muy poco tiempo.

Se oyó el ruido de una llave en la puerta del palacio, y ésta se abrió.

Hubo luz.

La que traía en la mano dama, que acompañaba á un hombre.

La dama era alta, esbelta, rubia, blanca y de formas mórvidas y suaves.

En su mirada se notaba una ardiente languidez; una especie de abandono á la pasión; el reflejo de una eterna idea de amor voluptuoso, pero poetizado, embellecido; había en todo su ser, en su actitud, en su mirada, hasta en su

alentar ardiente y delicado, algo que fascinaba, algo que unido á la bella y pura armonía de las correctas formas de su semblante, determinaba una gran belleza, una belleza puramente veneciana, que parecía señalada por la ardiente imaginación del Tiziano.

Una toca de terciopelo negro, con filetes bordados de plata y perlas, y un ancho y magnífico traje de la misma tela y color, abierto por delante, dejando ver una falda de raso blanco de Florencia y con grandes mangas perdidas, formaban el atavío de la joven.

Esta joven era Estéfana Barbarigo.

El hombre á quien acompañaba era alto, ceniciento, fuertemente moreno, con barba negra rizada, y cuyos cabellos no se veían porque cubría su cabeza completamente una toca de terciopelo carmesí, sobre la cual se ceñía un birrete del mismo terciopelo, bordado de oro.

Llevaba una especie de capotillo de terciopelo carmesí también, con vueltas de piel de armiño, y bajo este capotillo, un sayo de ante forrado de sedas de colores, con escote cuadrado en el pecho sobre una camisa de holanda, cerrada en el cuello.

De un cinturón de terciopelo negro bordado de plata llevaba pendiente espada, puñal y limosnera; mostraba calzas ricas de grana y zapatos de cordobán negro lustrado, sujetos sobre el empeine del pie por una trabilla.

Este hombre podría contar cuarenta años y tenía una hermosísima y característica figura.

Nuestros lectores le conocen: era Yayhe-ben-Shariar, el tremendo corsario de la galeota la *Leona*.

De lo que resulta que, contando veinticinco años cuando le vimos por última vez y teniendo más de cuarenta cuando volvemos á encontrarle, habían pasado quince años entre una y otra época, esto es, entre la primera y segunda parte de nuestra historia.

Estéfana y el corsario hablaron algunas palabras en voz tan baja, que ni una sola pudo entender el esbirro, y se separaron, no como dos amantes, sino como dos personas que acaban de tratar de un asunto grave.

El pirata entró en la góndola y la puerta se cerró, quedando el zaguán de nuevo completamente obscuro.

Aben-Shariar, que era hombre muy práctico y que conocía muy bien el terreno que pisaba, vió,

al entrar en la góndola, al esbirro; esto es, le conoció, por el olor sin duda, porque aquel hombre no llevaba distintivo alguno.

El corsario entró en esa especie de camarote semejante á la caja de un coche que, más ó menos grande, pero siempre forrado de negro, hay en las góndolas venecianas, y se reclinó en los almohadones.

—¿Adónde, mi señor?—dijo el gondolero con acento servil.

—¡Diablo! ¡Yo no lo sé!—dijo tranquilamente Aben-Shariar—; preguntalo á ese honrado esbirro que tenemos á popa.

—Os engañáis, monseñor—dijo el gondolero—; yo no sé que vaya á popa más que mi compañero.

—Pues bien, pregunta á tu compañero adónde vamos.

—¡Arrancad!—dijo con voz ronca el esbirro, haciendo el timón.

El gondolero impulsó la góndola con el remo.

El esbirro, cuando la góndola entró en el canal, la volvió con un movimiento de timón.

La góndola siguió, torció, entró en el canal que cruzaba el palacio, y poco después entró en el gran canal.

Empezaba á amanecer.

Adelantaron un buen espacio.

Todo era silencio y calma.

Aben-Shariar sacó la cabeza por una de las ventanas del camarote, y dijo:

—¡En nombre de la república! ¡Acércate, esbirro!

El esbirro dejó el timón y se acercó á la ventanilla.

—¡El que duerme, velal!—le dijo en voz baja, que no pudo oírle el gondolero, Aben Shariar.

Este despropósito era sin duda una seña, y demasiado importante, porque el esbirro hizo un movimiento de asombro y contestó con suma humildad:

—Mandad, monseñor.

—Encamina la góndola á una hostería de las mejores, hazte abrir á fin de que entremos en ella, y pronto.

El esbirro se puso al timón, volvió la góndola, la puso en una dirección contraria á la que antes estaba, recorrió el gran canal, y á su fin atracó la góndola á un muelle.

—Saltad, monseñor—dijo.

Aben-Shariar saltó, y tras él el esbirro.

El gondolero aferró la góndola á uno de los postes que hay á los bordes de los canales, saltó también al borde y se puso á pasear soplando las manos y golpeando fuertemente el suelo con los pies, porque estaba entumido por el frío.

El esbirro se encaminaba á una puerta cercana sobre la cual tremolaba una muestra de lienzo colgada de un pescante y movida por el viento.

Su letrado no podía leerse aún á la indecisa luz del día.

Sin embargo, Aben-Shariar dijo, dando muestras de conocer perfectamente á Venecia:

—Has hecho bien en traerme aquí; la hostería de Génova es un buen lugar de parada. Llama.

El esbirro asentó tres golpes fuertes en la puerta.

Tres golpes tales, que sólo podía darlos quien sin temor á un castigo llamase á una casa pública; quien así llamaba no podía ser menos que ó un senador ó un esbirro.

Inútil es decir que acudieron inmediatamente al llamamiento.

—¡San Marcos y Venecia!—dijo con voz breve, seca y acentuada el esbirro.

La puerta se abrió inmediatamente.

—Un aposento, luz y fuego—dijo el esbirro.

—Seguid tras mí—dijo, con el apresuramiento que da el respeto del terror, el hombre que había abierto, guiando con una linterna que tenía en la mano.

Atravesaron un gran salón ahumado, lleno de mesas y bancos, y, entrando por un corredor interior, llegaron á un pequeño aposento blanqueado y limpio con una mesa y algunos sillones.

El de la hostería encendió una candileja de hierro que estaba clavada á la pared, y se quedó esperando órdenes.

Aben Shariar se había sentado en un sillón, y el esbirro permanecía en pie delante de él y descubierto, pero tenía puesto un antifaz negro.

—Un frasco de vino de Palermo y pastafiora—dijo Aben-Shariar al mozo de la hostería.

Este desapareció.

—Mira—dijo Aben Shariar sacando de su li-mosneta un pergamino enrollado del que pendía de hilos de seda de los colores de la república un sello de plata.

Este sello, y el ser pergamino y no papel lo

que daba Aben Shariar al esbirro, demostraban que se trataba de un alto documento librado por el Consejo de los Diez.

El esbirro tomó el pergamino inclinándose profundamente, se acercó á la candileja y leyó le que sigue:

—“El Consejo de los Diez:

“Todos los esbirros y demás personas de la policía de la República obedecerán á la persona que este nuestro rescripto le presentasen, y contestarán en verdad á todas sus preguntas, aunque quiera saber un secreto de Estado.”

El esbirro se estremeció de asombro, y temió que aquel documento fuese falso; no había ejemplo de que el Consejo de los Diez hubiese dado á nadie tanta autoridad; ni el mismo Dux la tenía; sin embargo, el documento era legítimo; le autorizaban el sello secreto estampado en cera colorada del Consejo de los Diez, y el sello de plata que pendía de los hilos de seda.

A pesar de esto, el esbirro miró, remiró y dió vuelta al pergamino hasta que se convenció de su autenticidad, y le devolvió inclinándose respetuosamente á Aben-Shariar.

Entretanto el de la hostería había puesto sobre la mesa un gran frasco lleno de vino de color de oro, y dos bandejas; la una con copas de cristal, y la otra con pastaflores.

Después de esto se retiró.

—Cierra la puerta—dijo el corsario.

El esbirro cerró.

—¡Descúbretel!

El esbirro se quitó el antifaz.

Aben-Shariar vió entonces un semblante vulgar, ordinario, pero sombrío y astuto.

—¿Cómo te llamas?—dijo el corsario.

—Nicolino Razzi.

—¿Qué profesión?

—Esbirro del Consejo de los Diez.

—¡Tus insignias! ¡Tu título!

El esbirro se abrió el ropón, y sobre su pecho se dejó ver bordadas con seda blanca y de gran tamaño, estas tres iniciales: C. D. X.

Después sacó una caja de lata, y de ella un papel doblado que mostró á Aben-Shariar.

El corsario arrojó sobre él una mirada y le devolvió al esbirro.

—Está bien—dijo—; tus funciones, según he visto, son de noche; ¿qué otra profesión tienes?

—Monseñor, soy sacristán menor de la basílica de San Marcos.

—Está bien: ¿quién soy yo?

—Monseñor es el señor Pietro Mastta, patrón de la nave genovesa que está en el puerto y que se llama la *Bella Genovesa*.

—Bien; pero yo, como tú, tengo muchos oficios; veamos si los esbirros de Venecia lo saben todo, como se cree.

Nicolino se sonrió de una manera sesgada.

—Perdone monseñor que le haga una pregunta: ¿bebe monseñor vino?

—No, nunca le bebo; le he pedido para ti.

—¡Oh, monseñor!

—¿Has querido significarme con tu pregunta que hay algo que me impida beber vino?

—Sí, monseñor—dijo Nicolino inclinándose.

—¿Y qué me lo impide?

—Vuestra religión.

—¡Oh! ¡Mi religión! ¿Y cuál?

—La musulmana.

—Perfectamente explicado. ¡Mi nombre! ¡Mi verdadero nombre!

—Perdonad, monseñor; vuestro verdadero nombre es extranjero y le he olvidado.

—¿No lo sabes?

—Le tengo aquí.

Y el esbirro consultó su libro de memorias:

—Yayhe-ben-hhariat—dijo pronunciando mal el nombre del pirata.

—Perfectamente. ¿Mi patria?

—Túnez.

—¿Mi verdadera profesión?

—Corsario, capitán de la galeota llamada la *Leona*.

—Eso no puede habértelo dicho más que un traidor.

—No, un cobarde.

—¿De los míos?

—De los tuyos.

—¡Su nombre!

—¿Qué más da?

—¡Su nombre!

—Cualquiera de los nombres de vuestros marineros que yo os dijese sería igual, monseñor.

—¿Tú crees que todos me son traidores?

—No creo que ninguno deje de ser cobarde ante el poder de la República.

Yo creía á mi gente capaz de arrostrarlo todo: hasta la muerte.

—Si el poder de la República de Venecia no fuese bastante para aterrar al más bravo, la República hace tiempo que no existiría; en la Re-

pública puede un hombre arrostrar los mayores peligros, vencer todos los terrores; pero á la puerta de las prisiones de Estado, el más fuerte palidece, tiembla y habla; porque delante de las prisiones de Estado hay un misterio terrible; porque ese misterio es impenetrable; porque se cree que están envueltos en él todos los tormentos del infierno.

—¿De modo que la fidelidad se rompe delante de las puertas de hierro de las prisiones de Estado?

—Sí.

—Pues bien; el nombre de quien te ha revelado quien yo soy.

—¿Me lo manda monseñor?

—Te lo mando.

—El Consejo de los Diez me manda obedecer á monseñor, y obedezco con pesar, porque voy á darle un disgusto grave; el que ha vendido los secretos de monseñor á la vista de los Pozos, ha sido el hombre en que tiene monseñor deposita toda su confianza: es Paolo Costa.

—¡Yezid!—exclamó con asombro el pirata—; ¡mientes! ¡Yezid, mi viejo león, es bastante fiero para no ceder ante ningún terror!

—Son tan profundos, tan negros, tan horribles los Pozos, se respira en ellos un aire tan infesto, tan pesado, tan acre, que una hora de permanencia en el fondo de uno de esos Pozos, basta para hacer hablar al más fiero, al más terrible; nada hay que se resista al poder de la República, y Paolo Costa ha resistido lo que nadie había resistido hasta él: la agonía insupportable que se experimenta una vez dentro de los Pozos. No desconfíes de él; yo os ruego que le perdoneis, porque el aire de los Pozos enloquece.

Giraron de una manera terrible los ojos de Aben-Shariar.

Pero aquella expresión feroz pasó rápidamente, y su semblante recobró su expresión impasible.

—Observo que no bebes ni comes.

—Yo no puedo beber, ni comer, ni dormir—dijo el esbirro—, mientras estoy en el ejercicio de mis funciones.

—¿Y cuánto tiempo sirves al día?

—Desde las doce de la noche hasta el amanecer, excepto cuando es necesario vigilar de día.

—¿Por qué has interrogado á Paolo Costa?

—Porque Paolo Costa es el corsario en quien más confianza tiene monseñor.

—¿Pero qué te importaban mis secretos?

—Vuestros secretos, monseñor, interesan mucho al Estado; con vos vino un español con su esposa, que vive hace un mes en un palacio en los jardines de Dorso Duro.

—¿Cómo se llama ese español?

—Gabriel de Espinosa.

—¿Sabes la historia de ese hombre?

—Sí, monseñor.

—Cuéntamela.

—Hace diez y seis años, un rey cristiano, imprudente y loco, entró en Africa pretendiendo llevar á cabo una empresa descabellada.

—Bien, bien; ese rey murió: era el rey de Portugal don Sebastián.

—Hay quien cree que el rey don Sebastián no murió, que le recogió una mujer del campo de batalla, que por aquella mujer fué cuidado y salvado, que aquella mujer le amó y huyó con él de Marruecos para trasladarse á Túnez; vos fuisteis quien llevásteis en vuestra galeota la *Leona*, á Túnez, al rey don Sebastián con la mujer que le amaba.

—Continúa—dijo Aben-Shariar, que escuchaba con una gran atención á Nicolino.

—La mujer que amaba, que adoraba más bien al rey de Portugal, permanece en Túnez con su madre y con sus hermanas, una de las cuales es esposa de monseñor, y allí en vuestro palacio, enamorándose y ansiosa de hablar en su idioma á su esposo el rey don Sebastián, aprendió de cautivos vuestros el habla y la escritura portuguesa y española; hoy doña María de Souza, que éste es el nombre cristiano que ha tomado... esperad, monseñor, voy á consultar el nombre árabe de doña María.

Y Nicolino sacó de nuevo un papel dobiado, le desdobló y consultó.

—Sayda Mirian-ben Juzef-ben-al-Hhayzari.

—Muéstrame ese nombre escrito—dijo Aben-Shariar.

—Le escribió Paolo Costa, porque yo había escrito mal vuestro nombre.

—¡Traidor!—exclamó el pirata.

Y sus ojos volvieron á girar sangrientos en sus órbitas.

—Continúa—dijo—dominándose de nuevo; veamos hasta qué punto me ha hecho traición ese raiisera.

—El rey don Sebastián—continuó Nicolino—, se aburría en Túnez; el amor de su esposa le



cansaba ya; Dios no le había dado hijos; el alma ardiente del rey se ahogaba en vuestros palacios, monseñor; necesitaba aire y sensaciones fuertes; era, y es, guerrero, y no quería volver á su reino por no sufrir la vergüenza de su derrota, causada por su locura, y arrojando por todo con tal de tener ocasión de pelear, armó con parte de los inmensos tesoros que su esposa había llevado á Túnez una fuerte galera corsaria de dos bandas, y se hizo á la mar como pirata tunecino, porque de la misma manera que su esposa doña María había aprendido el portugués y el español, el rey don Sebastián había aprendido el árabe. Todos le hubieran creído moro, uno de los moros descendiente de los que arrojados ha cerca de un siglo de España, pasaron á Africa. Moro le creían los corsarios feroces que tripulaban su galera, y por lo mismo no podían comprender la conducta de su arraez.

—Sepamos: ¿cuál era la conducta del corsario Sydi Bahhari?—dijo Aben-Shariar.

—Eso es: acabáis de pronunciar el nombre árabe que había tomado el rey don Sebastián; lo extraño de su conducta consistía en que, si encontraba un buque cristiano, le dejaba pasar libremente, y acometía con una ferocidad de tigre á las galeotas turcas ó marroquíes, sin respetar otras que fuesen moras más que las argelinas ó las de Túnez; tomaba la presa, ahorcaba á los corsarios, ponía en libertad á los cautivos llevándolos de noche á una costa de Italia y se hacía de nuevo á la mar hacia Levante. *Buitre del Mar*, que así se llamaba la galera corsaria del rey don Sebastián, llegó á hacerse terrible; se reunieron contra ella escuadrillas de corsarios, é hicieron la verdadera gloria del rey pirata; una y otra y otra escuadrilla fueron vencidas y echadas á pique; los cautivos cristianos fueron puestos en libertad, y ellos trajeron á Italia, y particularmente á Venecia, la fama del feroz corsario tunecino, que de una manera tan extraña respetaba á los cristianos, acometía á los piratas marroquíes y turcos, y ponía en libertad á los cautivos que encontraba en las galeotas apresadas, y les daba dinero para que volviesen á su patria. Todo lo que se habla, aún más, todo que se piensa en Venecia, lo sabe el Consejo de los Diez. El Consejo de los Diez tuvo, pues, noticia de las hazañas del corsario arraez del *Buitre del Mar*, de las señas del buque, y dió orden á las galeras de la República que persiguen á los

corsarios, de dejar en paz á este pirata tan honrado, que respetaba á los buques cristianos y acometía á los infieles, haciendo él solo mucho más que todas las galeras de la República, y no exigiendo por ello que la República le pagase. Pero llegó un día en que el Consejo de los Diez dió orden á una galera de la República para que se pusiese en demanda del *Buitre de los Mares*. No para apresarla, no para ahorcar á su capitán; no, no, señor: para saludarle. Esto provino de un relato de un portugués, natural de Lisboa, que cautivo y puesto al remo en una galeota turca apresada por el *Buitre de los Mares*, había sido puesto en libertad una noche con sus compañeros en las costas de Venecia. El portugués se presentó al Consejo de los Diez, ofreciendo hacer importantes revelaciones, y oído, declaró que el capitán corsario del *Buitre de los Mares* era el rey don Sebastián de Portugal. Este produjo la prisión del portugués y la de sus compañeros, que sabían este secreto, para que no pudieran revelarlo á nadie, y se envió una galera de la República en demanda del *Buitre de los Mares*. En efecto, algunos días después de la salida de la galera de la República del puerto de Venecia, avistó ésta al *Buitre de los Mares*, y le hizo señales amistosas de parlamento. Acudió á él el corsario y el capitán de la galera de la República puso en sus manos una larga carta del Dux, cerrada y sellada con el gran sello de la República. Yo no sé lo que aquella carta contendría; pero la verdad es que hace seis meses, en una urca holandesa, llegó á Venecia un hombre, que se llamaba español y Gabriel de Espinosa, con una hermosísima dama como de treinta y cuatro años, que se llamaba doña María de Souza y portuguesa, con un rescripto del Consejo de los Diez. Este hombre saltó con su esposa en tierra y con un gran equipaje, cuyos bultos pesaban de una manera excesiva, y se presentó al Consejo, que se encerró con ellos. Yo no sé lo que sucedió dentro del Consejo; pero sí sé que el Gabriel de Espinosa salió de allí para ir á habitar un palacio de la República en los jardines del Dorso Duro, y que á mí se me ordenó vigilar el palacio y vigilar al extranjero, cuyo nombre se me dijo; esto es, que era el rey don Sebastián de Portugal; porque á un esbirro puede y debe descubrirse todo; porque un esbirro es una boca cerrada, y unos oídos y unos ojos siempre abiertos del Consejo de los Diez, en servicio de la Repú-

blica; para que yo pudiese vigilar bien al extranjero y comprender lo más misterioso que viese en su conducta, era necesario que conociese su verdadero nombre; por eso se me dijo que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastián.

—Puede muy bien equivocarse el Consejo de los Diez.

—No, monseñor—dijo Nicolino—; el Consejo de los Diez no se equivoca nunca. El Consejo de los Diez hizo hacer un retrato fiel de Gabriel de Espinosa, y yo fui enviado con este retrato á Portugal. Todos los que vieron aquel retrato reconocieron al rey don Sebastián; sólo encontraron que aparentaba más edad que la que debía tener, porque parecía de más de cincuenta años, cuando sólo debía contar treinta y nueve; pero contad diez y seis años de fatigas y combates marítimos, la agonía del alma, aquel vivir muerto, ser príncipe de un reino perdido, una desesperación fría y eterna, y comprenderéis la diferencia que hay entre la verdadera edad del rey don Sebastián y la que representa. Aunque vos, monseñor, lo sabéis demasiado.

—Dios sólo sabe—dijo Aben-Shariar—, si ese hombre es el rey don Sebastián ó Gabriel de Espinosa; pero sepamos por qué tú, encargado de vigilar á mi hermano, porque hermano mío es por mi esposa y por la suya ese hombre misterioso, has venido á vigilarme también á mí.

—Porque vos habéis entrado dos noches seguidas en casa de Estéfana Barbarigo, de quien es amante el rey don Sebastián.

—¿Y qué importa esto á la República?

—Eso no os lo puedo yo decir, monseñor; eso os lo podrá decir el Dux, ó más bien, os lo dirá el Consejo de los Diez.

—¿Cómo conoció Gabriel de Espinosa á Estéfana?—dijo Aben-Shariar cambiando el giro de su interrogatorio.

—Una noche—dijo Nicolino, tomando la entonación de quien empieza un largo relato, una dama, completamente envuelta en un manto de terciopelo, ceñido en la cabeza por un pequeño sombrero negro, llegó á una de las góndolas atracadas en el gran canal y entró en ella mandando al gondolero que la llevase á las Lagunas.

Un hombre alto, arrogante en el andar y en la apostura, saltó apresuradamente en otra góndola y mandó á su gondolero que siguiese á la góndola donde había entrado la dama.

Otro hombre llegó á otra góndola, pronunció las palabras San Marcos y Venecia, y ordenó en nombre de la República al gondolero que siguiese á la góndola en que el caballero seguía á la dama que iba en la primera góndola.

La dama era Estéfana Barbarigo; el caballero que la había visto, el rey de Portugal; el esbirro que seguía á entrambos era yo.

Los gondoleros saben seguir sin que la persona que siguen lo note, y las tres góndolas marchaban una en pos de la otra, sin que Estéfana notase que era seguida, y sin que el rey de Portugal se apercibiese de que era seguido también.

Tardamos una hora larga en llegar á las Lagunas, y la primera góndola, esto es, la góndola en que iba Estéfana Barbarigo, se detuvo junto á un islote pequeño, sobre el cual se alza una pequeña y siempre cerrada casa de piedra, en donde vive el doctor Tieppolo Albano, el más terrible envenenador del mundo.

—¿Y si es envenenador, cómo no le castiga la República?

—Lo ignoro, monseñor; preguntádselo al Dux ó al Consejo de los Diez.

—Continúa.

—Estéfana saltó en tierra, tocó levemente la puerta de la casa de Tieppolo Albano, y la puerta se abrió silenciosamente, dejando ver un fondo oscuro en el cual se perdió Estéfana, después de lo cual la puerta volvió á cerrarse.

Entonces la góndola en que iba el rey de Portugal se acercó á la góndola de la que había salido Estéfana.

Los dos gondoleros hablaron un largo rato, sonando al fin algunas monedas de oro, y el rey de Portugal entró en la góndola que tenía á su servicio Estéfana Barbarigo, y se ocultó en su litera.

La góndola que había llevado hasta allí al rey don Sebastián se alejó; pero yo la salté al encuentro con la mía, la corté la vía y pronuncié las palabras San Marcos y Venecia.

La góndola se detuvo, salté en ella y despaché á la góndola que me había llevado hasta allí, que partió.

—¿Quién es el hombre que has traído hasta aquí y que ha pasado á la otra góndola?—le pregunté al gondolero. Yo quería saber si el rey de Portugal había cometido alguna imprudencia.

—No sé quién es, señor—me respondió el gondolero—; pero debe ser rico, porque ha dado á

Giuseppe dos cruzados de oro y á mí otros dos.

—¿Y por qué os ha dado ese dinero?

—Porque Giuseppe le permita entrar y ocultarse en la litera donde ha venido la dama que está en estos momentos en casa del doctor Albano.

—¿Conoces tú esa dama?

—No, señor, ni Giuseppe la conoce tampoco, porque el desconocido que ahora está en su góndola ha preguntado su nombre y no se lo ha sabido decir.

—Aborda silenciosamente á la góndola de Giuseppe por la popa—le dije al gondolero.

Este acercó su góndola á la otra y unió su costado á la popa de aquélla.

—San Marcos y Venecia!—dijo al gondolero que estaba al timón.

—Mandad, señor—me respondió el gondolero en una voz tan baja como la mía.

—Salta á esta otra góndola y déjame en tu lugar—le dije.

Inmediatamente el gondolero saltó á la otra góndola y yo ocupé su lugar en la que acababa de dejar.

—Idos—le dije.

La góndola en que yo había ido hasta allí se alejó.

Sólo quedó la góndola en que Estéfana había ido. Ya estábamos allí el rey don Sebastián y yo; poco después debía estar Estéfana.

Giuseppe había notado aquel cambio de personas en la popa de la góndola, pero comprendió que se trataba de un esbirro y no se movió siquiera.

Continuó como si nada hubiera acontecido.

Los gondoleros están demasiado acostumbrados á estos sucesos.

El rey don Sebastián no había podido notar nada.

Todo se había hecho de la manera más silenciosa, y la puerta del camarote ó de la litera de las góndolas corresponde á la parte de la proa.

—¿Pero por qué—dijo Aben-Shariar—, siempre que te refieres á Gabriel de Espinosa le llamas con tal seguridad el rey don Sebastián?

—Porque estoy seguro de que lo es.

—¿Puedes engañarte!

—No; todos los grandes señores portugueses que han visto el retrato que yo llevé á Lisboa, le han reconocido.

—¿Y saben que el original del retrato está en Venecia?

—Sí, señor.

—¿Y piensan en reconocerle?

—Hay en Portugal la creencia de que el rey don Sebastián no murió en Africa; el yugo del rey de España se hace insoportable á los portugueses; el duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, extrema con ellos toda la ferocidad de su carácter.

—Y á la República de Venecia le conviene distraer al rey Felipe II con empresas difíciles, para que su ambición deje por algún tiempo de tener fija la mirada en el Lombardo-Veneto.

—Desde la conquista de Nápoles los reyes de España han tenido fija su vista en el estado de Venecia; pero no importa: Venecia es la reina de los mares, y el león de San Marcos tiene aún las alas fuertes y las garras aceradas; sin embargo, bueno es que el rey Felipe tenga en qué pensar, y sobre todo la República de Venecia es justiciera y amiga de dar á cada uno lo que es suyo; Portugal es del rey don Sebastián, y Venecia dará á este noble rey su reino.

—Buena suerte será para Gabriel de Espinosa que le crean rey, le ayude y le coronen; pero continúa el cuento de la aventura de Estéfana Barbarigo y de Gabriel de Espinosa.

—Estéfana estuvo encerrada con el envenenador Tieppolo Albano dos largas horas, salió al cabo tan silenciosamente como había entrado, saltó á la góndola y entró en la litera.

Inmediatamente yo, que estaba al timón, volví la góndola al mismo tiempo que la impulsaba con los remos Giuseppe.

Se oyó un grito reprimido dentro de la litera.

Yo aseguré el timón, y me deslicé á lo largo de la litera, poniéndome replegado cerca de su puerta.

—Callad, señora, y nada temáis—decía el rey de Portugal—; además, que vuestros gritos serían inútiles; el gondolero es mío, y no saldremos de esta laguna, es decir, no entraremos en la ciudad hasta que me hayáis escuchado.

—¿Y quién sois?—dijo con la fuerte altivez de su carácter, Estéfana.

—Debeíisme haber reconocido por la voz.

—¡Ahl Vos sois!—dijo con acento un tanto trémulo Estéfana—el extranjero á quien vi esta

mañana en la iglesia de San Marcos, que me siguió tenazmente hasta mi casa...

—Que os habló un momento; que os encareció el estrago que en su corazón, y en un sólo instante, había causado vuestra hermosura, á quien vos no quisisteis oír, á quien obligásteis á que os siguiera; que ha estado todo el día mirando vuestros balcones, sin lograr verlos en ellos; que ha esperado aun cuando ha llegado la noche; que os ha visto con asombro salir sola; que os ha seguido; que está, por fin, á vuestro lado, gracias á lo apasionados que son por el oro los condóleros, y que os repite que os ama, que necesita ser amado por vos.

—¿Sabéis quién soy yo, caballero?—preguntó Estéfana.

—Mi corazón hasta ahora no ha necesitado saber vuestro nombre; necesitaba, antes que todo, saber si vos le podíais amar.

—El palacio junto al cual habéis pasado todo el día—dijo Estéfana—es muy conocido.

—Ya os he dicho que no he pensado en saber quién érais.

—Pero como lo pensaréis mañana, os lo voy á decir, caballero; yo soy Estéfana Barbarigo, hija de Giacomo Barbarigo, senador de la República y miembro del Consejo de los Diez.

Estéfana dijo sus últimas palabras con cierto acento de amenaza.

—Y tratándose de vos, ¿qué me importa el Consejo de los Diez, ni el de los Quinientos, ni el Dux, ni la República de Venecia, ni el mundo entero?

—Mirad, caballero—dijo con un acento ligeramente sarcástico Estéfana—, que estamos sobre las terribles Lagunas.

—Ya sé que aquí, entre el fango de estas lagunas, desaparecen reos á quienes el Consejo de los Diez sentencia; pero á mí no me sentenciará, señora, el Consejo de los Diez, que es muy amigo mío, que me favorece mucho.

—¿Pues quién sois?—dijo Estéfana con expresión de interés, porque en la manera de hablar de aquel hombre se comprendía que no mentía.

—Yo, señora—dijo el rey—, soy un aventurero, entre español, portugués y moro, que me llamo Gabriel de Espinosa.

—¡Vos!—dijo con asombro Estéfana.

—¡Sí, yo!

—¿Que vos sois Gabriel de Espinosa!—dijo con cierta severidad Estéfana.

—Sí.

—Pues entonces, vos sois el rey don Sebastián de Portugal.

—¡Callad, callad, por Dios, hermosa Estéfana!—dijo el rey—; los hombres que os acompañan, podían escuchar, podían divulgar lo que á pesar mío se dice demasiado; esto es, que yo soy un rey, cuando no soy más que un soldado y un pirata.

—Un pirata magnífico, que combate á los infieles y salva á los cristianos—dijo con entusiasmo Estéfana—; ¿por qué esta mañana cuando me habéis visto no me dijisteis: yo soy Gabriel de Espinosa?

—Habíais causado en mí, señora, una impresión tal, que tuve miedo de hablaros.

—¿Miedo vos!

—A un desdén vuestro, que me hubiera matado, matando mi esperanza.

—¿Y esta noche no habéis tenido miedo de introducirseis traidoramente (Estéfana pronunció esta palabra de una manera encantadora), en la litera de esta góndola donde sabíais que yo había de volver?

—Desde esta mañana he reflexionado mucho.

—¿Y la reflexión os ha dado valor?

—Sí, señora, porque he pensado que vale más concluir de una vez con la esperanza, que vivir agonizando con ella.

—Bien dicen que sois atrevido y temerario.

—Lo que quiere decir decir que tengo poca paciencia y prefiero el mal cierto al bien dudoso; porque para mí la duda, la incertidumbre de lo que ardientemente desco, es el mayor mal que puedo sufrir.

—¿Y no temisteis que yo saliese de esa casa acompañada? ¿No os ha inquietado el alma mi permanencia en ella?

—No.

—¿Y por qué?

—Porque vos no amáis ni habéis amado nunca.

—¿Yuién os lo ha dicho? ¿Quién puede responder de lo que pasa en el alma de una mujer?

—Vuestro semblante.

—¡Ah! ¿Mi semblante os ha contado que yo no amo ni he amado nunca?—dijo Estéfana riendo de una manera adorable; mi semblante puede mentir; la ficción y el disimulo dicen que son medios de que la mujer usa á la perfección.

—Pero no se puede fingir ese no sé qué mis-

terioso que hace que la niña aparezca en la mujer; el puro brillo de los ojos; el anhelante alentar de unos labios frescos que sonríen; ese perfume que emana del alma virgen á través de un cuerpo virgen también; ese disgusto apasionado de la mujer que siente y no ha satisfecho sus sueños; esa altivez divina de la que no tiene que inclinar la frente ante ningún hombre; vos, Estéfana, sois todo esto; todo esto divinizado por una hermosura sin igual, por una gracia incomparable, por un atractivo irresistible.

—¡Ah! ¡No levanteis tanto la voz, señor, que pueden oírnos! ¡No vamos solos!

Esta advertencia de Estéfana no tenía por objeto otra cosa que atenuar lo significativo de la ardiente exclamación, de la exclamación profundamente apasionada que se había escuchado involuntariamente de su alma al escuchar la enamorada manifestación del juicio que el rey don Sebastián había formado de ella.

—Yo había entrado aquí —dijo el rey—, sobornando al gondolero, lleno de temor y de ansiedad; yo sabía que no amáis, y que no habeis amado; pero temía mucho que no me amáseis.

—¿Qué queréis decir?

—Digo, que espero, que creo que vos me amareis.

—Sois poco prudente irritando en la primera entrevista conmigo mi vanidad mujeril; me pareceis uno de esos conquistadores que antes de conocer la fuerza de una ciudad que sitian la intiman la rendición.

—Es que yo no pretendo rendiros, Estéfana; lo que pretendo es que aceptéis mi rendimiento; yo no quiero ser vuestro señor; lo que yo quiero es que seáis mi señora.

—¡Yo señora de un tan gran rey!

—Dejemos eso; yo no quiero ser el rey don Sebastián, ni el rey don Sebastián fué grande; él llevó á morir á Africa á un ejército, y proporcionó á Portugal una vergonzosa derrota.

—¡Vergonzosa no!

—Sí; porque es vergonzosa la tenacidad de un mancebo loco que, desoyendo los prudentes consejos de aquellos á quienes debiera respetar, acomete una empresa descabellada, comprometiéndose en ella la vida de sus soldados y el honor de su patria. El rey don Sebastián fué un insensato y mereció bien la muerte, por irreflexivo y soberbio. Su abuela la reina doña Catalina, sus tíos el rey don Felipe y el cardenal don Enrique,

el gran duque de Alba, los más respetables y los más prudentes magnates de Portugal y de España le aconsejaron que desistiese de la empresa de Africa.

—El Papa, sin embargo, le excitó á ella.

—Engañado por su celo cristiano; pero el rey don Sebastián debió creer más á grandes príncipes, á grandes capitanes que conocían demasiado lo temerario de una guerra en Africa, con poca gente, nueva, allegadiza y levantada de pronto, que al Soberano Pontífice, que entregado á su santo ministerio de paz y caridad, entiende poco de guerra; él sólo vió que el rey don Sebastián se armaba contra los infieles, y le impulsó á la empresa, le ayudó para ella con cuanto pudo; pero la empresa era imposible, tal como pretendió llevarla á cabo aquel desgraciado rey, y los resultados fueron terribles; el rey fué afortunado en una sola cosa: en quedar también entre los muertos para no verse en el caso de sufrir la vergüenza de aquella desastrosa y completa derrota que él había buscado de una manera insensata; no, yo no soy el rey don Sebastián; si yo fuera el rey don Sebastián... no sería, porque á haber sido yo el rey, me hubiera quitado yo la vida, si los moros no hubieran sido bastantes para quitármela.

—Dicen que el rey peleó como un león.

—Era muy bravo el rey don Sebastián.

—¡Como vos!

—Casi, casi; afortunadamente por eso, si ha caído sobre su nombre la vergüenza como caudillo imprudente y temerario, su valor como caballero, ha librado su nombre de la infamia; ha hecho que su nombre se pronuncie con conmiseración, no con desprecio, y esto es lo único que me consuela...

—¡A vos!

—Sí; yo era muy apasionado del rey... como que me parezco á él tanto, que temo no seamos hermanos, puesto que su padre anduvo por tierras de Castilla.

—Y decid, Gabriel, ¿ya que sabeis que no sois don Sebastián, y que yo no quiero contrariaros, si tan prudente fué aquella, por qué fuisteis vos á ella?

—Un soldado á ninguna parte va mejor que allí donde más patente, donde más seguro es su peligro; ¿qué me importaba á mí? La muerte es lo menos malo que puede sobrevenir á un soldado; desde el momento en que un hombre se pone

bajo la sombra de una bandera, se pone bajo la sombra de la muerte. No; al capitán toca meditar una empresa, al soldado obedecer al capitán; más vale morir aunque se muera de la oscura muerte del soldado, que vivir debiendo la vida al miedo para que los que nos conozcan digan: vive porque huyó.

—Sois grande y noble, señor, ya seais el bravo aventurero, el terrible pirata, ó el rey desgraciado; sois el hombre que yo soñaba, que yo anhelaba; y tan asombrada me teneis de vos, tan orgullosa por haberos enamorado, que no aventuro nada en responderos que os amaré con toda mi alma.

—¿Me conocéis bien, Estéfana?—dijo con la voz temblorosa de emoción el rey.

—Sí; os conozco por completo.

—¿Reparasteis esta mañana en mí?

—¿Qué mujer no repara en el hombre que la sigue, que la mira, que la dice amor con su presencia, con su mirada, si ese hombre tiene un aspecto tal de nobleza como el vuestro?

—Yo estoy curtido y envejecido por la fatiga, por mi continua vida en la mar; yo no soy ese joven noble que vos habéis soñado.

—Un joven nunca puede poseer lo que yo he deseado en el hombre que me ame; un joven empieza á vivir; no puede ser un héroe sin que hayan transcurrido los años que traen consigo las ocasiones difíciles en que puede mostrarse la grandeza de su alma; vos, indudablemente, no sois el mismo que érais cuando fuisteis á Africa.

—No, por fortuna.

—Erais, sin embargo, el valiente joven de quien se ha hecho el hombre grande en quien yo había soñado.

—Pero la admiración, el entusiasmo, no son el amor.

—Pues qué, ¿puede existir el amor sin la adoración y el entusiasmo? ¿Puede llamarse amor aquel que en la mujer no vaya acompañado de la admiración, del respeto y del orgullo por el hombre á quien se ama? Un amor que no busque el alma, un amor en que la mujer se crea de tanto valor como el hombre, es el amor de las pobres gentes vulgares que nacen, viven y mueren sin dejar un recuerdo, desconocidos de la generalidad en la vida y en la muerte; yo no he nacido para lo vulgar, y por eso no pueden ser vulgares mis amores; por eso os amaré, por eso casi casi os amo ya.

—¡Oh, si el rey don Sebastián hubiera sido tan afortunado en la empresa de Africa como yo lo he sido con vos en la empresa de mis amores!

—No me habéis preguntado quién soy—dijo Estéfana—; ¿por qué esto, Gabriel?

—Porque me basta con lo que sois; porque un nombre nada supone; nada más que un signo.

—Sin embargo, habéis pronunciado más de una vez mi nombre: ¿quién os lo ha dicho?

—Cuando pasábais por la plaza de San Marcos y yo os seguía, unos jóvenes nobles dijeron al pasar vos: "Ved la hermosa Estéfana, tan altiva y tan desdenosa como siempre."

—¡César Malatesta y sus amigos!—dijo con acento reconcentrado Estéfana.

—¿Y qué os importa de ese hombre, Estéfana?—dijo con acento celoso el rey.

—¡César Malatesta es un miserable que ha calumniado mi nombre!—dijo Estéfana.

—¡Que ha calumniado!—exclamó con acento severo el rey.

—Sí.

—¿Y vuestros parientes?..

—Yo no tengo más parientes que mi padre.

—¡Pero vuestro padre!..

—Era ya viejo cuando se cubrió de gloria en la batalla de Lepanto.

—¡Estuvo vuestro padre en aquella famosa jornada!

—Sí; era el general de la armada de Venecia.

—¡Giacomo Barbarigo—exclamó el rey—; ¿sois vos hija de ese héroe?

—Ese héroe es ya un cadáver viviente; es un anciano que tiene vuelto el rostro á la eternidad y la espalda al mundo; un miembro paralítico del Consejo de los Diez; un hombre cargado de años y de gloria, que puede decirse que no existe. Yo, por lo tanto, soy huérfana.

—Y por eso ese hombre, ese César Malatesta...

—Es un miserable cobarde.

—Del cual yo os vengaré.

—¡Oh! ¡No! Vos estáis acostumbrado á combatir con leones, y Malatesta y sus amigos son serpientes; dejadme á mí con ellos; yo los castigaré; os prohibo terminantemente que busquéis ni provoquéis de ningún modo á Malatesta; yo sola he resuelto castigarle, y para castigarle he venido esta noche á hacer una visita al sabio Tieppolo Albano; ahora que os conozco, ahora

que mis primeros amores han empezado, ahora que pretendo realizar mis sueños, es necesario que yo os quite del paso ciertos inconvenientes.

—Explicáos, Estéfana.

—No, tened confianza en mí como yo la tengo en vos; yo nada os he preguntado; nada quiero saber de vos, sino que me amáis; sed vos lo mismo para mí; y ahora, ya que hemos vagado bastante por la Laguna, permitidme que yo vuelva a mi casa.—¡Eh, gondolero!—añadió Estéfana, asomando su hermosa cabeza a la puerta de la litera—; lleváenos al palacio Barbarigo.

Entonces, como yo era quien debía dar la dirección a la góndola, me vi obligado a apartarme de la litera para tomar el timón; poco después la góndola entraba en los canales.

No pude, pues, oír lo que siguieron hablando Estéfana y el rey.

Media hora después, la góndola se detenía en el oscuro soportal del palacio de Barbarigo; Estéfana salió sola, y antes de entrar en el palacio, cuya puerta abrió ella por sí misma, dijo al rey:

—Hasta mañana, señor; a esta misma hora y en este mismo sitio.

Entonces Estéfana entró y cerró la puerta.

—A los jardines del Dorso Duro—dijo entonces el rey.

La góndola se puso en movimiento, y poco después estábamos en los canales que cruzan los jardines.

El rey saltó en tierra y se alejó; yo salté también y le seguí hasta el palacio, donde entró el rey.

Después, en la misma góndola, volví a las Lagunas, llegué al islote donde se levanta la casa del doctor Tieppolo Albano y...

Nicolino se detuvo; una campanada grave, ronca, sonora, había resonado a lo lejos, a la que siguieron algunas otras campanadas.

—¡La campana de San Marcos, monseñor!—dijo el esbirro—; me veo obligado a suplicaros que me dejéis aquí en libertad; la hora de que yo me dedique a mi profesión pública ha llegado; el sacristán menor de la basilica hará dentro de muy poco falta en ella.

—Vete y llévate esa botella y esas pastas; toma además.

—No puedo, monseñor, aceptar dinero.

—Te lo mando yo; además, desde que ha sonado esa campana, no eres ya el esbirro de la re-

pública, sino el sacristán menor de San Marcos.

—Puesto que me lo mandáis, obedezco—dijo el esbirro-sacristán.

—Vete ya—dijo Aben-Shariar.

—¿No me dais orden alguna?

—Ninguna.

—Adiós, pues, monseñor.

Nicolino salió; Aben-Shariar pagó, y salió también: era ya de día.

En vano pretendió saber Aben-Shariar por dónde había desaparecido Nicolino.

Porque aquello era una desaparición.

Ni a lo largo de los bordes del canal, ni en él, se veía una sola persona, ni más que la góndola que había llevado hasta allí al corsario y al esbirro.

En la góndola había dos hombres: dos gondoleros; pero entrambos tenían la cabeza descubierta, y ninguno de ellos era Nicolino.

—¡A las Lagunas, a casa del doctor Tieppolo Albano!—dijo Aben-Shariar entrando en la góndola.

Un momento después, la góndola arrancaba surcando un ancho canal emblanquecido por la primera luz de la mañana.

CAPITULO II

UN ENVENENADOR ESCONDIDO EN UN MÉDICO

La casa del doctor Tieppolo Albano estaba situada sobre una pequeña roca que se alzaba poco más de un metro sobre la superficie azul verdosa de la laguna.

Esta casa, por más que estuviese habitada por un hombre de reputación tan dudosamente terrible como el doctor Albano, era risueña; constaba de dos pisos con ventanas, cuyo marco y adornos pertenecían al más delicado y bello gusto del Renacimiento, y sobre su cornisa corría una bella balaustrada de mármol blanco.

Delante de la puerta tenía un pequeño muelle de piedra, y una pequeña gradería, a la cual atracó la góndola.

Aben-Shariar saltó y llamó con fuerza a la puerta.

Poco después se abrió una ventana en el piso principal, y apareció la sombría cabeza de un negro viejo.

—¿Qué quereis tan temprano?—dijo el viejo con voz agresiva y grosera; mi señor duerme hasta bien entrado el día, y no abandona el le-

cho por nada antes de su hora de costumbre.

Aben-Shariar estaba de espaldas á los gondoleros, que no pudieron ver que por toda contestación el corsario abrió sus vestidos y dejó ver su pecho, sobre un fondo negro, estas tres iniciales bordadas con plata: C. D. X., esto es, Consejo de los Diez.

Aquellas tres letras eran para los venecianos lo mismo que fué para los antiguos griegos la cabeza de Medusa; causaban un terror frío.

El negro, pues, se apartó rápidamente de la ventana, y á seguida se abrió la puerta.

El corsario entró en la casa del doctor, y la puerta se volvió á cerrar.

—Esperad aquí, señor—dijo el negro introduciendo en un saloncito á Aben-Shariar, y desapareciendo por entre los anchos cortinajes de damasco que cubrían un pórtico al fondo del saloncito.

Aben-Shariar esperó; nada había en la habitación en que se encontraba que revelase al sabio ni al criminal; era una preciosa y alegre estancia, cuyas paredes estaban revestidas de raso blanco, sobre el cual se destacaban cuadros al óleo, pertenecientes á la bella, mórbida y sensual escuela veneciana, representando asuntos mitológicos; el techo pintado al temple con una gran brillantez de color, representando bellísimamente un encuentro de la Luna ó de Diana con la aurora; parecía pintado por Pablo Veronés, según su color succulento, bello, dulce, vaporoso, casi fantástico; una alfombra blanca con dibujos azules orlaba la estancia bajo una sillaría blanca con filetes dorados, y el cuadro del pavimento que dejaba descubierta la carencia de alfombra en el centro, mostraba un bello mosaico representando á Anfítrite.

Todo era allí completamente pagano y voluptuoso.

Aquel saloncito parecía más bien la habitación de una hermosa cortesana que el cuarto terrible de un químico nigromante y envenenador, que esta era la reputación que tenía en Venecia Tieppolo Albano.

No fué larga la espera de Aben-Shariar.

A los seis minutos de haber entrado en el salón, se abrieron los cortinajes de damasco del pórtico de que hemos hablado, y apareció un anciano de aspecto el más simpático del mundo.

Era alto, robusto, bien formado, de semblante apacible y alegre, blanco y fuertemente souro-

sado, con pequeños y vivos ojos azules, que parecían no podían tener otra expresión que la alegría; una larga cabellera, poblada y completamente blanca, le caía rizada sobre los hombros, y sólo el color de estos cabellos, las arrugas de aquella piel blanca, rosada y fresca, y el hundimiento de la boca por falta total de dientes, parecían marcar en aquel hombre á un anciano.

Por lo demás, su actitud era tranquila, las formas de sus miembros esbeltas y robustas, y el conjunto airoso y bello; vestía un sayo de terciopelo negro, calzas de seda blanca, y un largo sobretodo de terciopelo carmesí de largas mangas perdidas con vueltas de piel de armiño.

Este hombre era el doctor Tieppolo Albano.

Saludó inclinándose con suma distinción á Aben-Shariar, tomó una silla, se la presentó, y cuando se hubo sentado Aben-Shariar, tomó otra silla, sentóse, y miró sonriendo á su visitador, como diciéndole:

—Y bien, ¿quién sois? ¿Qué me queréis? ¿Por qué me visitais tan temprano? Tengo curiosidad; nada más que curiosidad.

Todo esto quiso decir y dijo el doctor Albano con su mirada, con su sonrisa y con su actitud á Aben-Shariar.

Aben-Shariar, sin decir por su parte ni una sola palabra al médico, sacó su cartera, y de ella el rescripto del Consejo de los Diez, que había presentado antes á Nicolino, y que presentó sonriendo é inclinándose al doctor Albano.

El doctor sacó de entre sus ropas unas anchas antiparras montadas en oro, las acomodó á su nariz aguilera, leyó, siempre sonriendo, el rescripto; después se quitó las antiparras, las guardó, dobló el rescripto, se puso de pie, y devolvió el papel á Aben-Shariar, inclinándose profundamente.

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor—dijo. Pero sonriendo siempre.

Aquel hombre había nacido para dar el ejemplo de una eterna, de una impasible imperturbabilidad.

—Sentaos, sentaos, señor Tieppolo—dijo Aben-Shariar asiéndole por las manos é impulsándole á sentarse; yo vengo á vos, no como un alto y terrible agente de la República; nada menos que eso; vengo á vos como un amigo, y como los que como amigos se presentan á una persona que no los conoce, deben empezar por decir su nombre y su condición, voy á deciros lo que yo

soy: soy genovés y mercader, patron de la urca *Bella Genovesa*, y me llamo Pietro Mastta.

El doctor Albano se inclinó de nuevo sonriendo, extendió su mano y estrecho vigorosamente la de Aben-Shariar.

—Os conozco, mi buen señor—dijo—; los hombres, cuando son tan ricos como vos, tienen el privilegio de ser conocidos en todas partes; ahora bien: puesto que me honrais llamándome vuestro amigo, voy á poner á prueba vuestra amistad; almorzaremos conmigo.

—Almorcemos, doctor, en buen hora.

—Os advierto, señor Pietro Mastta, que nuestro almuerzo no pasará ni aun por la puerta de mi laboratorio.

—¡Oh! ¿Por qué decís eso, señor Albano?

—¡Oh! ¡Por las calumnias que de mí se dicen por ahí, como que hay quien cree que basta sólo mirar á mi casa para morir envenenado!

Y el doctor lanzó la carcajada más alegre del mundo.

—¡Bravo, señor Albano! ¿Y qué interés podríais tener vos en matarme?

—¡Oh! ¡Oh! ¡Matar! ¡Matar! ¡Nada menos, mi querido señor! El hombre no puede destruir; todo lo que le es dado hacer es descomponer, deshacer un hombre; pero el espíritu y la materia no son cosas que el hombre puede destruir; almorcemos, pues: ¡hola Giovanni! Que nos den algo, hijo... como siempre; este caballero es un amigo.

El negro que había asomado su semblante inmóvil á la puerta, al llamamiento del doctor desapareció.

—Perdonad—dijo Aben-Shariar—, si he mostrado á vuestro esclavo para que consintiese en anunciaros mi visita, estas tres letras (Aben-Shariar se descubrió de nuevo el pecho y dejó ver las tres terribles iniciales al doctor); me urgía veros; perdonad también si os he hecho leer un rescripto del Consejo de los Diez; me importa que sepáis que podéis contestarme sin temor y sin responsabilidad á todo lo que os pregunte; y perdonad, además, si os he quitado algunas horas de sueño; me era urgentísimo veros.

—Yo tenía un gran deseo de conoceros, señor Pietro Mastta—dijo el doctor—, y ya que habéis de preguntarme y que yo os responderé, quisiera, puesto que sois mi amigo, que vos me respondiéis á lo que os preguntare.

—Preguntad en buen hora, doctor.

—¿Por qué habéis venido á verme y por qué para verme os habéis valido de la autoridad del Consejo de los Diez?

—Porque me interesa sobre manera la suerte de dos personas.

—Y esas personas...

—Son un español que se llama Gabriel de Espinosa y una dama que se llama doña María de Souza.

—Estamos hablando, según creo, de buena fe—dijo el doctor.

—¿Por qué me decís eso?

—Porque en nuestra conversación todavía no han aparecido los verdaderos nombres de las personas.

—¿Los sabéis vos?

—Sí, amigo mío; vos os llamáis Yayhe ben-Shariar; esa dama á quien llamáis doña María de Souza, se llamó antes de bautizarse Sayda Mirian-ben-Juzef ben-al-Hhayzarí; ese que llamáis Gabriel de Espinosa, se ha llamado y se llamará con la protección de la serenísima República de Venecia, don Sebastián, rey de Portugal.

—Es decir, que ambos sabemos...

—Cuanto hay que saber en este negocio. ¿Sabéis vos, por ventura, si yo soy lo que aparezco?

—Vos—dijo sonriendo Aben-Shariar—, sois siciliano.

—Es verdad.

—Cometisteis una acción muy vulgar entre vosotros; os estorbaba un marido...

—Y bien...

—Hallásteis medio de que aquel hombre comiera ciertas confituras que habían pasado por vuestra mano; aquel hombre murió dos meses después arrojando sangre por la boca; todos creyeron, hasta la viuda, que el hombre había muerto de una enfermedad del pecho; seis meses después os casásteis con la viuda, que era muy hermosa, muy noble y muy rica; se llamaba Laurencia Orbeto.

—Seguid.

—Diez meses después de vuestro casamiento, tuvisteis un hijo; dos meses después del nacimiento de aquel niño, Laurencia Orbeto murió como su primer marido, de un vómito de sangre, y la inmensa fortuna de Laurencia pasó á su hijo único, Paolo Angélico; porque vos entonces, mi querido doctor, os llamábais Francesco Angélico.

—Adelante, señor Mastta — dijo sonriendo siempre el doctor.

—Antes de un año, la inmensa fortuna de los Orbetto pasó á vos, porque vos érais heredero de vuestro hijo, y vuestro hijo murió al año de nacido, como su madre, á causa de un vómito de sangre; de manera, que vos que érais pobre, muy pobre antes de casaros con Laurencia Orbetto, os encontrásteis fabulosamente rico dos años después de vuestro casamiento con ella, y tan libre como antes de vuestro casamiento. Pero aconteció que los Orbetto, parientes laterales de Laurencia, al verse desposeídos de una herencia que ellos se hubieran procurado, valiéndose acaso de los mismos medios que vos, encontraron muy extraños aquellos tres vómitos de sangre, que habían llevado á vuestras manos las grandes riquezas de Laurencia, y os persiguieron ante los tribunales, acusandoos de envenenador. Pero vos érais rico y ellos pobres, y fuisteis completamente absuelto de la acusación; sin embargo, los Orbetto eran gente tenaz y brava, y vos temisteis que obrasen contra vos de una manera extralegal. Vos nunca habéis sido hombre de lucha material, y la excusásteis, vendiendo todos los bienes que habíais heredado de vuestro difunto hijo, y os vinisteis con el dinero á Venecia, cambiando al propio tiempo de nombre; desde entonces os llamáis Tieppolo Albano. Pero como no entra un extranjero en Venecia sin que el Consejo de los Diez sepa al poco tiempo de su llegada quién es, de dónde viene y á qué viene, el Consejo de los Diez supo vuestra historia, por medio de sus agentes secretos, y una noche que vos salíais, hace muchos años, de casa de una de vuestras queridas, la góndola que os conducía os llevó á las prisiones de Estado en vez de llevaros á vuestra casa. Estuvisteis detenido dos horas nada más. El tiempo que bastó para haceros comprender que la República sabía vuestra historia y para proponeros si queríais ser el ejecutor secreto de las altas justicias del Estado.

—¡Ah!

—Sí, Francesco, sí; muchas veces un alto personaje, que por su posición está al alcance de los secretos de la República, comete una traición, ó bien se hace sospechoso; ese hombre no es preso, ni aun molestado; pero el Consejo de los Diez le ha sentenciado en secreto, y un día os encontráis conque un hombre á quien no conocéis os dice:—Dentro de tal término el patricio

tal ó el senador cuál ha de morir.—Desde aquel momento, el hombre sentenciado por el Consejo de los Diez os pertenece, y un esbirro puesto á vuestro servicio, entrega al cocinero ó á la querida del hombre sentenciado unos polvos blancos; y como nadie quiere morir por no matar, como el Consejo de los Diez ha llegado al último grado de poder posible, esto es, á que su sólo nombre causa un terror frío, invencible, el cocinero ó la querida del sentenciado le envenenan á sangre fría y sin remordimiento, porque ellos no son otra cosa que una mano que obedece en secreto al Consejo de los Diez.—Sois, pues, Francesco Angélico, ó como mejor queráis, Tieppolo Albano, el alto verdugo secreto de las justicias secretas de la serenísima República de Venecia.

—Exactamente—dijo sonriendo de una manera sutil y horrible aquel extraño verdugo—; veo que estais perfectamente informado; pero vos, Sydi Yayhe, sois...

—Yo soy miembro del Consejo de los Diez.

—Tieppolo se puso de pie, dejó de sonreír y se puso pálido.

—Monseñor...—dijo.

—No puedo enojarme con vos, Francesco Angélico, porque os habéis atrevido á inquirir quién soy yo, y quiénes las personas por las que os ha interrogado Estéfana Barbarigo; y digo Estéfana, porque sólo á ella, y de muy pocos días á esta parte, interesa saber quién es ese extranjero que se llama Gabriel de Espinosa, su mujer, su hija y las gentes que le tratan; tenéis á vuestras órdenes un esbirro, y habéis usado mal de él llegando al conocimiento de secretos que el Consejo de los Diez no quiere que salgan de su seno.—Así, pues, haced que ese esbirro desaparezca cuanto antes os sea posible.

—¿Es esto una sentencia de muerte, monseñor?

—Sí.

—Muy pronto no existirá el negro que os ha introducido en mi casa.

—¿Es ese el esbirro?

—Sí.

—En cuanto á vos, ved si podéis tomar alguna medida para que se os olvide lo que sabéis acerca del extranjero llamado Gabriel de Espinosa, de su mujer, de su hija y de mí; de otro modo, como vivís en las Lagunas, una góndola del Estado podría llamar á media noche á vuestra puerta y haceros cambiar de lugar.

—¡Oh! Descuidad, monseñor.

—¡Serenaos por Baco, Tieppolo! Que alguien se acerca—dijo Aben-Shariar, y es necesario no dar que sospechar.

El rostro de Tieppolo Albano volvió á su tranquilidad y risueña apariencia.

Poco después apareció el negro á la puerta, y anunció que el almuerzo estaba ya servido.

Se trasladaron á otro precioso aposento.

Desde sus ventanas se veían, de una parte Venecia, de la otra el mar.

En el centro de aquella habitación estaba servida una mesa admirablemente cubierta; los platos, las fuentes, las copas, los jarros para el agua y para el vino eran de plata cincelada, perteneciendo por su forma al Renacimiento más puro; los manjares eran exquisitos.

Durante el almuerzo, que fué servido por el negro Tieppolo y Aben-Shariar, hablaron como dos grandes amigos de las cosas más indiferentes; ya casi al fin del almuerzo Tieppolo mandó al negro, esto es, al esbirro, que le trajese unas pastillas de olor, que, según dijo á Aben-Shariar, producirían al ser arrojadas al fuego un perfume delicioso.

Apenas salió el negro, Tieppolo sacó de entre sus ropas una pequeña caja de oro; la abrió, y con la extremidad de los dedos tomó una pequeña cantidad de polvo blanco que echó en el jarro del vino.

—¿Y para qué hacéis eso?—dijo Aben-Shariar.

—Para obedeceros, monseñor—he enviado á Cristóphano por esas pastillas que están al otro extremo de la casa en mi laboratorio; de este modo no puede observar que yo he puesto estos polvos en el vino que queda en ese jarro; se le beberá como de costumbre; antes de que salgais de aquí ese hombre habrá muerto.

—Se pondrá á vuestra disposición otro esbirro; pero os advierto que no abuseis de él, porque entonces podríais, á vuestra vez, ser sentenciado.

—Se acerca Cristóphano—dijo Tieppolo guardando la cajita.

La conversación del corsario y del envenenador volvió á ser indiferente; Cristóphano puso algunas pastillas en el brasero que había en la estancia, que se llenó de un leve humo azulado y de una fragancia deliciosa.

Poco después, Tieppolo y Aben-Shariar esta-

ban otra vez en el saloncito que habían abandonado para ir á almorzar.

—Mañana vendrá á buscaros de parte mía—dijo Aben-Shariar—uno de mis pilotos; es un bravo hombre de mar, pero me ha hecho traición, y aunque su traición no me haya hecho daño, la traición me enoja; él es robusto y sano, pero es necesario que arroje sangre por la boca; lo siento porque lo tengo á mi lado desde hace muchos años y le debo excelentes servicios; pero una traición no tiene perdón, ¿lo comprendéis?

—Sí, sí, monseñor.

—Traerá una carta mía; una carta en que os daré una cita; no hagais caso de esto; lo que la carta os dirá por sí misma será: mata al portador.

—Muy bien, monseñor.

—Pasemos á otro asunto. ¿Hace dos meses entró una noche en vuestra casa Estéfana Barbigio?

—Sí, monseñor.

—¿A qué vino Estéfana?

—A que la levantase figura y la dijese su horóscopo.

—¡Oh! ¿Estéfana se entrega á supersticiones?

—No son supersticiones, monseñor—; y vos menos que nadie debe dudar de la verdad del horóscopo: sois musulmán.

—Yo no sé lo que soy, Tieppolo—dijo Aben-Shariar—; he viajado tanto, he conocido tanta gente y he visto tantas cosas, que sólo creo en un Dios Omnipotente que todo lo ve, todo lo sabe y todo lo premia y lo castiga; pero continuad.

—Estéfana padece un mal extraño: ama sin saber lo que ama; sufre sin adivinar la causa del sufrimiento; ambiciona de una manera vaga, pero poderosa, algo que no encuentra, algo que no conoce.

—¿Ha amado Estéfana?

—No; pero ha sido amada por muchos; ha mentido, los ha burlado, se ha gozado en hacerles creer en su amor para desesperarlos después; es una mujer terrible, sin corazón, sin otra pasión que la ambición y el orgullo; ella ha soñado en ser reina.

—Se habla de cierto personaje, de cierto patricio, que se cree ha sido muy favorecido de Estéfana.

—¡César Malatesta! es verdad; se dice, ó más bien él lo dice, que ha sido amante de Estéfana,

y como Malatesta es hermoso, audaz y favorecido por las mujeres; como es hombre que se jacta de bravo, y que tiene á su disposición una banda de jóvenes procaces que han perdido todo pudor y todo respeto, y le sirven de propaladores de las aventuras que realmente le han acontecido, y de las que él mismo inventa para aumentar su reputación de seductor afortunado, de aquí que una mujer, sea cual fuere, no pueda sonreír, ni aun saludar en público á César Malatesta sin que los que lo ven digan á los que no lo han visto que aquella mujer es su amante.

—Algo grave, sin embargo, debe haber tenido lugar entre Malatesta y Estéfana, porque ésta le aborrece de muerte.

—¡Oh, sí! Estéfana es una insensata; el orgullo, ó más bien la vanidad, la han hecho cometer muchas locuras que el desdichado, el honrado Giacomo Barbarigo sufre y deja impunes, porque ama á Estéfana con un amor insensato; es su hija única, todo lo que le queda de su familia, y no se atreve á reprimirla como debiera, á usar contra ella de medios enérgicos.

—Todo el mundo sabe—dijo Aben-Shariar—que Estéfana Barbarigo y su padre no se ven desde hace mucho tiempo; que como el palacio de Barbarigo está partido en dos por un canal, y unido solo por dos puentes, el padre se ha ido á vivir á la una mitad, dejando libre la otra mitad á su hija; que han sido tapiadas las comunicaciones de la una mitad del palacio con la otra por el interior de los puentes; que Estéfana recibe con entera libertad á quien quiere en su casa, y que con la misma libertad sale sola y va á donde mejor le parece; se cuentan de ella cosas increíbles, aventuras vergonzosas ú orgías miserables, desórdenes de todo género: hasta crímenes.

—Esa es la consecuencia de la impremeditación y de las locuras de Estéfana; pero yo os juro que está pura como un rayo de sol, y que el crimen no ha manchado aún su conciencia; que si bien se la ha visto salir y entrar sola en su palacio, abandonarse en una góndola á aventuras puramente venecianas, estas aventuras no han llegado jamás al límite de la vergüenza ni del escándalo; ha acudido á citas de enamorados, las ha provocado muchas veces, se ha complacido en atormentar á hombres enloquecidos por su hermosura; pero yo tengo en mis manos la conciencia de Estéfana; es una de esas mujeres caprichosas á quienes sus caprichos deshonran

siendo puras, de la misma manera que las corrompidas hipócritas deben á su hipocresía una reputación de virtud de la que nadie duda.

—Dicen que entre Malatesta y el viejo Barbarigo hubo, por causa de Estéfana, un suceso demasiado desagradable, y que á causa de este suceso, el padre, no atreviéndose por amor á obrar rigurosamente contra la hija, la separó de sí y la dejó abandonada á sí misma.

—Voy á contaros, monseñor, muy brevemente la historia de Estéfana, porque comprendo que os importa saberla.

—Acaso más de lo que podeis suponer.

—Pues oid: Giacomo Barbarigo ha sido muy desgraciado; había quedado á los cincuenta años viudo, sin hijos y sin parientes; esto mortificaba demasiado al orgulloso patricio; cuando un hombre es inmensamente rico, cuando ocupa los más altos cargos del Estado, cuando su nombre está coronado por una aureola de gloria, cuando este nombre, ilustrado más y más por él, era ilustre desde una antigüedad gloriosa, el hombre que este nombre posee se aterra al solo pensamiento de que su nombre va á terminar en él, á perderse en la historia, á pasar: Barbarigo, pues, pensó en contraer un nuevo matrimonio; pero quería una esposa tal que no le era muy fácil encontrarla; las damas venecianas que tenían un acaudillado tan ilustre como el de Barbarigo, las unas estaban tan mal reputadas, que se habían hecho imposibles para un hombre de honor, y las otras no consentían bien en casarse con un hombre que ya pasaba de los cincuenta años, y al que las fatigas de la guerra y los cuidados del gobierno habían envejecido de una manera excesiva. Barbarigo vió pasar uno, dos, tres, cinco años desde que se propuso tomar nueva esposa, y ya desesperaba de encontrarla como bajase sus pretensiones á damas de un rango inferior al suyo, cuando he aquí que una noche, al abrir por la parte interior el león de bronce, en cuya boca se arrojaban las delaciones en la puerta de Palacio del Consejo de los Diez, encargo de gran confianza que estaba cometido á Barbarigo, como uno de los más respetables miembros del Consejo, encontró un pliego sellado, en cuyo sobre se leía:

“No se abra este pliego sino en presencia del Consejo de los Diez reunidos como para tratar de un alto asunto de Estado; uno de los diez ha hecho traición á la República.”

Barbarigo, que estaba investido de grandes, de inmensas facultades, y que era y es muy prudente, guardó aquel pliego sin que nadie viese que le había encontrado en la profunda boca del león de San Marcos, porque Barbarigo se encerraba y abría absolutamente solo por la parte interior la boca del león terrible de las delaciones, se fué á su casa, y encerrado en su aposento abrió aquel pliego.

En él encontró una larga y razonada acusación contra uno de los senadores más ilustres, miembro importantísimo del Consejo de los Diez; se le atribuían inteligencias con el embajador de España en deservicio de Venecia, y tales que hubieran sido bastantes para causar la muerte y la deshonra perpetua del nombre del acusado. Barbarigo meditó mucho; sabía que aunque aquella delación fuese una falsedad infame, bastaba por sí misma si de ella se daba parte al Consejo de los Diez, para hacer sospechoso al acusado, y hacerse sospechoso en Venecia; es lo mismo que caer más pronto ó más tarde en una ejecución de muerte secreta.

Llamó, pues, al senador Lázaro Fanti, que era el acusado, se encerró con él y le mostró la acusación.

—Hacedme justicia, amigo mío, y hacédmela pronto—dijo Fanti con la indignación del patricio que se siente herido á un mismo tiempo en su honor y en su seguridad—; sólo hay un hombre que haya podido ser autor de tal infamia; ese hombre es Paolo Malatesta; ese hombre ha osado poner los ojos impuros en mi hija Angiolina, y ha pretendido sobornar á mis criados; éstos me han dado parte cumpliendo como leales conmigo, y yo he castigado al miserable como castiga á un tal hombre un hombre de honor; le he buscado, me he batido con él, le he herido, y ha estado postrado en el lecho de resultas de la herida dos meses. Sólo de ese hombre sospecho, porque no tengo otro enemigo; obrad vos, como magistrado, en justicia, y como amigo, con una energía semejante á la que yo desplegaría si vos os encontraseis en una situación igual.

Barbarigo, que es la justicia y el honor personificados en un hombre, no perdió ni un solo instante; Paolo Malatesta fué preso por un esbirro del Consejo de los Diez, cuando se retiraba solo en su góndola de una de las orgías á que, como acostumbra su hijo César Malatesta, se

entregaba todas las noches, y sin que nadie tuviese noticias de su prisión, fué conducido á los calabozos del Estado.

Allí le esperaba Giacomo Barbarigo.

Malatesta negó, juró, afirmó que si bien había tenido un choque serio y de graves consecuencias con Lázaro Fanti, no era su enemigo; pero puesto en el tormento, lo confesó todo: que había calumniado á Fanti, que había supuesto en él traiciones que no existían, y que había procurado por este medio la muerte y la infamia de Fanti, para que su hija Angiolina quedase abandonada y expuesta á sus asechanzas; confesó, además, que Angiolina jamás había oído sus revelaciones, y que había envenenado á su propia mujer, para probar, quedando libre, si Angiolina le quería por esposo, lo que tampoco había conseguido.

De tal modo había apretado la prueba del tormento Barbarigo, con tal sagacidad había interrogado á Malatesta, que había logrado de él una declaración, que al mismo tiempo que disculpaba completamente á Fanti, hacía reo de un horrible crimen, á más del crimen de traición al calumniador, puesto que había confesado el asesinato de su esposa.

Barbarigo unió á la delación de Malatesta su confesión en el tormento, y dió parte de todo al Consejo de los Diez.

El Consejo decretó la muerte de Malatesta. Pero atendido á que llevaba un apellido ilustre, que tenía un hijo pequeño, que es César Malatesta, y para no arrojar una mancha tan fea en el patriciado veneciano, añadió á la sentencia de muerte la cláusula de que la ejecución fuese secreta, y que después de ella se quemase el proceso.

Se decretó asimismo que su hijo César Malatesta fuese puesto bajo la protección y la tutela de la República hasta su mayor edad.

El Consejo, condenando en secreto á un patricio, respetaba al patriciado, se defendía á sí mismo; no quería que el patriciado se despreciase ante los ojos de la multitud, y Paolo Malatesta fué estrangulado secretamente en las prisiones de Estado.

Envuelta en el misterio, guardada como un secreto de Estado la muerte de Paolo Malatesta, todo el mundo le creyó perdido, al ver que pasaba un día y otro, un mes y otro mes, sin que apareciese aquel hombre que tanto brillaba por

sus riquezas, por sus dispendios, por su altivez y por sus desórdenes en Venecia.

Al año de la desaparición de Paolo Malatesta, su hijo César fué adoptado y puesto bajo la tutela de la República.

Al año también se celebraba con gran ostentación la boda de Giacomo Barbarigo, que ya contaba cincuenta y seis años, con Angiolina Fanti, que sólo contaba diez y seis.

Lázaro Fanti, vivamente agradecido al gran servicio que le había prestado Barbarigo en el asunto de Malatesta, no pudo menos de darle su hija Angiolina cuando Barbarigo se la pidió por esposa.

Angiolina fué una víctima del agradecimiento de su padre.

Porque Angiolina amaba con toda la fuerza de su primer amor, inspirado por el amor ardiente de un hombre á quien enloquecía la pureza, la hermosura, la juventud y la nobleza de Angiolina.

Jacobo Prosperi, que así se llamaba el amante de Angiolina, era un hombre obscuro, un aventurero napolitano, un miserable, pero dotado de cuantos alicientes de figura, de palabra y de seducción pueden impresionar á una joven sensible, inexperta, pura.

Angiolina no se atrevió á desobedecer á su padre, y fué esposa de Barbarigo.

Barbarigo comprendió demasiado que era el sacrificador de una víctima; comprendió también que Angiolina amaba á otro hombre; pero no podía dudar de su pureza, y lo demás le importaba poco; su objeto era tener un heredero de su nombre, y la naturaleza, que no necesita del amor de la mujer, hizo madre á Angiolina, que dió á luz en el término preciso, después de su casamiento, á Estéfana.

Pero algún tiempo después, Barbarigo, al entrar una noche en el aposento de su esposa, le encontró abandonado; Angiolina había huído.

Jacobo Prosperi había logrado exacerbar la contrariada pasión de Angiolina, y ésta, desesperada ya, lo había arrojado todo.

Giacomo Barbarigo apuró una desesperación horrible; se sintió herido á la par en su amor y en su honor, porque había cantraído por Angiolina ese amor desesperado, tenaz, celoso, de los viejos que conocen que no pueden ser amados,

Barbarigo se valió de todo el poder que le daba

su alta posición en la República para buscar y castigar á los culpables, y la mitad de los esbirros de Venecia se pusieron en su busca; al fin, después de seis meses de pesquisas, se encontró á Angiolina moribunda en un miserable casucho del Transtévère, en Roma; Angiolina había sido abandonada por su amante, que la robó las ricas alhajas que la desventurada joven había llevado consigo, y avergonzada, arrepentida, desesperada, proscrita, había enfermado, y moría entre la miseria y los remordimientos.

En vano fueron cuantos esfuerzos se hicieron para salvarla; en vano Barbarigo, que se trasladó rápidamente á Roma llevando consigo á la pequeña Estéfana, la perdonó y la consoló; Angiolina murió sellando un frío beso en la boca de Estéfana, y estrechando débilmente con una mano helada la mano trémula de su viejo esposo. En cuanto á Jacobo Prosperi, inútilmente fué buscado por todas partes.

Aquel hombre había desaparecido.

Barbarigo se volvió á Venecia lleno de dolor, y enfermo ya de la terrible dolencia que le aqueja.

—¿Y qué enfermedad padece el noble miembro del Consejo de los Diez?—dijo Aben Shariar.

—Está loco—contestó Albano—, completamente loco, especialmente desde el día en que se vió frente á frente y por un asunto gravísimo con César Malatesta, con el hijo de aquel Paolo Malatesta que había muerto estrangulado en las prisiones secretas de la República.

—Estais minuciosamente informado de la historia de monseñor Giacomo Barbarigo—dijo Aben-Shariar.

—Yo tengo la conciencia de Barbarigo en mis manos, porque soy su médico y su astrólogo.

—¡Ah! Entonces nada tiene de extraño que tanto lo sepais; continuad.

—Desde la muerte de Angiolina Fanti, Barbarigo empezó á adolecer de la cabeza, se hizo más taciturno y más misántropo, y para distraerse, sin duda, de sus desgracias, se entregó con más ardor y más asiduidad que nunca á los trabajos del gobierno; él, el más anciano de los senadores, ha podido varias veces ascender á la dignidad de Dux, pero nunca ha querido; él trabaja en la sombra, entre el misterio del Consejo de los Diez, y es, por decirlo así, el alma de la República.

— ¡A pesar de estar loco!

— Barbarigo sólo estaba loco cuando encerrado en su cámara, solo, la noche y el silencio le traen el recuerdo punzante de sus desgracias; pero desde el momento en que la luz del día ilumina las vidrieras de colores de sus balcones, desde el momento en que oye la voz de sus secretarios que van á presentársele cuando aun está en el lecho, cumpliendo sus órdenes, el alma enérgica de Barbarigo pertenece por completo al Estado; el noble anciano se entrega á sus ayudas de cámara, que le visten y le ponen su eterno traje: la toga roja y el birrete rojo del Consejo de los Diez; Giacomo Barbarigo, encorvado bajo el peso de sus ochenta años, se pone á despachar ayudado por los jóvenes secretarios del Consejo de los Diez, los negocios más arduos del Estado, que se confían á su acrisolada lealtad y á su gran experiencia, y Venecia duerme tranquila bajo el amparo de la prudencia, de la sabiduría y del valor de ese glorioso anciano, cuya sangre, cuya inteligencia, cuya vida entera ha estado consagrada al servicio de la República, á pesar de los contratiempos y de las desgracias que el ilustre Barbarigo ha experimentado en el fondo de su hogar, en lo íntimo de su alma.

— Vengamos, vengamos á Estéfana, á César Malatesta, al asunto, en fin, que me ha traído á veros, señor Tieppolo.

— César Malatesta, como ya os he dicho, es un hombre procax, al que envalentona su buena fortuna con las mujeres fáciles, sus grandes riquezas y la protección de la República, de quien es ahijado; Barbarigo le amaba y toleraba sus locuras; pero por una idea muy semejante al remordimiento que se agitaba y se agita en el fondo de su alma, parecía que por exceso de amistad á Fanti, y por obtener de él la mano de su hija Angiolina, había sido más severo de lo que debiera con Paolo Malatesta; parecía que bien podía haberse conmutado la pena terrible que había sufrido Paolo en otra menos dura; acontecía, en fin, lo que al juez severo, pero honrado, que cree que ha ido algo más allá de la justicia al sentenciar á un hombre á muerte; esto hacía que, como por una especie de compensación al excesivo rigor ejercido contra el padre, Barbarigo fuese demasiado indulgente con las faltas del hijo.

Había además contraído Barbarigo cierto

amor extraño hacia César Malatesta, y hubo un tiempo en que creyendo las locuras de César hijas de la impremeditación de la juventud, pensó en casarle con su hija Estéfana, que se educaba en un convento.

Tenía además César Malatesta una cualidad que le recomendaba altamente para con el viejo Barbarigo; esta cualidad era su valor. Cuando Malatesta cometía una falta grave, tal como la de promover un escándalo en el seno de una familia, ó la de apalea un esbirro ú otra semejante, Barbarigo le llamaba, le echaba un largo y duro sermón, le enviaba preso á un convento de capuchinos, y dos meses después le entregaba el mando de una galera de la República, con la expresa advertencia de que no podía volver á poner los pies en Venecia sino cuando entrase en su puerto llevando á remolque de su galera una galeota turca ó argelina apresada por él.

Siempre que Malatesta recibía una de estas advertencias, decía á Barbarigo:

— Contad con que dentro de quince días á lo más vuelvo á mis aventuras, y os doy motivo para que volvais á castigarme.

El viejo senador echaba un nuevo sermón al audaz joven, y le enviaba desde su palacio á una galera de la República, que inmediatamente se hacía á la vela.

Pocos días después la galera fondeaba en el puerto, trayendo una presa bravamente hecha, y á veces gravemente herido á Malatesta.

El viejo le llamaba, elogiaba su valor, le sermoneaba de nuevo, y Malatesta quedaba en libertad de hacer nuevas fechorías.

Barbarigo, en vista de lo incorregible de César, desistió del proyecto de hacerle esposo de su hija.

Pero como ésta pasaba ya de los veinte años, la sacó del convento y la trajo á vivir á su lado, á su palacio de Venecia.

Estéfana, que no había nacido con cualidades á propósito para la larga reclusión en que la había tenido su padre, salió del convento ansiosa de libertad y esparcimiento.

Desgraciadamente, Barbarigo confió demasiado en la educación monástica de Estéfana, la dejó completamente la mitad de su palacio, que corresponde á la izquierda del canal, la rodeó de una escogida servidumbre de ayas, doncellas y criadas, la dió grandes sumas de dinero, y él se encerró en la parte de la derecha del palacio,

de la cual no salía sino una vez al día para ir á abrazar á su hija, que tenía sagacidad bastante para engañar á su padre con su palabra inocente y tímida, y con su semblante cándido y pudoroso.

He observado constantemente que aquellos que son más experimentados y más inteligentes, aquellos que ven más claro en cuanto no tiene una relación íntima con ellos, son los más ciegos y los más confiados en cuanto más de cerca y más trascendentalmente les toca.

Barbarigo, el prudentísimo, el sagaz gobernante, el hombre que venía á ser la providencia de Venecia, el loco en la soledad, el cuerdo en el despacho, fué completamente ciego respecto á su hija.

Ella creyó un ángel, y Estéfana era un demonio.

Era el fruto del martirio de su madre; de otra equivocación de Barbarigo.

Este no veía á su hija más que durante media hora por las mañanas, y siempre á punto que la campana de San Marcos tocaba á misa.

La regularidad de las ocupaciones de Barbarigo lo exigía así.

Estéfana sabía que excepto durante aquella media hora, era completamente libre.

Pródiga y gastadora, había acabado por corromper completamente á fuerza de oro á su servidumbre.

Fiera por altivez y por desamor, era, sin embargo, apasionada por las impresiones fuertes; Mesalina, de nuevo género, ayudada por servidores corrompidos, encubierta por un antifaz, y resguardada por condottieros, Estéfana corría aventuras nocturnas, asistía á citas peligrosas, siendo un misterio para todos, y más de una vez estas aventuras producían riñas sangrientas en que solía quedar algún hombre muerto. Los agentes secretos de la República sabían esto; pero callaban por consideración al respetable Barbarigo, temerosos de herir su corazón de padre; constábase además que Estéfana era un misterio, que nadie la conocía, que se llamaba la hermosa dama negra, y que nadie había sido su amante afortunado.

Pero se cruzó al paso de Estéfana César Malatesta, y Estéfana, como ya os he dicho, se propuso castigar la presunción de César; él fué el primero que tuvo citas con ella en los canales, en la oscura litera de una góndola, en la que

siempre iba un esbirro sin que ella lo supiese, porque al fin el Consejo de los Diez había tenido noticias de las locuras de Estéfana, la había vigilado y no decía una sola palabra á Barbarigo por no amargar su vejez.

Una noche, al fin, el esbirro que vigilaba la puerta del palacio donde vivía Estéfana, vió lo que nunca había visto, esto es, abrirse la puerta del palacio á la media noche, no para dar salida á Estéfana, que esto sucedía con suma frecuencia, sino para dar entrada á un hombre.

Aquel hombre era César Malatesta.

El Consejo de los Diez tuvo inmediatamente noticia de ello; pero por la alta categoría de Barbarigo, el espionaje de la República no podía ejercerse directamente dentro de su misma casa.

Interrogóse, sin embargo, á las ayas y á las doncellas, se las aterró, y se supuso que Estéfana se encerraba en su aposento con César Malatesta.

No podía comprenderse el extraño plan de Estéfana de mortificar de cerca, de irritar, de castigar, en una palabra, haciéndole comprender un imposible al seductor acostumbrado á los triunfos del amor; creyó, como debía creerlo, que Estéfana manchaba el nombre de su padre, y el Consejo de los Diez no se creyó autorizado para encubrir este vergonzoso secreto, para dejar de darle á conocer á Barbarigo.

Uno de los miembros más ancianos del Consejo tomó sobre sí el desagradable encargo de despertar de su ciega confianza á Barbarigo, y éste lo supo todo con una dolorosa sorpresa.

Barbarigo calló también, estrechó la mano de su pobre viejo compañero, le dió las gracias con voz trémula por el cuidado que se tomaba por su honra, y aquella misma noche, al dar las doce, Barbarigo atravesó uno de los puentes que enlazan la una mitad de su palacio con la otra, y se presentó de repente y cuando no era esperado en las habitaciones de Estéfana.

Si Barbarigo en aquella situación hubiera podido tener serenidad y calma, se hubiera convencido de que si bien Estéfana cometía una grave imprudencia recibiendo en su habitación y en las altas horas de la noche á un hombre tal como César Malatesta, por otra parte, nada impuro había en aquella entrevista; Malatesta estaba y lo está verdaderamente enamorado; Malatesta, en los momentos en que se acercaba Barbarigo al aposento de su hija, le suplicaba



que consintiese en ser su esposa; la rogaba que le permitiera pedirla á su padre, y ella le escuchaba como siempre, sonriendo de una manera fría, de una manera desesperante, mortificándole, sujetándole á su voluntad, gozando en ver rendido á sus pies á aquel terrible burlador de mujeres, prohibiéndole que buscara la autorización de sus pretensiones en Barbarigo.

Todo esto pudo oírlo el irritado padre; pero nada de esto oyó; la cólera, el dolor, la vergüenza le cegaban; entró erguido y terrible como un hombre en la fuerza de su vigor, encontrando este vigor á pesar de sus años en su cólera, con la espada en la mano, resuelto á matar á aquellos dos seres que así le afrentaban.

Pero aquel vigor fué pasajero; Malatesta, asustado al ver á Barbarigo, que se encaminaba trémulo de cólera hacia Estéfana, espada en mano, se interpuso, paró con su brazo el débil golpe del anciano, y en un momento de irreflexiva soberbia, le arrancó la espada de la mano que ya no podía sostenerla.

Barbarigo lo olvidó entonces todo, y en el colmo de su furor gritó, llamó á los criados; pero no acudió nadie; los que podían oírle estaban vendidos á Estéfana; estaban además cerradas todas las puertas, excepto las que ponían en comunicación con la habitación de Estéfana la parte del palacio en que habitaba Barbarigo.

Estéfana comprendió que eran tales las apariencias contra ella, en la situación en que se encontraba, que no permitían disculpa alguna, y guardó un altivo y frío silencio; Malatesta, confundido, avergonzado por la primera vez de su vida, callaba también; Barbarigo empezaba á caer en uno de aquellos terribles períodos de locura que sólo conocían sus más allegados servidores; parecióle que detrás de César Malatesta veía el semblante lívido de Paolo Malatesta, su padre, estrangulado en los calabozos secretos del Estado; parecióle que aquella boca horrible sonreía satisfecha, llena de un feroz placer por su venganza; vió á Angiolina Fanti, á la adúltera, á la miserable, que se ponía ante él, y su hija, que protegía á Estéfana, que decía con voz ronca:

—Yo te aborrecía; tú me habías atado miserablemente á tu fría y horrible vejez; mi hija se ha nutrido en mis entrañas con mi odio hacia ti; tú sembraste lágrimas y coges un fruto ácido y ponzoñoso; tú mereces tu suerte desesperada,

porque tú me sentenciaste á la desesperación.

Y le pareció á Barbarigo que la sombra de Angiolina lanzaba una carcajada de desprecio y de venganza satisfecha, y que entre aquella risa diabólica escuchaba la voz de Paolo Malatesta, que decía rugiente:

—¡Tú contra mí fuiste más allá de la justicia! ¡Tú fuiste á un tiempo juez tirano y verdugo cruel! ¡Yo te maldigo!

Y creía el desdichado anciano escuchar otra horrible carcajada.

Y todos sus recuerdos, todas sus glorias, todas sus desgracias, todos sus dolores, todos sus sueños adormecidos, fueron tomando cuerpo, color y vida en su fantasía, hasta el punto en que se creyó rodeado de un infierno, y huyó despavorido, loco, terrible, gritando al huir de una manera espantosa:

—¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos seáis!

Estéfana, al día siguiente, y Barbarigo, algún tiempo después, me contaron este terrible suceso, buscando ambos en la ciencia de los sueños, en la astrología, un remedio á la enfermedad de su espíritu.

Por eso os he dicho, monseñor, que yo tengo en mis manos la conciencia de Barbarigo, y del mismo modo puedo deciros que conozco hasta su seno más lóbrego el corazón de Estéfana.

—¿Y qué resultado tuvo este terrible suceso?

—El más extraño que podeis pensar, monseñor; Barbarigo creyó que él era el culpable, puesto que había asesinado exagerando su castigo á Paolo Malatesta, y aprovechando aquella venganza ofrecida á Fanti para obligarle á darle por esposa á su hija Angiolina, creyó que César Malatesta y Estéfana no eran otra cosa que instrumentos de que se valía el cielo para castigarle, y nada hizo contra su hija ni contra César Malatesta; mandó á su tesorero entregase á Estéfana, no sólo la herencia de su madre, sino también toda su hacienda, reservándose sólo una parte, cuanto era necesario para sostener su rango; cerró las comunicaciones de la parte del palacio en que vivía, con la parte del mismo en que vivía Estéfana, y se consideró y se consideró solo en el mundo.

—Pero es una exageración; si Barbarigo, indignado por los crímenes de Paolo Malatesta, exageró de buena fe el castigo, si creyó justa aquella exageración, si después más sereno comprendió la excesiva severidad del castigo, si am-

paró á César Malatesta, si por otra parte sufrió con la fuga de Angiolina la pena severísima de su falta por haberse unido ya viejo á una niña, abusando en su favor de la autoridad paterna, en nada de esto debió ver una justificación de la inculicable conducta de su hija, de la infamia de César Malatesta.

—Barbarigo está loco, y como ha sido severo y rígido para todo el mundo, es severo y rígido para consigo mismo. Es el hombre más desgraciado que conozco y más digno al mismo tiempo de una suerte mejor.

—¿Y Estéfana y César Malatesta, no han procurado calmar de la única manera posible, con su casamiento, con su amor, los dolores de ese infeliz anciano?

—No; Estéfana no ama á su padre y aborrece á Malatesta; éste por su parte ha comprendido que ha sido un juguete de Estéfana, y su amor se ha convertido en una venganza, en un empeño tenaz que puede traer una situación gravísima; Estéfana se ha enamorado al fin; ha encontrado el hombre que soñaba, y ha empezado á cometer por él graves imprudencias. Ese hombre es el rey don Sebastián de Portugal, ó como queráis, Gabriel de Espinosa.

—¿A qué vino á vuestra casa, señor Tieppolo, Estéfana la noche en que conoció á Gabriel de Espinosa?

—A pedirme dos cosas: su horóscopo y un veneno; la levanté figura, la dije que estaba destinada á producir grandes sucesos y la di parte del veneno que delante de vos he puesto en el vino que ya habrá bebido ese pobre Cristophano, á quien vos habéis sentenciado, monseñor.

—¿Y para quién quería ese veneno Estéfana?

—Para César Malatesta.

—¡Ah, Estéfana matal

—Estéfana es terrible.

—Y ese veneno, señor Tieppolo, ¿es activo?

Como si la casualidad se hubiera encargado de contestar á Aben-Shariar, se oyeron grandes gritos, más que gritos, alaridos de dolor de una persona que se acercaba.

Aben-Shariar y el doctor Albano se pusieron de pie, como si á los dos los hubiera lanzado un resorte de las sillas que ocupaban, y miraron á la puerta de entrada.

Por ella apareció un momento después el negro Cristophano.

Venta desencajado, aterrado; se veía correr

un sudor copioso por su negro semblante y se oprimía con ambas manos el estómago.

—¡Oh! Por caridad, señor—exclamó arrojándose á los pies de Tieppolo—: ¡Yo no quiero morir! ¡Yo no he merecido la muerte! ¡Vos podéis evitar los efectos del veneno que habéis puesto en el vino que yo he bebido! ¡Ved, señor, que hay un Dios en los cielos y una justicia en la tierra!

Y el desgraciado se abrazaba á las rodillas del doctor.

—¡Ved—dijo Tieppolo—con una serenidad horrorosa á Aben-Shariar, que de una manera no menos horrible observaba los efectos del envenenamiento de Cristophano! Ved los efectos de ese tósigo, seguros, terribles; no temáis que deje de matar; ved ya: Cristophano pretende hablar de una manera inútil; ved sus brazos aflojando mis rodillas; se desploma... ¡Ved, muerto!

Cristophano había caído sobre la alfombra y había expirado en medio de una violenta convulsión.

—Estoy satisfecho de vos—dijo Aben-Shariar tendiendo la mano á Tieppolo—; me habéis respondido á lo que os he preguntado y me habéis demostrado que sabéis y podéis dar un pronto cumplimiento á una sentencia del Estado; mañana os enviaré un hombre con una carta mía; haced que ese hombre muera á vuestros pies, como ha muerto ese otro. Ahora acompañadme; voy á salir.

Tieppolo Albano se dirigió en silencio á una puerta, por la que salió seguido de Aben-Shariar.

El cadáver de Cristophano quedó horrible en el centro de aquel salón tan bello y tan perfumado.

Aben Shariar salió entretanto de la casa, saludó afectuosamente al doctor Albano y entró en la góndola, diciendo á sus conductores:

—Al palacio Sforzia, en los jardines de Dorso Duro.

CAPÍTULO III

LA SULTANA SAYDA MIRIAN CONVERTIDA EN DOÑA MARÍA DE SOUZA. — LA AMBICIÓN DE GABRIEL DE ESPINOSA.

La góndola en que iba Aben-Shariar recorrió algunos canales en medio de la actividad de Venecia en un día de trabajo.

Por todas partes se cruzaban con las góndolas

barcas cargadas de mercancías; por los bordes á derecha é izquierda de los canales discurría una multitud de gentes de todas clases, países y condiciones: armenios, griegos, judíos, moros, cristianos, hombres de todas las naciones de Europa, á quienes atraía el gran comercio de la hermosa reina del Adriático; nadie, á no conocer á Venecia, hubiera supuesto bajo aquella alegre actividad, tras aquella inmensa variedad de trajes, tipos y lenguas, en medio de aquellas lujosas tiendas adonde acudían, saliendo de sus góndolas tantas hermosas damas; nadie entre todo esto, repetimos, hubiera supuesto el sombrío canal de los suspiros, los pozos, las prisiones, los horrores de la inquisición del Estado.

Venecia aquel día, como siempre, ocultaba su sombrío semblante y su terrible Consejo de los Diez bajo la alegre máscara de su eterno carnaval.

Aben-Shariar iba, al parecer, tranquilo é indiferente, tendido sobre los almohadones forrados de paño negro, en la litera de la góndola.

Todos los horrores que le había referido el doctor Albano, la repugnante catástrofe del negro que había sido á sangre fría sentenciado, á sangre fría envenenado, y visto morir con una tranquilidad horrorosa, no habían sido bastantes para alterar en lo más leve su ánimo.

Aben-Shariar era siempre el terrible y severo pirata tunecino, acostumbrado al horror y á la sangre, para el cual la muerte de un hombre era un suceso completamente indiferente.

Mientras la góndola llega al palacio de Storzia, digamos algo acerca de la extraña situación en que encontramos colocado á nuestro pirata, diez y siete años después del día en que le dejamos poniendo á salvo del poder y de la venganza del sultán de Marruecos Sydi Ahtmed, á Mirian y á Gabriel de Espinosa, ó don Sebastián, que nosotros no hemos podido averiguar, por más que lo hemos procurado, si Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastián ó un impostor que más tarde se prevaleció de su perfecto parecido con aquel desgraciado rey de Portugal.

Aben-Shariar, lo sabíamos ya anteriormente, era el pirata más á propósito del mundo para hacer fortuna en los mares de Levante.

Su padre había sido previsor y le había educado convenientemente.

Sabemos que Aben-Shariar hablaba perfectamente el italiano en sus diferentes dialectos, el

francés, el español y el portugués, además del árabe, su lengua nativa; conocía también de una manera completa las costumbres de los países cuya lengua hablada, y tan pronto aparecía en los puertos europeos del Mediterráneo como francés, como genovés, como veneciano ó como español; pero siempre como mercader y sacando partido de sus conocimientos.

Su padre, antes que él, había servido á la República de Venecia; había sido uno de aquellos piratas moros á los que la egoísta inmoralidad de la República de San Marcos daba salvoconducto contra las galeras del Estado; estos piratas, en cambio, servían á la República, haciendo traición á sus compatriotas, avisándola de las expediciones piráticas que amenazaban su litoral, y obediéndola tan ciegamente como si hubieran sido venecianos.

Aben-Shariar había heredado completamente á su padre y había servido con mucha más actividad y mucha más inteligencia que él á Venecia.

Esto producía á Aben-Shariar una completa seguridad.

Gran marino, valiente y fiero, sumamente rico, dueño de la *Leona*, de la terrible galeota espanto del Mediterráneo, los buques mercantes, por más que fueran reunidos en convoy, caían en sus manos, y sus cargamentos apresados iban á llenar sus almacenes y los numerosos cautivos á ser vendidos á Argel, Trípoli ó Túnez.

Cuando una galera del rey, cristiana, ya francesa, ya italiana, ya española, se ponía en caza de la *Leona*, que le parecía un buque sospechoso, que por su construcción, por su forma, por su aparejo, decía á voces que era pirata, se encontraban que al primer cañonazo de aviso aquel buque contestaba cortésmente izando la bandera de San Marcos, y á su popa, de donde habían desaparecido por un hábil mecanismo las grandes letras rojas que decían la *Leona*, aparecían otras doradas ó blancas que decían: *San Antonio*, ó *La Concepción*, ó *Marta*, y con que el buque que habían creído pirata no era otra cosa que una magnífica galera corsaria de dos bandas, cuyo capitán mostraba de la manera más complaciente del mundo una patente veneciana, legalmente librada, que no dejaba lugar á la menor duda.

Cierto es que la tripulación y el mismo capitán vestían el traje levantino y llevaban las ar-

mas de los piratas tunecinos; pero Aben-Shariar hablaba admirablemente el veneciano, parecía un disfraz su traje y, por otra parte, eran muchas las aaleras corsarias de Venecia que iban tripuladas por marineros negros africanos, que á más de ser excelentes hombres de mar, servían para engañar con su aspecto á los piratas á quienes daban caza.

Además, la *Leona* no llevaba al remo en sus bandas cautivos cristianos, sino remeros tunecinos; y como los papeles autorizados por la República de Venecia protegían á Aben-Shariar, las visitas de las galeras de rey eran inútiles, puesto que en vez de encontrar un pirata encontraban una galera de guerra de Venecia.

Cuando era un buque pirata del dey de Argel, ó del bey de Túnez, ó del emperador de Marruecos el que reconocía la *Leona*, estaban mantenidas en su popa las rojas letras de su título, y Aben-Shariar mostraba la patente árabe de corso que poseía librada por el bey de Túnez.

De modo, que la *Leona*, el terror del mar, contaba siempre con la impunidad y estaba siempre libre para hacer presa segura de los buques mercantes.

Y no era esto sólo, ni era sola la *Leona* el buque que montaba Aben-Shariar; muchas veces una hermosa y grande urca genovesa con seis grandes cañones á proa y con patente de corso por la República de Génova, fondeaba en éste ó en el otro puerto del litoral cristiano del Mediterráneo, y Aben-Shariar se llamaba Pietro Mastta, mercader genovés, y su tripulación era genovesa, excepto algunos hombres, que aunque con el traje de marineros genoveses, y con el carácter de tales oían á media legua á moros.

Aben-Shariar prestaba grandes, inmensos servicios á la República; él la avisaba de las expediciones turcas ó africanas que contra su litoral se dirigían; otras veces, convertido en mercader genovés, iba á los puertos del Mediterráneo y servía en ellos de espía á la República; él, en fin, muchas veces dejaba la mar y llegaba hasta ésta ó la otra corte de Europa, donde con un nombre supuesto, servía fielmente al Consejo de los Diez.

Tanto, por último, extremó su lealtad y sus servicios, que la república le declaró ciudadano de Venecia, patricio, le nombró senador y uno de los Diez del supremo Consejo del Estado.

Hé aquí de dónde procedía la gran autoridad

que Aben-Shariar había dejado conocer aquella noche al esbirro Nicolino Razzi y después al doctor Tieppolo Albano.

Conocido el misterio de la manera de ser y de obrar del pirata Aben-Shariar en Venecia, sigamos á la góndola que le conducía al palacio Sforzia.

La góndola, después de media hora de marcha por diferentes canales, llegó al palacio.

Era éste un pequeño edificio blanco, bello y alegre, situado entre hermosos jardines.

Aben Shariar saltó en tierra, pagó al gondolero, le despidió, y acercándose á la verja que corría delante de un ancho jardín, en el cual se alzaba el palacio, atravesó en silencio una calle de árboles, y luego el vestíbulo del palacio, á tiempo que salía de él una dama, de cuyo sombrero se desprendía un velo tupido.

Al ver la dama á Aben-Shariar, se detuvo:

—Iba á buscarte á tu buque—dijo.

—Yo vengo á buscarte á tu casa, hermana—contestó el pirata—ó más bien, venía á buscarle á él.

—¡El no está!—dijo la dama de una manera seca y vibrante—; hace veinticuatro horas que salió de casa y que no ha vuelto.

—¿Y sabes dónde está?

—Lo ignoro; yo no me rebajo hasta el punto de seguirle, ni de hacer que le sigan.

—Cuando se está colocado en la situación en que tú lo estás, todo es lícito y necesario—dijo Aben-Shariar.

—Siempre me queda un recurso.

—¿Cuál?

—La venganza.

—Entremos, hermana, entremos; vamos á tu aposento.

La dama se volvió, subió por unas magníficas escaleras de mármol que había á la derecha del vestíbulo, pasó por entre una multitud de criados que se inclinaron respetuosamente, y entró, atravesando una antecámara, en un gabinete redondo.

En aquel gabinete había cuanto podía pedirse al refinamiento del lujo, de la belleza, de la riqueza.

Era el verdadero templo de una deidad veneciana.

Muebles, espejos, decoración, caprichosos adornos que tendían á lo más rico, á lo más hermoso, á lo más artístico.

La dama, dueña de aquel aposento, dejó ver que era más hermosa que él, al levantarse el velo y quitarse el sombrero, que arrojó sobre un sillón.

Era alta, esbelta, blanca; cabellos, cejas, pestañas y ojos negros; pálida y nerviosa, á pesar de que su hermosura tenía la gravedad de la mujer completamente formada, que ha pasado ya de los treinta años, que es esposa, que es madre, y que sin embargo, conserva todo el brillo, todo el encanto de una gran belleza y de una fuerte juventud.

Aquella dama, completamente vestida de negro con un riquísimo traje de terciopelo, no tenía sobre sí ni una sola joya.

Su hermosura era tal, que sin joyas aquella dama resplandecía.

No necesitamos describirla, porque ya la hemos descrito; aquella dama era la sultana Sayda Mirian, la hija del tremendo xerife Sydi Juzef, la moradora en Africa del santo morabito de Ain-Al-Mokazen.

Pero había cambiado de nombre, de aspecto y condición.

Se llamaba doña María de Souza.

Esto es, se había convertido y era cristiana.

El apellido Souza se lo había dado su padrino; este padrino lo fué un hidalgo portugués, capitán de un barco de rey del Portugal, pariente lejano del almirante Souza, el que mandó la escuadra que llevó á perecer á Africa al rey don Sebastián.

Este Souza, capitán del barco de rey llamado *Terror de los Mares*, á pesar de su terrible título, había sido encontrado en medio del canal á la altura de Trípoli por la galeota corsaria la *Leona*, y aunque el *Terror de los Mares* se defendió tenazmente, porque los portugueses en sus buenos tiempos han sido los mejores marinos y los más intrépidos del mundo, como se las había con un buque pirata como la *Leona*, fué apresado, y conducidos el hidalgo don Guillén de Souza y sus marineros, á las prisiones de Aben-Shariar en Túnez, y encerrados en ellas como cautivos.

Sucedió un día que aquel misterioso personaje que se daba á sí mismo el nombre de Gabriel de Espinosa, pasó por los jardines en ocasión en que el nobilísimo Souza estaba regando las flores, ni más ni menos que otro cautivo cualquiera.

Ver Souza al que se nombraba Gabriel de Es-

pinosa, arrojar la regadera, correr hacia él y echarse á sus pies, fué cosa de un momento.

—¿Qué hace este hombre?—dijo Gabriel de Espinosa fijando una profunda mirada en el cautivo portugués, mientras Mirian y Aben-Shariar, que le acompañaban, se detenían—; ¿por qué te arrodillas á mis pies?

—¡Ah! ¡Señor!—exclamó Souza.—¿Conque no habéis muerto? ¿Conque Portugal tiene aún á su noble rey don Sebastián?

—¡Tú estás loco!—dijo Gabriel de Espinosa—; levántate y sígueme.

Mirian y Aben-Shariar no se atrevieron á decir una sola palabra; hacía mucho tiempo que Gabriel de Espinosa, que había aprendido bastante el árabe para hacerse entender de Mirian, que aún no había acabado de aprender el portugués, hacía mucho tiempo, repetimos, que ni la sultana ni el corsario se atrevían á decir una sola palabra acerca de su origen á Gabriel de Espinosa; cuando le llamaban rey se irritaba de una manera terrible, y había adquirido tal predominio sobre Mirian y sobre Aben-Shariar, que éstos no se atrevían á contrariarle.

Siguieron adelante, y detrás de ellos el cautivo Souza; cuando llegaron á uno de los edificios que había en los extensos jardines de Aben-Shariar, Gabriel rogó á Mirian y al corsario que no pasasen de allí, y se entró con Souza en una sala, y de aquella en otra donde se encerró con él.

—¡Mirame bien!—dijo Gabriel de Espinosa á Souza.—¿Crees tú que yo soy el rey don Sebastián?

Había algo de terrible, algo de incomprensible en la intención del acento de Gabriel.

—Yo juro á Dios como cristiano, y á mi honra como hidalgo portugués, que vuestra majestad es el rey don Sebastián.

—¡Pues mientes por Dios y por mi honra!—dijo sombríamente ceñudo Gabriel—; yo no soy el rey don Sebastián, ¿lo entiendes?

Aquellas palabras, más que una afirmación, era un mandato.

Souza tembló.

—¡Señor!—dijo.—¡Señor! Vuestro reino ha sido unido á la España; el rey don Felipe se ha apoderado de Portugal; los portugueses sufren la tiranía de los españoles, los portugueses se acuerdan con las lágrimas en los ojos de su rey don Sebastián.

—¡Para maldecirle por imprudente, por loco

y por temerario!—exclamó con voz terrible, poderosa y opaca Gabriel de Espinosa.

—Para llorar por su suerte misteriosa, para desear su vuelta.

—¡Los muertos no vuelven!—exclamó Gabriel.—¡El rey don Sebastián murió!

—Los portugueses dudaron; los portugueses...

—¡Les engaña el deseo!

—Se ha dicho que el rey don Sebastián no murió en la batalla.

—Su cadáver fué entregado por el sultán de Marruecos á los enviados del rey de España.

—Cuando los portugueses vieron el cadáver no reconocieron en él al rey don Sebastián.

Gabriel de Espinosa estaba densamente pálido; sus grandes ojos azules, de pupilas negras, devoraban ardientes al portugués que temblaba.

—No podían reconocerle—dijo Gabriel—; el cadáver del rey pasó un mes en Africa durante los grandes calores; según se nos ha dicho, cuando le recogieron los enviados del rey de España, estaba algo desfigurado; pero el sultán Sydi Ahtmed le vió cuando aún podía reconocérsele perfectamente; caballeros portugueses que conocían bastante al rey, que con él habían asistido, como asistí yo, llevando una bandera de la infantería portuguesa, declararon por su honor que aquel era el cadáver del rey don Sebastián.

—Eran traidores y miserables, que se vendieron á las promesas y al oro del rey de España.

—Te engañas—dijo Gabriel—; si tú hubieras oído hablar alguna vez al rey don Sebastián...

—¿No os acordáis, señor, del capitán de una nao, á quien os dignasteis dar órdenes cuando estabais embarcado ya, esperando el embarque del ejército?

—Mi voz es más ronca que lo era la voz del rey; en esto sólo nos diferenciábamos; á mí se me llamaba en el ejército el retrato vivo del rey, y el rey por ello me estimaba y me llevaba cerca de él; yo soy español, no portugués; yo he nacido en Toledo, he vivido en la villa de Madrigal, soy hijo de padres humildes, aunque honrados; yo soy, en fin, el alférez Gabriel de Espinosa, no el rey don Sebastián.

—¿Me mendáis, señor, que oculte vuestra existencia, que calle?...

—Te mando que no mientas, por más inocente y disculpable que sea tu mentira; te mando que creas mis palabras; que cuando recobres la libertad, que la recobrarás muy pronto, no digas

que has visto al rey don Sebastián, porque mentirías y darías ocasión en el reino de Portugal á turbulencias que yo no quiero, que no puedo permitir que sobrevegan; desde hoy estarás á mi lado hasta que seas libre; considérame, pues, como el español Gabriel de Espinosa y no hablemos más de esto.

Tanto se intimidó el capitán Guillén de Souza con las advertencias de Gabriel, ó más bien, por la manera con que aquellas advertencias le fueron hechas, que cuando salió juró y perjuró que se había engañado, que Gabriel de Espinosa se parecía mucho al rey don Sebastián, pero que no era el rey don Sebastián.

Declaraba esto, sin embargo, con tal temor, con tal temblor, con tal palidez, que Mirian y Aben-Shariar se afirmaron más en su firme creencia de que Gabriel de Espinosa no era Gabriel, sino Sebastián; no español, sino portugués; no vasallo, sino rey.

Guillén de Souza vivió desde entonces al lado de Gabriel, con el cual pasaba horas enteras encerrado sin que nadie supiese lo que hablaban.

Llegó al fin un día en que estando ya Mirian bastante instruida en los misterios de la religión cristiana y el lenguaje portugués, y aun en el español, el misionero que la había instruido en la parte religiosa declaró que ya podía dignamente bautizarse.

En efecto, en secreto, en presencia únicamente de Aben Shariar y de otro misionero, y apadrinada por el capitán de mar Guillén de Souza, Mirian fué bautizada, tomando el nombre de la Virgen y el apellido de su padrino.

He aquí por qué Mirian se llamaba doña María de Souza.

Amantes desde mucho tiempo antes Mirian y Gabriel, [sus] amores habían dado fruto; un hermoso niño de tres años alegraba el alma de Mirian y la consolaba de la conducta de Gabriel.

Gabriel la amaba; la magnífica, la grande hermosura de Mirian le fascinaba; pero era el suyo un amor de momentos lúcidos, por decirlo así; brillaba ardiente, inmenso, voraz, por un instante, y luego se apagaba; la expresión de un cansancio penoso, de un hastío desconsolador para Mirian aparecía en el semblante, en la mirada, en la palabra, en todas las manifestaciones, en fin, de la vida de Gabriel; se comprendía que no era el amor de Mirian el que le retenía en Afri-

ca, el que le hacía que volviese de sus expediciones marítimas; había otra causa más grave, otra causa misteriosa que le trata de vuelta de cada expedición al palacio de Aben-Shariar en Túnez, donde moraba Mirian con su madre y con sus dos hermanas.

Jamás permanecía sin hacerse á la mar más de dos ó tres semanas, o cuando más el tiempo necesario para la reparación de las averías de su buque corsario, que con mucha frecuencia volvía malparado por el mar ó por el combate.

El tiempo que Gabriel permanecía al lado de Mirian estaba generalmente taciturno, malhumorado, sombrío.

Cuando dormía se agitaba violentamente; pronunciaba entre sueños palabras incoherentes, pero que revelaban que en su sueño veía una vida semejante de la que tenía; la palabra de mando, las órdenes altivas, los gritos de combate salían de su boca; se agitaba, gemía; su sueño, más que un descanso, era un tormento.

Buscaba la soledad, y se irritaba cuando en la soledad iban á buscarle, aunque quien le buscara fuese Mirian, siempre hermosísima, siempre enamorada, siempre dulce, siempre humilde, llevando á su hermoso y pequeño hijo de la mano.

—Dejadme solo—decía—; nunca me encuentro mejor que durante la noche, sobre el castillo de mi galeota, en medio de los desiertos del mar; dejadme sólo, porque soy muy desgraciado y la soledad me consuela.

Mirian lloraba; pero lloraba á solas por no irritar á Gabriel, por no lastimar á Aben-Shariar.

Aquella dama, completamente vestida de negro con un magnífico traje de terciopelo, lloraba porque comprendía que su amor y su sacrificio no bastaban para llenar el alma de aquel rey sin nombre y sin trono, porque para Mirian, Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastián; lloraba porque creía que la vida de Gabriel se gastaba combatida por un sufrimiento horrible y constante; porque sólo habían transcurrido cuatro años desde que Gabriel había llegado á África, y ya se notaba en su semblante una vejez prematura, á pesar de que sólo contaba veintiseis años; ni el ambiente marino, ni la fatiga, ni los combates podían haber producido aquel envejecimiento que le hacía parecer entonces un hombre de treinta y cinco años, curtido en los

trabajos, cansado de la vida, acometedor y violento, taciturno y sombrío.

Gabriel de Espinosa no la amaba.

Ni aun amaba á su hijo.

Parecía como que protestaba de una manera muda contra todo lo que había sobrevenido para él después de haber sido abandonado, herido, desnudo y exánime en el sangriento campo de batalla de Alcázar-Kivir.

Por algún tiempo había creído amor la fascinación que había causado en él la hermosura de Mirian; todavía durante algunos breves períodos la enamorada Mirian alcanzaba un triunfo, no sobre el alma, sino sobre los sentidos y sobre la conciencia de Gabriel; pero aquello pasaba como un fuego fosfórico, y Mirian volvía á caer en la agonía de su amor ansioso, de su amor no comprendido, no pagado sino con un frío y forzado agradecimiento.

Aben-Shariar había renunciado á Mirian desde el momento que comprendió el intenso, el profundo, el insensato amor de la joven hacia el misterioso extranjero; pero no había dejado de amarla; su amor, es cierto, había sido modificado por las circunstancias; había tomado por esposa á Fatimatu l'Noemi, hermana de Mirian, y el alma fuerte, enérgica, incontrastable del corsario no podía dejarse arrastrar por una debilidad vergonzosa; su amor hacia Mirian, purificado por la altivez de su alma creció, se convirtió en uno de esos amores mortales que todo lo sacrifican al ser amado; que le levantan ante sí mismos á la altura de un sentimiento divino, cuanto puede existir de divino en el alma humana; fué á un mismo tiempo su padre, su hermano, su amigo, todo para ella, menos el amante de los deseos impuros; Mirian era lo dulce, lo poético, lo bello que existía incrustado en su alma, endurecida, por decirlo así, por sus terribles hábitos de pirata, y como un amor del género del que había sentido por Mirian es la abnegación de las abnegaciones, amaba á Gabriel porque Mirian le amaba, y aborrecía á la par á Gabriel porque hacía sufrir á Mirian el martirio horrible del amor sediento, de la agonía, de la soledad del alma.

Y además nada podía reprocharse á Gabriel de Espinosa; su vida era otro martirio espantoso; una agonía lenta, fría, sin consuelo y sin esperanza.

Respetaba á Mirian, la estimaba, la amaba,

no con el amor del alma, sino con el amor del agradecimiento, esto es, con el amor del deber; procuraba disimular lo que sentía; pero su semblante franco y leal dejaba ver su alma como se ve el fondo de una fuente de aguas claras y limpias; era para con Mirian un completo caballero, un hombre de honor; pero esto no satisfacía a Mirian, no podía satisfacerla, porque el amor sólo se satisface con amor.

Algunos días después de haber sido bautizada Mirian, Gabriel de Espinosa se encerró con Aben Shariar, y le dijo:

—Hermano: tú hablas como un español la lengua de los españoles; es necesario que vayas a España.

—¿Y para qué, hermano?

—Mirian es cristiana, y yo debo hacerla mi esposa.

Aben-Shariar estrechó la mano de Gabriel:

—Ella nunca te lo hubiera exigido—dijo—; yo no te lo hubiera exigido tampoco; tú lo sabes, y sin embargo, tú eres el que propones este casamiento; tú eres un hombre de honor. ¿Pero por qué ir para eso a España?

—En España, en Castilla la Vieja—dijo Gabriel con acento frío y tranquilo—, hay una villa cerca de Valladolid que se llama Madrigal: allí ha vivido Gabriel de Espinosa; es necesario que traigas de allí los papeles que acrediten el nacimiento de Gabriel de Espinosa.

—¿Para casarte con Mirian?

—Sí.

—¿Y por qué no casarte con tu propio nombre?—dijo Aben Shariar mirando fijamente a Gabriel.

—Mi propio nombre es Gabriel de Espinosa—dijo con impaciencia Gabriel—; ya sabes que las contrariedades acerca de esto me hacen daño; todo el mundo creyó ver en mí, ó cree ver al rey don Sebastián, y esto me irrita; mi funesto parecido con aquel rey, me ha producido y me produce continuos disgustos; he dicho mil veces que á ser yo el rey don Sebastián no existiría, que no hubiera podido sobrevivir á la vergüenza de una derrota causada por la temeridad y la soberbia del rey don Sebastián; que como me parezco á él en el cuerpo, me parezco también en el alma; acaso él y yo no somos más que las dos mitades de un sólo ser, una de cuyas mitades ha peracido; acaso el rey don Sebastián haría lo mismo que yo hago; acaso val-

go yo más que el rey don Sebastián; pero quiero que se me crea lo que yo digo, lo que he dicho siempre, lo que siempre diré: yo soy Gabriel de Espinosa; y por último, si no fuera Gabriel de Espinosa, siendo lo que soy, no habría otro remedio que tenerme por Gabriel de Espinosa, español y nacido en Toledo.

—Pero no, no—dijo Aben-Shariar—, si tu eres firme de voluntad, yo lo soy también; no basta decir yo soy éste ó el otro, nacido aquí ó allá, no; es necesario probar lo que se dice.

—Basta la palabra de un hombre franco y honrado.

—En situaciones como la tuya no basta la palabra, es necesaria la prueba; tu empeño en pasar por Gabriel de Espinosa te honra; eres bastante caballero para no haber vuelto entre los tuyos á sufrir la vergüenza de una derrota que ha traído sobre Portugal deshonra y estrago, y has sido también bastante religioso para no robar á Dios la potestad que él sólo tiene de dar ó de quitar la vida; te has aprovechado de la extraña casualidad de que existiera un hombre completamente parecido á ti, soldado y bravo que vino con tu ejército á Africa, que murió en la batalla, y cuyo cadáver, gracias al cambio hecho por el amor de Mirian, ha pasado para todos por el cadáver del rey portugués. ¿Pero en qué consiste que los pocos que te han visto y que han servido al rey don Sebastián te han tomado por él?

—En mi semejanza con don Sebastián.

—¿En qué consiste que tú no sabes el nombre del padre ni de la madre de Gabriel de Espinosa?

—¿Se me obliga á otra revelación, y quien me obliga es un hombre contra el cual nada puedo hacer, contra el cual ni aun irritarme puedo, porque me une á él el agradecimiento, la amistad, el cariño de hermano! Esto es ser cruel, Yahya; esto es abusar de mi cariño.

—Tú quieres escaparte, tú quieres huir de mi ataque porque es irresistible, y esto no es de hombres bravos.

—Te equivocas; tu ataque nada tiene de extraño; pero me obliga á recordar excesos y desórdenes de mi juventud que quisiera quedasen sepultados en el olvido.

—En tu juventud, hermano, nada hay de vergonzoso; mucho sí de irreflexivo, de insensato, de tenaz...

—Tú te refieres á la juventud del rey don Sebastián, y yo me refiero á mi juventud, á la de Gabriel de Espinosa.

—¿El nombre de tu padre?

—Yo creo que mi padre se llamaba don Juan.

—Esto es; don Juan, príncipe de Portugal.

—Eso es; pero ignoro el nombre de mi madre.

—Doña Juana de Austria.

—Entonces venimos á lo mismo; si ese era el nombre de mi madre, yo soy el rey de Portugal.

—Cabalmente.

—No.

—Sepamos cómo no siendo tú el rey de Portugal, fué tu padre el príncipe don Juan.

—Un día, por negocios públicos entre los reinos de Portugal y de España, mi padre fué á visitar en su corte á su primo el rey don Felipe II, que entonces era príncipe de Asturias, y regentaba el reino por ausencia de mi abuelo el gran emperador Carlos V...

—¡Ah! Confiesas al fin que eres nieto del emperador.

—Nieto bastardo por su hija la infanta doña Catalina, madre de mi padre el príncipe don Juan; pero continuó, puesto que en la grave situación de estar próximo mi casamiento con Mirian, tienes derecho á saber quién yo soy; mi padre, antes de serlo, fué á Castilla; la corte estaba en Valladolid, en Valladolid conoció mi padre á una joven pobre y plebeya, pero hermosa, que fué desde Madrigal con su familia á ver las fiestas que el príncipe don Felipe ofrecía á su primo el príncipe don Juan; mi padre era, como yo y como mi hermano don Sebastián, violento en sus pasiones y tenaz en sus propósitos, y obtuvo no sé por qué medios la posesión de mi madre; el príncipe don Juan murió pocos meses después en Castilla; pero antes de morir, pensó en cubrir el honor de mi madre y en darle un nombre legítimo, y compró á un hombre para que fuese marido de mi madre, y me tuviese por su hijo.

—Estás inventando un cuento, hermano.

—Tú tienes empeño en que yo no sea lo que soy.

—¿Cómo se llamaba el hombre que vendió el nombre para ti á tu padre?

—No lo sé; no me lo han dicho.

—¿Pero no le conocías?

—No; uno de los servidores de mi padre me

llevó muy pequeño á Portugal; allí me crió, con el nombre de Gabriel de Espinosa, que era sin duda el apellido del marido de mi madre; no me lo reveló el caballero portugués que me crió, porque ignoraba el nombre del hombre que me había dado su apellido; ignoraba también el nombre de mi madre. Yo, muy niño, huf, revelándose en mí muy pronto el amor á las aventuras, y sólo llevé conmigo el nombre de Gabriel de Espinosa y el confuso relato que sabía acerca de mi historia el duque de Vintimiglia, que fué el servidor de mi padre que me llevó desde Castilla á Portugal; yo volví á Castilla con otros jóvenes de mi edad; yo he sido todo: he estado en la marina, en las universidades, en los tercios, y...

—Y nunca has estado en Madrigal... no has sido el buen hijo que no conociendo á su madre ansía conocerla...

Púsose vivamente encendido Gabriel, y luego pálido.

—¡Oh! ¡Mi madre! ¡Mi buena y digna madre! ¡Cuánto habrá sufrido al saber!...

—Tu madre no ha sabido tu muerte... no pudo saberla... tu madre y tu abuela murieron antes de tu insensata empresa sobre Africa.

—¡Yayhe! —dijo Gabriel con aquel acento incontrastable que no daba lugar á la réplica, y que le hacía parecer un rey acostumbrado á ser obedecido ciegamente—; ve á Castilla y trae la partida de bautismo de Gabriel de Espinosa; he hablado demasiado y no quiero volver á hablar más de este asunto: sería inútil; mañana te harás á la vela; te espero dentro de un mes.

Y sin decir más palabra, Gabriel de Espinosa dejó solo á Aben Shariar.

El corsario se hizo á la vela al día siguiente, pero no en su terrible galeota corsaria la *Leona*, sino en una nao mercante genovesa; llegó en pocos días al puerto de Barcelona, y con su nombre Genovés de Pietro Mastta, y acompañado de su guía, hizo su viaje á Madrigal.

Preguntó en la posada donde paró por los Espinosas, y le respondieron que de los Espinosas sólo quedaba la viuda de Juan de Espinosa, pastelera, que tenía la pastelería en la plaza.

Aben Shariar fué inmediatamente á la pastelería y preguntó por la dueña, por la viuda de Juan de Espinosa.

Dejó el horno, donde trabajaba en sus pasteles un criado, y entró en una habitación.

Poco después apareció una mujer como de cuarenta y seis años, fresca y hermosa aún, y de aspecto candoroso y sencille.

Al ver un tan gran señor como representaba ser por su aspecto noble y altivo, y por su rico traje genovés, el pirata se sentó y le rogó que pasase.

Poco después aquella mujer y Aben-Shariar se pusieron á hablar sin temor de ser escuchados.

—¿Conocéis á un tal Gabriel de Espinosa, señora?—la preguntó de repente el corsario.

—¿Que si le conozco, señor?—dijo la pobre mujer poniéndose pálida; ¡oh! ¡Sí! ¡Sí, señor! ¡Es mi hijo!

—¡Vuestro hijo! ¿Y sabéis si vuestro hijo es muerto ó vivo?—insistió el pirata.

—¿Venís á traerme noticias tuyas, señor?—dijo con anhelo la pastelera.

—No; vengo á preguntaros y no más que á preguntaros.

—Hace mucho tiempo que yo no sé de mi hijo—respondió ella.

—¿Desde cuándo no le habeis visto?

—¡Ah! Señor, siendo muy niño se le llevaron.

—¿Que se le llevaron!

—Sí, señor.

—¿Pero quién? ¿Por qué?

—Se lo llevaron; es todo lo que os puedo decir.

—¿Se lo llevaron á Portugal!

—No lo sé.

—Indudablemente, puesto que su padre era portugués—observó con profunda intención Aben-Shariar.

Mari-Pérez se puso encarnada hasta en lo blanco de los ojos.

—Su padre—se apresuró á decir Mari-Pérez—era castellano, tan castellano como yo, nacido en Madrigal, y alho pariente mío.

—Dicen que un gran príncipe, un poderoso señor, que vino á la corte de España cuando la corte estaba en Valladolid, conoció en ella á una joven hermosa, á una honrada doncella de Madrigal.

Mari-Pérez se turbó mucho más y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Vos érais aquella mujer—afirmó Aben-Shariar.

—Hablad, por Dios, más bajo, señor—dijo Mari-Pérez—; nadie sabe eso; mis parientes, co-

diciosos, me vendieron por oro á aquel príncipe; yo era muy joven... yo no tuve la culpa... apenas volví á Madrigal cuando me casaron con Juan de Espinosa...

—Y vuestro marido sabía...

—No, no, señor.

—¿Es decir, que el bueno de Juan de Espinosa creyó hijo suyo á Gabriel?

—Sí, señor.

Dicen que Gabriel de Espinosa se parecía mucho á su padre el príncipe don Juan.

—Le parecía todo, caballero; cuando hace ocho años vino á mi casa, cuando sólo tenía diez y ocho años, yo creí que el que entraba por mi puerta era el príncipe don Juan, tal como yo le había visto diez y nueve años antes, pero vestido de soldado castellano.

—¿Cuándo perdisteis de vista por primera vez á vuestro hijo?

—Hace mucho tiempo, señor; cuando Gabriel apenas tenía dos años.

—¿Y cómo fué eso?

—Un día vino á pedir posada á nuestra casa un caballero portugués á quien yo conocí cuando conocí al príncipe don Juan; aquel caballero era el conde de Vintimiglia; yo le miré, él me miró, pero no nos dimos á conocer hasta que estuvimos solos; yo no podía adivinar para qué había venido á mi casa el conde, porque el príncipe don Juan había muerto un año antes. Cuando se lo pregunté al conde, me dijo:—Vengo por tu hijo; el príncipe le reconoció secretamente antes de morir, y sus abuelos, los reyes de Portugal, quieren tenerle á la vista, criarle.

—Es decir—observó Aben-Shariar—, que Gabriel de Espinosa es hijo de...

—De los señores reyes de Portugal viene; pero fué un loco... se le llevaron porque yo no quise quitarle su suerte; se le llevaron sin que lo supiera mi marido que le creía su hijo; yo misma le entregué una noche á los enviados del conde de Vintimiglia, y cuando se echó de menos en la casa á la criatura, se echó la culpa á unos gitanos que el día antes habían pasado por la villa; todos creyeron que los gitanos habían muerto á nuestro hijo para hacer con él sus untos malditos; pero yo estaba tranquila; yo sabía que mi hijo estaba con sus parientes... con los parientes de su verdadero padre. Pero pasó mucho tiempo y yo no recibía noticia ninguna... pasó mucho tiempo más y nada supe... tampoco sabía escri-

bir, ni era aquel secreto para revelárselo a nadie... ni yo lo he dicho a nadie hasta ahora más que a vos que me habeis hablado de mi ida a Valladolid y de mis amores con el príncipe don Juan; aunque yo soy viuda y libre, nada os hubiera dicho si vos no lo hubierais sabido... y es menester que vos lo calleis también, señor; en la villa nadie sabe esa historia; todos creen que Gabriel es hijo de mi marido.

—¡Volvió al pueblo Gabriell!

—Sí, señor; apenas tenía doce años cuando se marchó de Portugal y anduvo rodando por el mundo y se hizo soldado; cuando vino ya tenía diez y ocho años; yo le reconocí por su semejanza con el príncipe don Juan, y... y por tres lunares pequeñitos y encarnados que tiene sobre el hombro derecho.

—¡Ah!—exclamó con alegría Aben-Shariar, —que podemos saber si es él ó no lo es.

—¿Qué decís, señor?

—Nada, nada. ¿Vuestro hijo sabía que vos érais su madre?

—Sí: como que habiendo hecho fortuna en las guerras de Flandes venía á buscarnos.

—¿Y sabía que era hijo del príncipe don Juan?

—No; le habían dicho los que le habían conocido que era hijo de Juan de Espinosa y de Mari-Pérez, pasteleros de Madrigal.

—¿Vos no sabéis si el rey don Sebastián de Portugal sabía que Gabriel era su hermano bastardo?

—No, no, señor; no lo sé.

—¿Cuánto tiempo estuvo Gabriel en Madrigal?

—Poco tiempo: mi marido quiso enseñarle á hacer pasteles para que no separase más de nosotros; pero Gabriel no había nacido para pastelero; era soberbio, iracundo, no respetaba nada, y por cualquier cosa maltrataba á los mozos de la villa; al fin tomó plaza en una bandera, y se fué; desde entonces no volvimos á saber de él, y mi marido murió con el sentimiento de que no se quedase á mi lado. Pero ahora bien, señor, ¿vos le conocéis?

—No—respondió Aben-Shariar.

—¿Y por qué, pues, me habeis preguntado por él?

—Se necesitan su partida de bautismo y la partida de casamiento vuestra y de vuestro marido.

—¿Y para qué, señor?

—¿Quién sabe si heredareis algo á causa de

vuestro hijo? Pero para ello es necesario acreditar que Gabriel es hijo vuestro y del señor Juan de Espinosa. Por el momento yo, que soy genovés, tengo orden de entregaros mil ducados.

—¡Oh! buena falta me hace, señor, porque como soy viuda y sola, todos tiran de mi hacienda más que si fuese suya y la pastelería se va yendo; pero esto me importa menos que saber si mi hijo vive... ó si ha muerto.

—Yo no puedo deciros nada, porque nada sé; sólo tengo orden de recoger esos papeles; pero cuando yo vuelva á allí de donde vengo, averiguaré lo que pudiere y os avisaré.

—¡Ah! ¡Señor! Me haceis mucho bien, porque yo amo mucho á mi hijo—exclamó la pobre Mari-Pérez.

Tres días después salió Aben-Shariar de Madrigal, dejando á Mari-Pérez dos mil escudos y la promesa de averiguar lo que fuese de su hijo y llevando consigo copias autorizadas de los papeles de familia de Gabriel de Espinosa; esto es, su partida de bautismo, las de sus padres y los abuelos, y las partidas de desposorios de éstos.

Por estos papeles se probaba que Gabriel de Espinosa era hidalgo, porque sus abuelos provenían de la villa de Espinosa de los Monteros, cuyos naturales son todos nobles, é hijo legítimo de Juan de Espinosa, pastelero en Madrigal, y de su mujer Mari-Pérez.

Aben Shariar apresuró su camino, llegó á Cartagena, se embarcó y desembarcó al fin en Túnez delante de sus propios jardines.

Para él era indudable que si Gabriel no era rey de Portugal era su hermano, y si era el rey, que el rey sabía la historia de Gabriel de Espinosa y se la acomodaba.

Pero Aben-Shariar creía tener un medio seguro para aclarar aquel misterio; los tres lunares colorados que Gabriel debía tener sobre el hombro derecho; si no, era el rey don Sebastián.

Aben-Shariar dió á Gabriel de Espinosa sus papeles de familia y le acometió de frente.

—Hay un medio—le dijo—, para saber si tú eres el rey don Sebastián ó Gabriel de Espinosa.

—¿Cual?—dijo Gabriel.

—Si eres Gabriel de Espinosa, debes tener tres lunares encarnados sobre el hombro derecho.

—¿Quién te ha revelado eso?—dijo gravemente Gabriel.

—Mari-Pérez, la mujer de Juan de Espinosa...

—¿Y... me ama mi madre? —dijo Gabriel con un acento tal de verdad que hizo vacilar al corsario.

—Mari-Pérez desea saber si su hijo es muerto ó no; lo desea con ansia; yo la he ofrecido avisarla; veamos, pues, hermano, tu hombro derecho.

Gabriel se sonrió tristemente, se despojó de sus ropas y dejó descubierto su hombro derecho.

Aben-Shariar lanzó un exclamación especial, una exclamación de despecho.

El hombro que Gabriel le mostraba estaba cruzado por una ancha cicatriz de herida causada por una bala.

Allí no aparecían los tres lunares, pero no se podía asegurar que no los había borrado la herida.

—Si no me crees, Yayhe —dijo Gabriel, jamás podrás asegurar quién soy; siempre seré para ti un misterio.

—En último extremo, de lo que no puede dudarse es de que si no eres el rey don Sebastián eres su hermano bastardo.

—¡Oh! ¡Quién sabe! —exclamó roncamente Gabriel cubriéndose el hombro.

El misterio crecía.

Mirian y Aben-Shariar, que hasta entonces habían creído que Gabriel era el rey don Sebastián, empezaron á dudar. Aquel personaje se hacía cada día más misterioso.

El viaje de Aben-Shariar á España, en cuyo interior había penetrado, las noticias que del carácter de los españoles había dado Aben-Shariar á Mirian, provocaban más aquellas dudas.

—Los españoles —dijo el pirata á Sayda Mirian—, singularmente los que viven en el interior, son soberbios y altivos, parecen reyes destrozados; no sufren contradicciones ni réplicas, y con poco que se les obligue, dejan escuchar la palabra dominadora, y dejan ver la mirada de amenaza; Gabriel de Espinosa ha podido pareceros rey sin serlo, porque para ello le basta ser español.

Y decía bien Aben-Shariar, porque en el siglo XVI nuestros abuelos eran muy poco sufridores y altivos y soberbios como ellos solos, como que estaban acostumbrados á triunfar y á dominar las cuatro partes del mundo.

Europa, Asia, Africa y América, tienen sobre sí la huella sangrienta de los ejércitos españoles.

España era un coloso ante el cual todo temblaba.

Hoy mismo, que no puede compararse al poder militar de la España con el que tenía en el siglo XVI, los españoles conservan su altivez tradicional característica.

Según lo que había averiguado, aunque Gabriel de Espinosa no fuese el rey don Sebastián, hijos ambos de un mismo padre, era de igual manera descendiente de reyes.

En Mirian, la duda no cambió el amor; aunque hubiese sabido de seguro que Gabriel era hijo de una familia infame, le hubiera amado del mismo modo.

Le amaba, porque rey ó soldado, caballero ó mendigo, noble ó plebeyo, rico ó pobre, había nacido para amarle.

Le amaba á pesar del desvío conque Gabriel pagaba su amor.

Acaso por esto le amaba más, porque el amor contrariado se obstina y crece tanto más cuanto la contrariedad es más fuerte.

Fuese lo que fuese Gabriel de Espinosa, que nosotros tampoco sabemos si fué rey ó fué soldado, era leal y caballero.

Debía la vida á Mirian, le amaba, era suya, por él había aprendido el portugués y el castellano; por él se había hecho cristiana; por él se llamaba doña María de Souza; sus tesoros eran de Gabriel, su alma entera suya.

Gabriel de Espinosa, pues, instó para que el casamiento se hiciese, y el casamiento se hizo; y para ello vino de Cartagena un fraile mercedario de la Redención de esclavos que Aben-Shariar fué á buscar sólo para que celebrase el casamiento.

Los papeles de Gabriel de Espinosa estaban en regla, constaban de la misma manera la conversión y el bautismo de Mirian y del niño Juan de Espinosa, y los amantes fueron esposos, y por su unión fué legitimado su hijo.

Pasaron desde entonces doce años.

Durante ellos, otros tres hijos vinieron á aumentar la prole de los esposos; pero según consta de los datos de que nos servimos, todos estos niños murieron, como si estuviese escrito que Mirian bebiese sin interrupción la hiel de la amargura; asimismo los tesoros de Mirian se gastaban; Gabriel sostenía continuamente una magnífica galera armada, empleada únicamente en rescatar cautivos cristianos de las galeotas tune-

cinas berberiscas, y en enviar estos cristianos á su patria.

Mirian, pródiga de amor y de oro, ni se quejó jamás de su desamor á Gabriel, ni le hizo una sola observación acerca de los continuos dispendios, que cada día eran más frecuentes y más crecidos.

Guillén de Souza, aquel caballero portugués que había encontrado cautivo Gabriel en los jardines de Aben Shariar, que había creído reconocer en Gabriel al rey de Portugal, había llegado á ser el compañero inseparable de Gabriel.

Los dos pasaban días enteros encerrados de tal modo, que no podía saberse de qué trataban, y con mucha frecuencia Guillén de Souza hacía viajes á Portugal, donde permanecía durante muchos meses.

Cuando Aben-Shariar hacía alguna pregunta acerca de esto á Gabriel, éste le respondía:

—Guillén de Souza es libre, y por consecuencia, completamente dueño de sus acciones; pasa largas temporadas con su familia en Lisboa, pero es agradecido y vuelve para pasar otra larga temporada al lado de sus amigos.

Pero se había notado que cuando volvía Guillén de Souza de un viaje á Portugal salía de las habitaciones en que Gabriel y Souza se encerraban, un pronunciado olor de papel quemado, como si se hubiesen destruido escritos traídos por Souza, y que quería evitarse fuesen vistos por nadie.

Se notó asimismo que siempre que Gabriel pedía una fuerte suma de dinero á Mirian, poco después Guillén de Souza se hacía á la vela para Lisboa en un buque mercante, al que convoyaba la galera corsaria de Gabriel.

Esta conducta misteriosa de Gabriel, estas idas y venidas de Souza á Portugal, aquellos papeles quemados, aquellas fuertes sumas que eran sin duda entregadas á Souza, hicieron recaer de nuevo en Mirian y en Aben-Shariar la creencia de que Gabriel era el rey don Sebastián, y de que por medio de Souza, lo preparaba todo para volver un día á recobrar su trono.

Mirian y Aben-Shariar lo veían todo con placer; callaban y esperaban, y jamás se contestaba con una negativa á las peticiones de dinero de Gabriel.

Gabriel decía siempre á su mujer después de una petición de dinero:

—Esto es un préstamo que me haces, María, y

que yo te devolveré, acaso muy pronto, con usura.

Mirian sonreía, echaba los brazos al cuello á Gabriel, y le decía:

—Si mi alma es tuya, cómo no ser tuyo todo lo que es mío?

Gabriel se sentía dominado por tanto amor y por tanta grandeza, y durante algunos días era tal la conducta de Gabriel para con ella, que ella se sentía verdaderamente feliz.

Llegó un día en que todos los tesoros que Sydi Juzef había acumulado en el morabito de Ain-Al-Mokazen, y que su hija había encontrado, desaparecieron.

Pero cuando Gabriel hizo otra nueva y fuerte petición, no se le dijo que no había dinero; Aben-Shariar empezó á gastar sus inmensos tesoros.

Gabriel creía que aquel dinero era de Mirian.

Cada día, en vista de nuevos indicios, como el que viniesen portugueses al parecer ilustres con Souza, y el encerrarse con Gabriel, Aben-Shariar y Mirian creyeron con más fuerza que Gabriel, ó mejor dicho, el rey de Portugal, lo preparaba todo para volver á su reino.

Y en efecto, un día, á los diez y seis años pasados desde la batalla de Alcázar-Kivir, Gabriel de Espinosa dijo á Mirian que se preparase para un viaje á Europa, para abandonar el Africa de una manera decidida.

Mirian sintió un inexplicable impulso de alegría; Gabriel, al alejarse del Africa, no la abandonaba como hubiera podido hacerlo; Gabriel la amaba; amaba á la pequeña niña, á la pobre y hermosa criatura de dos años; única prenda de amor que la muerte había dejado á los esposos.

Cuando se embarcó el equipaje, Gabriel notó que entre aquel equipaje no iba dinero, y lo manifestó á Mirian.

—Nuestro dinero hace mucho tiempo que se agotó—dijo Mirian.

—Pues entonces, ¿de quién era el oro que me has dado de algún tiempo á esta parte?

—De Yayhe—dijo Mirian.

Gabriel tendió la mano al corsario y le dijo:

—No importa, hermano; yo te devolveré doblado ese dinero.

—Gasta el que me queda, si con él puedes llegar á tus intentos—dijo el corsario—, y no pienses en si puedes devolvérmelo ó no.

Hicieronse al fin á la vela en el puerto de

Túnez, á bordo de la *Bella Genovesa*, mandada por Aben-Shariar, con el nombre y el traje del rico genovés Pietro Mastta, y algunos días después, fondearon en el puerto de Venecia.

Aben-Shariar saltó en tierra y se fué en derechura á casa de Giacomo Barbarigo.

El anciano senador le recibió con los brazos abiertos.

—Acabo de llegar de Túnez, monseñor—dijo Aben-Shariar.

—¿Y á qué venís, mi bravo corsario? ¿Se apresata alguna expedición tuneciana ó argelina ó turca contra Venecia, y venís cumpliendo con vuestro deber á darnos cuenta de ella?

—Por ahora, monseñor—dijo Aben-Shariar—, los Barbarrojas tienen hartó en qué pensar con sus asuntos propios, y el gran turco se duerme en su harem dejándose robar por sus visires; vengo á otros asuntos importantísimos. ¿Cómo estamos con España?

—En paz, pero con cuidado; don Felipe II es ambicioso y sagaz; su embajador entre nosotros nos halaga demasiado y nos hace á cada paso tantas protestas de la buena amistad de que se siente animado hacia Venecia el rey su señor, que es necesario desconfiar; España no se satisface con la posesión directa de Nápoles y de Sicilia, ni con la indirecta del ducado de Parma; España es un monstruo poderoso que lo quiere devorar todo; la preponderancia marítima de Venecia la desean ellos, y es necesario estar preparados; hay muchos españoles, á pretexto de tráfico, en Venecia; pero la República vela, y si encuentra algo contra nosotros, pear para los que en nuestra casa nos tiendan asechanzas; allí están siempre dispuestos el puente de los Suspiros, el canal Orfano, los Pozos y las Lagunas, que jamás cuentan los cadáveres que devoran.

—¿Pero si el Dux se vendiese?...

—La escalera de los Gigantes sentiría rodar su cabeza.

—Siempre es conveniente distraer la atención y debilitar la fuerza de un rey poderoso que puede ser nuestro enemigo; dividamos y mandemos; esto lo dijo Maquiavelo y Venecia lo practica; Venecia deja conspirar dentro de ella contra todo el mundo, pero nunca contra ella misma. ¿Pero á propósito de qué me habláis de esto, señor Pietro Mastta?

—Ya os he dicho otras veces, monseñor, y el Consejo de los Diez lo sabe, que con una her-

mana de mi esposa está casado un misterioso personaje, que mi cuñada salvó hace diez y seis años, recogiéndole casi muerto del campo de Alcázar-Kivir después de la batalla de los xerifes; se cree que ese misterioso personaje sea el rey don Sebastián de Portugal, y si no lo fuere, es tan semejante á él, que bien pudieran creerle tal los portugueses y el mismo rey de España.

—Seguid, seguid, señor Pietro.

—Los portugueses sufren mal el yugo del rey de España; y el gobierno del duque de Alba, que, como sabéis, es muy riguroso, se les va haciendo insoportable; esta es la mejor ocasión para hacer correr la voz entre los portugueses de que el rey don Sebastián no ha muerto, de que viene á su reino.

—¿Y dónde está ese hombre?—dijo con interés el anciano senador.

—En el puerto, á bordo de mi nao la *Bella Genovesa*, en la que le he traído desde Túnez con su familia.

—Pues bien: que no salte en tierra hasta que se os avise; ya es la hora en que se reúne el Consejo y voy á él; daré cuenta de lo que me habéis dicho y os avisaré de lo que se haya resuelto.

Después de esto se despidieron el senador y el pirata, y este último se volvió á bordo de la *Bella Genovesa*.

Dos horas después atracó al costado de la *Bella Genovesa* una pequeña embarcación de la República, y el capitán que la mandaba saltó á bordo y entregó á Aben-Shariar un pliego sellado con el sello de Venecia.

Aquel pliego contenía una orden del Consejo de los Diez para que se entregase el bello palacio de Sforzia, con sus muebles y cuanto en él existía, al soldado español Gabriel de Espinosa para que viviese en él con su familia.

Poco tiempo después, Gabriel, Mirian, su hija, Guillén de Souza y algunos criados que habían sido cautivos, se aposentaban por cuenta del Estado en el palacio Sforzia.

Gabriel y Guillén de Souza tuvieron largas conferencias con Barbarigo y el Consejo de los Diez admitió á su presencia en audiencia secreta á Gabriel.

Entretanto el Consejo había hecho indagaciones y enviado agentes á Portugal, como ya recordamos por la relación que había hecho el esbirro Nicolino á Aben-Shariar en la hostería de Génova.

Ello es que el Consejo de los Diez se valía de Gabriel de Espinosa para distraer á Felipe II, comprometiéndole en grandes complicaciones.

Era aquella una conspiración tenebrosa como todas las de Venecia; una conspiración contra un extranjero poderoso que podía un día volver sus armas contra la República.

Y no era vano este temor, porque Felipe II se apoderaba de cuanto podía y empleaba su poder para apoderarse de aquello que se le resistía; Felipe II tenía bajo su corona de Italia el reino de Nápoles; Cerdeña era suya; Portugal estaba sometido á él; Roma, á pesar del ardiente catolicismo de Felipe II, le temía; los Países Bajos temblaban al escuchar su nombre; Francia estaba con él en continua guerra; Inglaterra le miraba con recelo, y este recelo se comunicaba á las otras naciones de Europa. Un momento de fortuna decidida para las armas de don Felipe y era de temer una invasión española en Italia, que sabía harto de qué manera hacían los españoles la guerra.

Venecia, pues, acogió con ansia á aquel extranjero que podía causar una sublevación en Portugal, determinando con ella un grave conflicto para Felipe II.

Pero Felipe II recelaba también; sus agentes eran numerosos en Venecia y era necesario gran reserva, mucha habilidad, para que Felipe II no fuese avisado y encontrase un medio fácil y expedito, aunque secreto, para deshacerse del pretendiente á la corona de Portugal.

Porque, debemos decirlo, ya fuese que Gabriel, siendo en efecto el rey don Sebastián, estuviese cansado de su vida obscura y aventurera; ya no siéndolo, le hubiese deslumbrado la perspectiva de un trono, Gabriel de Espinosa se había prestado á los manejos de la República en su favor y contra Felipe II.

Venecia no le había prometido ayudarle abiertamente por medio de la fuerza, enviándole con una fuerte armada, como hubiera podido hacerlo, porque Venecia era en aquellos tiempos la reina del mar; esto hubiera sido retar de poder á poder á Felipe II, y Venecia evitaba las guerras cuanto le era posible; pero le prometió poner en juego, y los puso, cuantos medios secretos estaban á su alcance y empezó á urdirse una vasta conspiración, cuyo centro era Venecia y cuyas ramificaciones llegaban á Portugal y á España.

Esto era lento, pero seguro; se recomendó una gran prudencia á Gabriel y éste fué prudente durante algún tiempo, no dejándose ver en público ni recibiendo á nadie en su palacio.

Pero fuese que despreciaba el peligro, fuese que, ansioso del trato europeo por su larga permanencia en Africa, se hubiese dejado arrastrar por los placeres de la voluptuosa Venecia, Gabriel de Espinosa empezó á salir á todas horas y á entregarse como un joven de veintiséis años, como si los diez y seis que había pasado en Africa sólo hubiesen sido un largo paréntesis á toda clase de aventuras y devaneos.

Desde que Gabriel empezó á observar esta nueva vida, fué secreta, pero tenazmente vigilado por los agentes de la República, y de aquí que, siguiéndole y espiándole, Aben-Shariar hubiese dado con los amos de Gabriel y de Estéfana Barbarigo, y de aquí que, estando vigilado el palacio donde aquella moraba, Aben-Shariar se hubiese encontrado con el esbirro Nicoline, y, por consecuencia, con Tieppolo Albano.

Nos hemos ocupado de estos antecedentes porque lo hemos creído necesario, antes de referir á nuestros lectores lo que hablaron en el palacio de Sforzia Mirian y su cuñado Aben-Shariar.

Mirian se había dejado caer en un diván color de raso blanco, desalentada, pálida, anhelante.

Aben-Shariar se quedó de pie delante de ella, contemplándola con una conmiseración y un amor infinitos.

Mirian tenía la densa palidez de la irritación, de la cólera, del despecho, de la agonía del alma.

—Ayer salió—dijo con voz trémula—, ayer salió por la mañana muy temprano y aún no ha vuelto.

—¿Y adónde ibas?—preguntó Aben-Shariar.

—Al palacio Barbarigo—respondió con energía Mirian.

—Al palacio Barbarigo!—dijo con admiración el corsario.—¿Y á qué?

—A matar á una mujer.

—¿Mirian!

—Sí; á matarla.

—¿Pero qué mujer es ésa?—dijo Aben-Shariar.

—Una miserable, una de esas corrompidas damas venecianas que han nacido para la impu-

reza y para el escándalo; á una mujer que se llama Estéfana Barbarigo. ¿Pero á qué me lo preguntas, si tú lo sabes todo, si tú conoces también á esa mujer?

—¡Yol!

—Sí, tú que también me vendes; que también eres traidor para mí.

—No, Mirian; yo no te hago traición, no puedo hacértela, no te la haré nunca; yo velo por ti, yo hago cuanto puedo por ti.

—¿Y por qué no me has dicho: Mirian, Gabriel ama á una mujer, por ella te desprecia, por ella te abandona?

—¿Quién te ha dicho que Gabriel?...

—¡Ahl! He de ser yo quien he de confesarlo á ti, cuando tú te me muestras reservado? No; dime primero cuanto sepas de esos amores, dímelos, y después yo te diré de qué manera lo he sabido.

—Lo adivino; eres demasiado hermosa, Mirian, y con suma frecuencia te asomas á los miradores de este palacio.

—La vida de Europa es un espectáculo nuevo para mí.

—Pero, al ver tú ese espectáculo, hay gentes entre las que miras que te ven también. ¡Oh, el Koran es verdaderamente un libro inspirado por Dios! ¡Con cuánta razón manda el Koran que las mujeres no sean vistas ni vean á otro, si no es su esposo el que ellas ven y el que las ve!

—¡Yo soy cristiana!

—En buen hora; has sido lo que has querido; todo te lo ha sacrificado el amor de los tuyos, hasta la severidad de sus creencias; pero Dios quiera que no te arrepientas un día de haber renegado de tu religión y de tu patria!

—Yo no he renegado, Yayhe; me he convertido.

—Por el amor de un hombre.

—Por el camino que me ha ofrecido la Providencia de Dios.

—Si no hubieras conocido á ese hombre, hoy serías sultana de Marruecos.

—No me pesa el no serlo.

—Porque esperas ser reina de Portugal.

—Me bastaría el reinar sola en el corazón de Gabriel; hablemos de esto y no de otra cosa; yo sé que Gabriel me hace traición.

—Lo sabes porque te lo ha revelado un hombre de quien has sido vista y se ha enamorado ciegamente de ti.

Volvieron á encenderse con un vivo color las mejillas de Mirian.

—¿Y quién es ese hombre?—preguntó á Aben-Shariar.

—Ese hombre se llama César Malatesta.

—¡Le conoces!—dijo Mirian.

—Sigo sus pasos, es decir, le hago vigilar desde algún tiempo hace, porque ese hombre es un peligro para Gabriel.

—¿Cómo! ¿Has supuesto que yo amo á ese hombre—dijo Mirian con un acento tal de inquietud y amor ofendidos, que bastaban para convencerse de que nada la unía con César Malatesta.

—No; yo sé que amas á Gabriel; que, á pesar del desamor que en Gabriel encuentras, le amarás siempre; que ni la más leve mancha empañará ni tu amor ni tu honor; que tú no puedes amar á nadie más que á Gabriel.

—¿Por qué, pues, entonces dices que haces vigilar á César Malatesta, porque es un peligro para Gabriel?

—Porque César Malatesta ha contraído un grave empeño, uno de esos empeños por los cuales un hombre lo arrostra todo, por Estéfana Barbarigo.

Mirian se puso pálida de celos y de cólera al oír el nombre de Estéfana.

—¡Esa mujer!—dijo.—¡Esa es la mujer que yo odio, que yo quiero matar!

—¿Ha sido César de Malatesta quien te ha dicho el nombre de esa mujer?

—Sí.

—¿Es decir, que has hablado con César Malatesta.

—No; ese hombre me hubiera hablado de amor, y yo no puedo escuchar palabras de amor de nadie más que de Gabriel; me ha escrito y he leído sus cartas.

—¿Llenas sin duda de palabras de amor?

—He pasado por cima de las palabras amorosas y he leído las noticias que acerca de Gabriel me daba.

—¿Sabrá César Malatesta que tú consientes en recibir sus cartas?

—No; las cartas de César Malatesta aparecen en mis habitaciones, sin que se sepa quién las ha puesto en ellas.

—¿Dónde están esas cartas?

—No existen.

—¿Que no existen?

—No; después de leerlas las quemó.

—¿Y para qué?

—El criado que las pone sin duda donde yo las encuentro, sin duda también me observará oculto, para ver lo que yo hago, qué semblante pongo cuando leo esas cartas; yo las abro con una cólera que no necesito fingir, porque la siento, las leo con desprecio y a sangre fría, por más que al revelarme traiciones de Gabriel me destrocen el alma, y luego las quemó.

—¿Y, sin embargo, sigues encontrando cartas?

—Una todos los días.

—¿Y sabes?...

—Que Gabriel entra de noche en el aposento de una mujer, y que esa mujer se llama Estéfana Barbarigo.

—¿Y crees tú que Gabriel ama a esa mujer?

—¿Dónde, pues, pasa los días enteros y las noches sino a su lado?

—Quien ha pasado anoche el tiempo desde la media noche hasta el amanecer en el aposento de Estéfana Barbarigo, he sido yo.

—¿Tú!

—Sí, yo; yo, que velo por ti.

—¿Y cómo has llegado hasta esa mujer? ¿Te ama a ti también?—dijo con desprecio Mirian.

—No; ¡yo soy amigo de Estéfana!

—¡Amigo!—exclamó Mirian comprendiendo el sarcasmo de la afirmación de Aben-Shariar; ¿y desde cuándo?

—Desde hace tres días.

—¿Y cómo te has hecho su amigo?

—Preséntandome de repente en su aposento, a la media noche, cuando ella esperaba a Gabriel.

—¿Y ella ignoraba que tú?...

—Ni aun me conocía.

—¿Y cómo pudiste llegar hasta ella?

—Estas tres letras—dijo Aben-Shariar abriéndose la ropilla y dejando ver en su pecho las tres iniciales del terrible Consejo de los Diez—abren todas las puertas, facilitando su entrada al lugar más reservado: estas tres letras lo pueden todo en Venecia.

—¿Y qué disculpa diste a Estéfana al presentarte a ella?

—Estas tres letras también.

—¿Y ella!

—¡Tembló!

—¡Tembló! Pues ¿qué puede temer, quien, como ella, es hija de uno de los hombres más poderosos de la República de Venecia?

—Lo puede temer todo; el Consejo de los Diez no conoce a nadie; de la misma manera está sujeto a su autoridad el Dux que el ciudadano más pobre y más miserable; Estéfana, pues, que vio delante de sí a un miembro del Consejo, se creyó perdida y me lo reveló todo.

—¿Y qué te reveló?

—Que ama a Gabriel, que es el único hombre a quien ha amado, que por él está dispuesta a arrostrarlo todo.

—¡Oh, Dios mío!

—Pero yo he comprendido que Estéfana no ama ni puede amar a Gabriel, porque no puede amar a nadie.

—¿Y por qué entonces dice que le ama?

—Ella lo cree; ella siente por Gabriel esa fascinación que Gabriel inspira a cuantos le ven, a cuantos hablan con él; ella siente una atracción que la devora, que la arrastra hacia Gabriel, pero no lleva la dulce, la embriagadora conmoción del amor; ella está dominada, no enamorada; ella admira, no ama; Gabriel la asombra y no la conmueve; sin embargo, es la primera vez que ha sentido algo por un hombre, y se cree poseída de un amor infinito.

—Pero tú has debido decirle que Gabriel la engaña, que Gabriel tiene una esposa, una hija, que Gabriel no puede ser de otra mujer mientras yo viva.

—Yo no la he dicho eso.

—¿Y por qué?

—Porque no debo decirselo.

—Esto destruiría los sueños de esa mujer.

—Eso aumentaría su empeño hacia Gabriel.

—Vería la imposibilidad del casamiento de Gabriel con ella.

—Por lo mismo, al encontrar la imposibilidad, pretendería destruirla, esto es, hacer posible su casamiento con el rey de Portugal.

—¡Ah!—exclamó de una manera terrible Mirian.

—En vano serían cuantas precauciones se tomasen para defenderte; Estéfana encontraría medio de hacer llegar hasta ti un veneno.

—¡Oh! ¡Esa mujer me tiene el mismo odio que yo la tengo!—exclamó con acento ronco y terrible Mirian.

Y sus negros ojos resplandecieron con una

mirada de amenaza, en la que se transparentaba la muerte.

—¿Y ella no me conoce?

—No.

—¿Ella ignora que Gabriel es casado?

—Sí.

—¿Tú eres amigo de esa mujer? Es decir... ¿tú has podido hacerla creer que eres su amigo?

—Sí; la he dicho que la República tiene un gran interés en que el rey de Portugal recobre su trono; que por lo mismo que la República desea esto, se vigila al rey don Sebastián, no para espiarle, sino para protegerle; que por esta vigilancia yo supe que existían amores entre ella y él, y que mi entrada en su casa, á pesar de que para ello me había valido de la autoridad secreta de que estoy investido por el Consejo de los Diez, lo había hecho sólo para proteger aquellos amores, haciéndome consejero de Estéfana á fin de que diesen un feliz resultado, porque convenía juntamente á la República que un rey protegido por ella, y que debía recobrar su trono por su protección, fuese esposo de un patricia veneciana, hija de un hombre tal como Giacomo Barbarigo.

—¿Y ella no ha podido sospechar?...

—¡Ahl! ¡Nol! Si yo no pudiese encubrir mis afectos engañando de una manera perfecta, no gozaría de la confianza del Consejo de los Diez; Estéfana me cree y se cree protegida en sus amores por la República.

—¿Y para qué esto? ¿No sería mejor matar esos amores que tan infeliz me hacen?

—No es prudente: Gabriel, si se le apartara de Estéfana, buscaría el amor de otra; está ansioso de satisfacer en algo su alma ardiente; por él han pasado los años envejeciendo su cuerpo, sin amenguar en nada la juventud de su alma; es un voluntarioso joven, en cuya cabeza, el destierro, los sufrimientos y las rudas fatigas del mar y del combate, han hecho aparecer las canas; en cuyo semblante se ven arrugas, pero cuyo corazón late con la violencia de los primeros años; es necesario dejarle ir, dejarle ir, para que no se irrite si se le contraría.

—Tú puedes decir eso muy bien; ¡pero yo! ¡Yo que le he sacrificado á mi patria, mi juventud! ¡Ahl! ¡Nol! ¡Yo no puedo calcular con esa horrible sangre fría! ¡Yo sólo veo una mujer hermosa y tentadora, que le seduce, que le embriaga, que le tiende asechanzas: una mujer á quien él ama!

—El no ama á nadie más que á Mirian.

—¡Oh! ¡Nol! ¡No digas eso! ¡Tú sabes cuántos martirios he sufrido como amante y como esposa! ¡Tú sabes que la mayor parte del tiempo he estado currido desde que nos vimos, lo ha pasado alejado de mí!

—Corriendo tras el combate y tras el peligro.

—Pues bien; entonces amaba más que á mí al peligro y al combate, amaba más á su gloria, y ahora, ahora no sólo es su gloria á lo que más que á mí ama: ama á esa mujer.

—Le llama la novedad de una aventura, las cualidades energicas de Estéfana, lo misterioso de sus entrevistas; pero llegará un día, muy pronto, en que todo eso le harte, en que comprenda que todo lo que falsamente brilla en Estéfana, existe realmente en ti; tú, Mirian, eres una de esas mujeres que no deben temer las comparaciones, porque ganan al ser comparadas; tú eres y serás siempre el amor de Gabriel; has sido su primer amor, está asimilado á ti, lleno de la esencia de tu alma, embriagado por tu hermosura; pero nadie le disputa tu porvenir, y esto le hará parecer desenamorado; si él sintiera celos...

—¡Oh! Jamás descenderé yo á esa villanía— exclamó Mirian—; jamás para atraerme á mi marido, haré concebir á otro hombre esperanzas...

—¿Y quién piensa en eso? ¿Quién te aconseja que hagas nacer en el alma de tu esposo sospechas que nunca se curan? ¡Ahl! ¡Nol! Pero si tú concurrieras á las fiestas, á esas magníficas fiestas venecianas; si te viesen resplandeciente de hermosura y de riqueza...

—¡De riqueza! ¡Los tesoros de mi padre no existen ya!

—Pero existen los míos... que son tuyos, Mirian; tú tienes joyas admirables, y á mí me sobra oro para que vistas las telas más ricas; sal de tu encierro, preséntate sola, rodeada únicamente por decoro de pajes y de doncellas, en los alegres y ostentosos saraos, y Gabriel verá que todos los hombres te miran con deseo y todas las mujeres con envidia; verá que esa hermosísima Estéfana á quien se tiene por la primera beldad de Venecia, palidece á tu lado, como palidece la luna cuando al levantarse en el Oriente encuentra al rojo sol que aún no ha traspuesto el Occidente.

—¡Pero la luna sale y el sol se pone!—dijo con amargura Mirian.

—La luna brilla durante una noche fría, y el sol viene tras la noche llenando los cielos y la tierra de luz, de esplendor y de armonía. Mirian, tú lo puedes todo con el rey de Portugal; tú eres su destino; sin ti, don Sebastián no puede existir; tú no necesitas más que quererlo, y don Sebastián vendrá a ti.

—¡Oh! ¡No! Yo no puedo nada contra él; él me domina; él me reduce al sufrimiento cobarde con su solo aspecto; yo no sé lo que tiene de grande, de terrible; algunas veces, cuando le miro paseándose grave y lento, con la frente alta y la mirada fija en un objeto invisible, en un objeto que yo no puedo adivinar qué sea, me parece ver algo luciente que resplandece en sus ojos, que se dilata; vuelve su cabeza en una aureola que me causa espanto; porque unas veces me parece ver que esa aureola es roja como la sangre, y que otras es lívida como el rostro de un cadáver. Yo sufro, yo temo, yo lloro; Gabriel ó don Sebastián, no ha nacido para amar y ser dominado por el amor de las pobres criaturas que vivimos sobre la tierra; él ama lo que yo no puedo darle: el poder y la gloria. Muchas veces, y Mirian cambió de tono, yo, que jamás reposo de una manera completa; yo, que siempre velo por él, cuando la noche y el silencio nos rodean, cuando apenas penetra por entre los pabellones de nuestro lecho un débil reflejo de la opaca lámpara que arde allá en un ángulo de nuestra cámara, yo le contemplo inclinada sobre él, y sorprendo su alma; nunca mi nombre, ni el nombre de una mujer, ni el nombre de su hijo muerto, ni el de su pequeña hija viva, ni el de mis padres, ni el de los suyos, sale por entre sus labios dormidos, no; pero yo le oigo excitar roncamente á capitanes y soldados como en un día de batalla; yo le veo estremecerse de una manera terrible; agitarse como si cabalgando en su caballo de pelea, le irritase la vista de uno y otro y cien enemigos que caen delante de él arrollados por su esfuerzo; yo le veo sudoroso, pálido, pronunciando con voz ronca los nombres más altos de la nobleza portuguesa: "¡A mí! ¡A mí! ¡Terceira! ¡A mí, Braganza! ¡A mí, Souza, Carvalho! ¡A mí, Coimbra! Adelante, adelante, mi estandarte! ¡Portugal y San Dionis!" Y parece que queriendo romper el sueño, prosiguiendo con su imaginación dormida á los enemigos fantásticos de una batalla soñada, nada ve más que la gloria que huye delante de él; nada siente más que el pla-

cer de la sangre que corre, del estrago que crece, de la muerte que le rodea por todas partes. ¡Oh, sí, sí! Es un rey que no es más que rey, ó si no es rey, es un soldado cuyo cuerpo alienta un alma de rey, y sueña en una corona que le ha arrebatado la desgracia ó que le ha negado su destino. Yo le amo porque es grande; pero por lo mismo él no me ama; porque para él todo es pequeño. ¡Oh! Si yo hubiera podido ver claro mi destino entre las densas tinieblas del porvenir! ¡Si yo hubiera podido adivinar el amor desesperado que debía hacerme sentir aquel hombre ensangrentado y desnudo; aquel hombre que arranqué entre los cadáveres, de sobre el horrible campo de batalla de Alcázar-Kivir! ¡Oh! ¡Si yo le hubiera dejado allí sobre un lecho de sangre, del cual no se hubiera levantado más! ¡Pero yo estoy loca, Yhayel! ¡Yo estoy loca! Yo blasfemo de mi corazón y de mi alma; yo, irritada por un dolor que ya no puedo soportar, digo lo que mi corazón no siente; porque mi única alegría, mi único consuelo, es el recuerdo del momento en que después de largas horas, de una espera horrible, de una duda cruel, le vi abrir los ojos, volver á la vida, mirarme entre el misterio de los silenciosos muros del morabito de Ain-Al-Mokazen; yo no puedo olvidar el momento en que le encontré inmóvil, frío, desnudo, ensangrentado, sobre su caballo muerto; yo no puedo olvidar aquella terrible sonrisa que había quedado impresa en sus labios lívidos; aquella sonrisa del hombre indomable que cae herido de muerte despreciando á sus enemigos. ¡Oh! Yo le amo ahora como le amé entonces, como le amaré siempre; porque yo le amé desde el momento en que le vi, de una sola vez, para entonces y para luego y para mi eternidad; yo alenté la chispa de vida que ardía en él débil y próxima á extinguirse; para mí, es un cadáver que yo he revivido, un espíritu que yo he arrancado de lo infinito, un hombre que me pertenece; yo, sultana altiva; yo, hija de un hombre que no era sultán porque despreciaba el trono; yo, que después de la muerte de mi padre he podido levantar un estandarte, llevar tras mí una y otra kábila, dominar en el imperio de Occidente, inundar con mi ejército bravo el Oriente, ser la Semíramis moderna; yo, que he visto á mis pies la grandeza, la gloria y el dominio de un dilatado imperio; yo, que lo he despreciado todo por un hombre, que me he consagrado á él, que he vivido

sólo por él y para él, no he recibido en cambio del inmenso sacrificio ni una sola gota de rocío, de dulzura y de amor en mi pobre corazón sediento; yo soy una esclava de quien su señor está haziendo; una esclava á quien sólo tiene á su lado su señor por un lazo de agradecimiento, que cada día se hace más enojoso, más pesado, que afloja de día en día, que está próximo á desatarse, que tal vez se ha desatado ya. ¡Yhayel!—exclamé con acento desesperado y terrible Mirian—, mientras que sólo he sentido el frío del desamor de Gabriel, he sufrido horriblemente; mi corazón, comprimido, ha llorado con la amargura insupportable del desconsuelo, de la esperanza muerta; pero no amaba á nadie, no tenía yo celos; me sentía despreciada por la sed de gloria, por los sueños de grandeza de una imaginación loca y calenturienta; pero no se me posponía otra mujer; no se hacía el sacrificio de mi alma, de mi amor, de mi vida, á otra mujer; hoy no; hoy el sufrimiento, la paciencia, el semblante tranquilo, la sumisión amante, serían una miserable cobardía, una cobardía infame, una debilidad vergonzosa, que no caben en mi corazón, que se agita terrible, pudiendo contener apenas la fuerza incostratable de mi sangre africana, de la sangre de héroes que me alienta; ¡no! Yo no soy la humilde esclava del amor de un hombre; yo soy la poderosa leona del desierto, que una serpiente ha mordido á traición mientras dormía; yo me siento agitada por un furor de destrucción; yo siento con placer, con un placer del infierno, que á mi amor se va mezclando algo de odio; ¡y ay de Gabriel el día en que mi odio venza á mi amor! Se me provoca al combate; los de mi sangre nunca han retrocedido ante la pelea; se me brinda á combatir, combatamos; pero como á los de mi sangre, que no se me pida ni generosidad ni compasión después de la victoria.

Mirian se había transfigurado; espantaba su palidez; daba miedo el fuego sombrío de sus ojos; estremecía su poderoso temblor; su hermosura resplandecía de una manera siniestra.

Aben-Shariar la había contemplado en silencio, atento primero, excitado después; arrastrado, envuelto por el furor de Mirian, sintiéndole, aspirándole, participando de él.

Cuando Mirian calió, Aben-Shariar permaneció contemplándola asombrado, enorgullecido, dejando ver en su mirada y en su semblante un amor insensato, en que no podía reparar Mirian,

á causa del estado de excitación febril en que se encontraba.

Pero la expresión del amor desesperado que ardía en la mirada del corsario se apagó instantáneamente, como se apaga un relámpago en el sombrío fondo de una noche de tempestad.

Aben-Shariar se pasó la mano por la frente, como para arrancar de ella una tentación, y asiendo por la mano á la sultana, la llevó junto á la cuna donde dormía su hija.

—¡Mira!—la dijo.

—Mirian volvió en sí como quien despierta de una densa y terrible pesadilla, y fijó su mirada vaga en la niña. Rápidamente la mirada de Mirian fué perdiendo su fiereza, y al fin apareció en ella esa mirada infinita, poesía de las poesías, pureza de las purezas, amor de los amores, que las madres fijan en el rosado y tranquilo semblante de sus pequeños hijos dormidos.

—Gabriel es su padre—dijo solemnemente Aben-Shariar.

Mirian tembló.

—La leona no puede herir al padre de sus cachorros—añadió el pirata.

Los ojos de Mirian se llenaron de lágrimas.

—El amor al hijo es el amor al padre; una madre no puede herir al padre de su hijo sin herirse en las entrañas—añadió siempre grave y solemne Aben-Shariar—; una mujer que tiene su corazón, no puede aborrecer al padre de su hijo, ni aborrecer á su hijo.

—¡Ah! ¡No!—exclamó levantándose terrible Mirian, que se había arrodillado junto á la cuna de su hija—; ¡pero esa mujer, esa mujer, sí, esa mujer caerá hecha pedazos delante de mí! ¡Es terrible! No importa; mejor; así será la lucha más gloriosa, y la venganza más dulce: ¡que es patricial! Mejor; así caerá desde más alto á mis pies; ¡que es hija de Giacomo Barbarigo, que tiene en sus manos el poder entero de la terrible República de Venecia! ¡Ah! ¡Mejor, mucho mejor; así podré demostrar á Gabriel que yo también soy reina; que yo también amo el combate y la gloria; que yo también tengo voz poderosa, lo bastante para dejarse oír sobre el clamor de la batalla! ¡Yhace, tú eres veneciano en Venecia, como eres tunecino en Túnez; tú eres aquí alto y fuerte y poderoso como eres alto y fuerte y poderoso en Africa; tú, como eres uno de los siete emires del Moghred, que tiene en su mano la suerte del imperio musulmán del Occidente, eres

uno de esos terribles y sombríos senadores del Consejo de los Diez.

—¡Silencio!—exclamó Aben-Shariar poniendo su membruda mano en la preciosa boca de María, —¡Calla! ¡Calla, imprudente! Tus celos te vuelven loca; tus celos te hacen olvidar que las alfombras que pisamos, el techo que nos cubre, las paredes que nos rodean, tienen oídos que llevan nuestras palabras al Consejo de los Diez. ¡Calla! Porque te estoy oyendo yo, que me olvido por un momento de quien soy y de lo que debe á mi juramento; pero que no puedo continuar olvidándome de ello ni un momento más.

—Sí, hablemos bajo, muy bajo; porque el esbirro escucha detrás de todos los tapices de Venecia; porque nuestro criado, nuestra doncella, pueden ser oídos y bocas del Consejo de los Diez, que es cobarde y descarga el golpe en la sombra, por la espalda y con el puñal envenenado; sí, ya ves, he bajado tanto la voz, que sólo puede oírmetú; y tú, antes que Argel y de Túnez, antes que de Venecia, eres mío.

Aben-Shariar tembló; una mirada que nunca había visto en los invencibles ojos de Mirian, había convertido su sangre en lava.

Mirian empezaba á ponerse en campaña.

Su astucia de mujer empezaba á obrar.

Sabemos que Aben-Shariar amaba con toda su alma, aunque con un amor resignado, misterioso, nunca revelado, á Mirian.

Y, sin embargo, Mirian lo sabía, porque no hay medio de ocultar nuestro amor á la mujer á quien amamos.

Por efecto de la política oscura de Venecia, política friamente positiva, sin creencias y sin fe más que en la fuerza, Aben Shariar era hacía algunos años miembro del formidable Consejo de los Diez. La razón que para esto había tenido el Estado de Venecia, era una razón invencible, pero que, sin embargo, pesaba mucho. Aben-Shariar era un miembro de lo más útiles. Argel era una continua amenaza de Venecia, y mucho más, bajo la dinastía Barbarroja, dinastía de formidables piratas, que unían á su feroz valor de tigre, una astucia infinita y unas grandes dotes de mando.

Aben Shariar era uno de los emires más influyentes, más poderosos de las regencias de Argel y Túnez, y estaba en el secreto de la política de los Barbarrojas.

El Consejo de los Diez podía estar seguro de

saber á tiempo los intentos de Argel contra Venecia, prepararse para resistirlos, y deshacerlos con facilidad.

El agente de todos estos asuntos para Venecia era Aben-Shariar, que había hecho traición á su patria.

Mirian lo sabía todo; sabía más: que Aben-Shariar lo había hecho por ella, por procurar á Gabriel de Espinosa el poderoso apoyo de la República de Venecia.

La astuta Venecia no había sabido asegurar la fidelidad de Aben-Shariar, sino halagando su ambición y su orgullo, y dándole un lugar en el Consejo de los Diez.

De estas transacciones oscuras hay muchos ejemplos en la historia de la República de Venecia.

Esta, que había adoptado la política fría y calculadora de Maquiavelo, no reparaba en los medios, con tal de que llevasen á un fin, ó lo que es lo mismo, reconocían en la práctica este terrible principio: "el fin justifica los medios". Y á esta frialdad calculadora de la política de Venecia, debía Aben-Shariar su puesto en el Consejo de los Diez, á pesar de que no era veneciano, ni por consecuencia patricio, ni cristiano, ni hombre de bien, puesto que era pirata.

Pero tenía un gran poder, y Venecia, para robustecerse, asumía todo el poder que le era posible.

Para esto había sido necesario que el Estado de Venecia autorizase una superchería; Aben-Shariar había sido reconocido como patricio genovés, bajo el nombre de Pietro Mastta, se le había dado carta de naturaleza en Venecia, y se le había admitido en el patriciado veneciano.

El Consejo de los Cien, y el de los Cien y el Dux, creían de buena fe que Aben-Shariar era monseñor Pietro Mastta, patricio de Genova, naturalizado en Venecia, y admitido en su patriciado; pero el Consejo de los Diez, que era al mismo tiempo el corazón y el alma de la República, el poder supremo, el que todo lo hacía y todo lo sabía, el depositario de los secretos de Estado, sabía el verdadero nombre y la verdadera posición del emir Yhayeben-Shariar, que era uno de los siete emires del Africa Occidental, y á más de esto, un bravo corsario.

Sin embargo, monseñor Pietro Mastta era uno de los más influyentes miembros del Consejo de los Diez.

Esto quería decir que Aben-Shariar era un secreto de Estado que el Consejo de los Diez guardaba cuidadosamente, porque aquel secreto de Estado redundaba en provecho de la República.

Sin embargo, Mirian conocía este secreto, porque lo primero que existía en el mundo para Aben-Shariar era Mirian, y no tenía secretos para ella.

Por eso Mirian le había dicho llena de seguridad: tú eres mío, y por eso Aben-Shariar se había sentido inflamado por la mirada incontrastable con que Mirian había acompañado aquellas palabras.

—Sí, eres mío—dijo Mirian—; mi hermosura te enloquece, mi alma te enamora; si yo te pidiese tu vida, más que tu vida, tu infamia, no vacilarías en obedecerme; pues bien: véngame y soy tuya.

—¡Mirian, calla! Tú no puedes cumplir lo que me prometes—dijo con dolor Aben-Shariar—; ¡tu alma no es tuya! Deja mi esperanza muerta en el fondo de mi alma, no la resucites con el fuego de tus ojos, con el encanto de tu palabra; porque si mi alma despierta, yo no podré volver á dormirla, y puede ser te funesto el haber resucitado mi esperanza.

—¿No te he dicho ya que mi amor á Gabriel se va mezclando con algo de odio? ¿Pues qué, una mujer altiva y digna, puede verse despreciada sin que el desprecio la irrite y haga nacer en su corazón el odio?

—¡No te comprendo, Mirian! ¡No quiero comprenderte! ¡Tú me engañas!

—¡Ayúdame! Que el ser hija de un senador del Consejo de las Diez no proteja á Estéfana; que el Consejo de las Diez no ayude á Gabriel á conquistar el trono que ambiciona; que si mañana ocupa ese trono, sepa que me lo debe á mí, como á mí me debe la vida. ¡Quiero matar á Estéfana! ¿Lo entiendes? Estoy ya cansada de sufrir, y tengo sed de exterminar.

—¿Y si Gabriel no te ama, si Gabriel no vuelve á tu amor, si después de Estéfana su ambición le lleva á otra mujer?...

—Entonces, él también.

—¡El padre de tu hija!

—Para mi hija basto yo.

—Tú estás loca, Mirian.

—Si estoy loca, mi locura es incurable, y es en vano oponerse á los proyectos de mi locura.

Escucha, Yhayé: si tú lo esperas todo de mí, yo lo espero de ti todo; por eso me encontraste cuando iba á buscarte á tu galera; mi resolución es irrevocable; quiero saber si tú estás dispuesta á servirme.

—¿No has dicho que soy tuyo?—le dijo Aben-Shariar—; pues bien; tú lo has dicho.

—¡Ah! Ya lo sabía yo; pero escucha, Yhayé; no des vuelo á tus esperanzas; no quiero engañarte; yo no te amaré nunca más que como te amo ahora: como un hermano; yo no puedo dejar de amar á Gabriel, aunque me ofenda todo cuanto un hombre puede ofender á una mujer, aunque me maltrate, aunque me desprecie; pero sin dejar de amarlo, me vengaré de una manera tan terrible como si le aborreciera, aunque mi venganza llene mi alma de dolor y de remordimiento. ¿Quieres ayudarme, Yhayé?

—Yo soy tuyo—contestó suspirando el corso.

—Yo creo, Yhayé—dijo Mirian—, ¡que Gabriel no ama á Estéfana Barbarigo, porque él no puede amar á nadie; creo que la engaña para procurarse la protección de Giacomo Barbarigo, cuya influencia lo domina todo en el Consejo de las Diez. ¿Puedes tú vencer á Barbarigo si nos ponemos en lucha con él?

—No—dijo secamente Yhayé.

—¡Entonces, Yhayé, guerra á Venecia!

—¡Guerra!

—¡Sí, guerra! Que las galeotas africanas en un número infinito caigan de improviso sobre Venecia; tú tienes tesoros, y yo soy aún la sultana Sayda Mirian; la República engañada por ti, no puede prever el golpe; no le verá hasta que le sienta.

—La República está siempre prevenida.

—Hazla traición, y si perezes en la traición, si se abren por ti los calabozos del Estado, lo habrás hecho por mí.

—Silencio—dijo Aben Shariar—; se acerca alguien.

En efecto, se abrió una puerta, y apareció Gabriel de Espinosa.

CAPITULO IV

DE CÓMO GABRIEL DE ESPINOSA OBRABA POR SU CUENTA Y SEGUÍA SIENDO UN MISTERIO

Era Gabriel un hombre gallardo, de altivo aspecto y de nobles maneras; había en él algo de

indomable y de terrible; pero contenido bajo una grave tranquilidad.

Le rodeaba un no sé qué de grande, una aureola, por decirlo así, casi fantástica; parecía que el lugar en que se encontraba no era su lugar; que el traje que vestía no era su traje, á pesar de que aquel traje era tan rico como el de los ricos patricios venecianos.

En cuanto á la figura, era aún hermoso; pero entre sus cabellos rubios y su barba rubia también, había muchas canas; su semblante blanco estaba curtido por el viento del mar, y se marcaban en él leves arrugas que le hacían parecer prematuramente entrado en la vejez. Sin embargo, sus ojos azules, como el azul del cielo por la tarde después de puesto el sol, tenían el brillo y el fuego de la juventud, y estaban impregnados de la expresión sombría de un malestar continuo, profundo, de una contrariedad insoportable. Todo en él revelaba lo grande; pero lo grande comprimido por la desgracia y la altivez con que aquella desgracia era combatida.

Adelantó un paso tento y grave, y cuando llegó á Aben-Shariar y á Mirian extendió hacia ellos las manos, con las que entrambos enlazaron las suyas.

Aben-Shariar estaba pálido y conmovido, y no pudo sostener la mirada fija y penetrante de Gabriel de Espinosa, que parecía penetrar en su alma y leer en ella.

Mirian estaba pálida é irritada, y sostuvo de una manera sombría y amenazadora la incontrastable y tranquila mirada de Gabriel.

—Conspirábais—les dijo—, conspirábais contra mí; lo veo en la turbación de Yhayé, en la amenaza que arde en tus ojos, Mirian: estoy sentenciado á que nadie me comprenda, á que todas mis acciones se interpreten de mala manera, y esto me cansa y me irrita.

—¿Quién puede comprenderte? —dijo Mirian soltando la mano de Gabriel—; hace diez y ocho años nos conocimos, no sé si en buena ó mala hora; en esos diez y ocho años sólo por rápidos momentos he visto en ti al hombre que yo hubiera querido ver siempre. Lo mismo ha acontecido á Yhayé; el hermano y la esposa nunca han tenido en ti al esposo, al hermano. Y sin embargo, ¿qué sacrificios has exigido de nosotros que no hayamos hecho?

—Siempre esa queja importuna que me ofende y me irrita—dijo Gabriel—; no se compren-

de, no se quiere comprender que las desgracias me abruman; que me hacen aparecer muchas veces frío é indiferente para los que amo, que no tienen ojos para ver en el fondo de mi alma que es por ellos ese sufrimiento que me devora, que mantiene en mi corazón un cuidado roedor que cubre mis ojos de tristeza, que me hace parecer frío é indiferente á todo. ¡Oh! ¡Vosotros no sabéis cuánto sufro, cuánto anhelo, cuán desesperado estoy, cuán cansado de la vida!

—Pero has estado veinticuatro horas lejos de mí ignorando yo dónde estabas, sin saber á qué atribuir tu ausencia, temiéndolo todo; porque hay que temerle todo en Venecia.

—El Estado me protege, porque el Estado ve en mí un medio de inquietar al rey de España; nada hay que temer por mí del Estado veneciano.

—Pero yo tengo que temerle todo de las patricias venecianas—dijo no pudiendo contenerse Mirian.

—Estoy sentenciado á tener siempre junto á mí un espía—dijo Gabriel fijando la mirada severa en Aben-Shariar—; los miembros del Consejo de los Diez han contraído un vicio tremendo, necesitan saber cómo respira, cómo vive, qué hace, qué piensa, en qué sueña la persona que deja de parecerles vulgar; esto es insoportable, me voy cansando de ello, y se me obligará á cometer una imprudencia por librarme de esta tiranía.

—El miembro del Consejo de los Diez que tiene su mano entre las tuyas está haciendo por ti traición á la República—dijo con energía Aben-Shariar—; no es él quien espía tus pasos para turbar con revelaciones indiscretas la paz de tu familia; no es él el que escucha tus palabras para venir á amargar con ellas el corazón de tu esposa; el emir Yhayé-ben-Shariar no sabe, no puede descender á bajos oficios; él podrá pedirte cuenta del corazón de su hermana; él podrá decirte: si vives, si esperas, si estás protegido por el Estado de Venecia, todo nos lo debes; sin nosotros, Gabriel de Espinosa, ó don Sebastián de Portugal, seas quien quieras, hubieras quedado tendido allá en los campos de Alcázar-Kivir entre los cadáveres de la batalla de los Xerifes, ó hubieras caído después entre las terribles manos del celoso sultán de Marruecos, Sydi Aht-med.

—Siempre recordándome el beneficio y pidién-

dome la paga—dijo con desdén Gabriel de Espinosa.

—Nos tienes el corazón lastimado—dijo Yhaye—; diez y ocho años de amor y de sacrificios, los lazos que te unen á Miriad, los hijos que de ella has tenido, no han sido bastante para que obtengamos tu confianza, para que sepamos quién eres, para que el pesado misterio que te envuelve se desvanezca, para que Gabriel de Espinosa nos diga: he aquí la prueba de que no soy más que Gabriel de Espinosa, ó para que el rey don Sebastián se entregue á nuestro amor y á nuestra lealtad.

—Os lo he dicho siempre y no he mentido, yo soy hermano bastardo del rey de Portugal, si don Sebastián resucitase, él afirmaría mi dicho, él os diría lo mismo que tantas veces os he repetido yo; pero parece que hay empeño que yo me confiese rey, y este empeño me perderá; la indiscreción, la imprudencia de mis amigos dará ocasión á sucesos funestos. Pero tal es, sin duda, la voluntad de Dios, y debo resignarme á ella.

—Dios te pone en las manos el triunfo, y en vez de ir á él por el camino más corto y más desembarazado, eliges un camino torcido que te aleja de su objeto, te compromete, dando lugar para prepararse á tu poderoso enemigo; tú te estás perdiendo, Gabriel, y nos estás perdiendo á todos; los emisarios secretos del rey de España hierven en Venecia, y ellos son los que saben cómo respiras, qué haces, qué dices, qué piensas; no la República de Venecia, porque si un miembro del Consejo de los Diez te sigue, si emplea los medios que están á su alcance para saber lo que haces, no es secretamente por encargo de la República, sino porque su corazón le manda protegerte, velar por ti, velar por ella—y Aben-Shariar señalaba á Mirian, que se había sentado junto á la cama de su hija, y abismada en sus pensamientos, abstraída, parecía no prestar atención al diálogo que tenía lugar entre Aben-Shariar y Gabriel—; no, si un esbirro te sigue, si entra sin que tú lo sientas en la misma góndola que te concuce, no es la República veneciana la que ha puesto allí aquel esbirro; es tu amigo Yhaye que vela por ti.

—¿Y sabéis, Yhaye, dónde ha estado esta noche tu amigo Gabriel?

—Lo sabré en cuanto salga de aquí.

—Lo creo; porque en Venecia no se puede

hablar una palabra sin ser escuchado, y por lo mismo voy á decirte dónde he estado, y qué he hecho.

—Escucho para darte, si es necesario, un consejo.

—Pues bien: he estado en un canal muy lóbrego, en un palacio habitado por el diablo, según dicen, en el que ninguna persona humana vive, y cuya puerta se ha abierto como por encanto al tocarla yo.

—El palacio de los Conti, de una familia que se cree extinguida; porque Elena Conti, después de la muerte de su padre, Salvator Conti, víctima de un crimen horrible, ha desaparecido.

—¿Y la República no ha podido averiguar lo que ha sido de Elena Conti?

—El crimen que mató á Salvator Conti, en nada tenía relación con el Estado; era un crimen vulgar en el cual se atribuía una gran complicidad á Elena Conti; la justicia del Estado se redujo á buscar á los criminales y á sellar las puertas del palacio abandonado. El viento, las lluvias y el tiempo que todo lo corroe, han roto esos sellos, los ha gastado, y han hecho perder la memoria del trágico fin de Salvator Conti, sólo ha quedado entre el vulgo la tradición de que el palacio está habitado por el diablo, en compañía del alma condenada de Elena Conti.

—Pues bien; el diablo debe llevarse perfectamente con los cardenales y con los frailes; porque yo he encontrado dentro del palacio al cardenal romano Genaro de Montalto, al fraile portugués agustino Miguel de los Santos.

—El cardenal de Montalto—dijo con interés Aben-Shariar—es muy favorito del Papa Clemente VIII.

—Y el Papa Clemente VIII no es muy amigo del rey don Felipe II.

—Los portugueses han sido siempre mucho menos antipapistas que los españoles—, dijo Aben-Shariar.

—Y á más de eso, un Papa grande y célebre, Gregorio XIII, fué el que impulsó al rey don Sebastián á la empresa de Africa.

—De lo que resulta tal vez, que el Papa Clemente VIII, siguiendo la política de Gregorio XIII, que quiso engrandecer contra Felipe II al rey don Sebastián, quiere volver al trono de Portugal al rey don Sebastián contra Felipe II.

—Así parece de lo que hemos hablado el cardenal de Montalto, fray Miguel de los Santos y yo.

—¿Y tú te habrás presentado á ellos como el rey don Sebastián?

—Sí; era necesario; á fuerza de oír decir á todos los que han conocido á aquel rey y me han conocido á mí que yo soy el rey don Sebastián, he caído en la tentación de representar á mi difunto hermano. ¿Y luego, no soy yo hijo del príncipe don Juan de Portugal? ¿Seré yo acaso el primer rey bastardo que haya ocupado un trono? ¿No tengo más derecho que el prior de Ocrato, mi tío el infante don Antonio, que protegido por los ingleses, pretende hacerse aclamar rey de Portugal?

—Vas marchando de imprudencia en imprudencia, Gabriel; tú has nacido para hacer temerarias todas las empresas que acometes; pero aun todavía es tiempo, acepta la proposición que yo te he hecho; yo pretendo armar en ocho días, al otro lado del Estrecho, cien galeotas, en las cuales pueden embarcarse cuarenta mil africanos, que desembarcarán en Lisboa, poniéndote en dos horas en el trono.

—No quiero que la historia diga que he debido á infieles un trono cristiano.

No sería la primera vez que los africanos habrían ayudado á un rey cristianísimo.

—El camino que yo sigo es el mejor; yo iré á Portugal, llevado de la una mano por el Papa, de la otra por la República de Venecia, y el triunfo es seguro.

—Si es que á estas horas no lo sabe todo por medio de su embajador en Venecia Felipe II, y te tiene ya preparado el lazo en que ha de aprisionarte.

—Será lo que quiera la voluntad de Dios.

—¿Y bajo qué condiciones te protege Clemente VIII?

—Un senador del Consejo de los Diez, no debe preguntar nada, debe saberlo todo—dijo con sarcasmo y con dureza Gabriel.

—He ahí lo que te debemos los tuyos—dijo con abatimiento Aben-Shariar—: reserva, frialdad y misterio; has nacido para desconocer los buenos consejos y para provocar los peligros; Dios tenga piedad de ti y de nosotros.

—Adiós, estoy cansado—dijo Gabriel.

Y sin añadir una palabra más salió de la habitación por la otra puerta.

Mirian se alzó rígida y temblorosa:

—He ahí su amor—dijo—; permanece fuera un día entero, y cuando vuelve, sólo sabemos

que está rodeado de nuevos peligros, y se aleja de mí sin pronunciar una sola palabra de consuelo, sin arrojar una sola mirada á la cuna de su hija; somos una cadena para él, Yhayé, y acabará por romperla.

¡Ay de él si la rompel—dijo Aben-Shariar—; como le dimos la vida, se la quitaremos; estará escrito que el rey don Sebastián de Portugal muerá á manos africanas.

Después de esto, Aben-Shariar procuró consolar á Mirian, y salió.

Aben-Shariar se había descuidado.

Creyendo que Gabriel no tenía otro empeño en Venecia que Estéfana Barbariego, sólo había hecho observar el palacio Barbariego; pero Gabriel, que creía que era continuamente vigilado por la República, había revelado á Aben-Shariar, creyendo que nada le revelaba, lo de su entrevista con el cardenal de Montalto y con el fraile portugués Miguel de los Santos, en el palacio deshabitado de los Conti.

Este palacio, como hemos dicho, era objeto de una tradición terrible, á causa de un crimen cometido en él diez años antes.

La República había confiscado aquel palacio; pero no habiendo habido quien se atreviese á comprarle, por temor al espíritu maligno que se creía alojado en él, había quedado vacío y solo, y sus llaves en poder del Consejo de los Diez.

Aben-Shariar se fué al palacio de Barbariego, no á la parte que habitaba Estéfana, sino á la que ocupaba su padre.

Giacomo Barbariego recibió con las muestras de la mayor deferencia á Aben-Shariar, dejó de despachar con su secretario y se encerró con el pirata en una cámara apartada, donde de nadie podían ser oídos.

—Me alegro mucho que vengáis, señor Pietro Mastta—dijo Barbariego—; tengo que consultaros acerca de un grave negocio; pero como vos habréis venido á mi casa para algo, decidme antes á lo que habéis venido.

—Voy á deciroslo, monseñor.

—Dejad lo de monseñor á un lado—dijo Barbariego—, si no queréis que yo os dé el mismo tratamiento.

—Yo doy ese tratamiento al anciano, no al compañero.

—Pues bien, monseñor, vuestro viejo compañero os escucha.

—¿Se sabe, señor Giacomo Barbariego, lo que

pasa en un sombrío palacio que está al extremo del oscuro canal de Monforte?

—¡El palacio de los Contil—dijo Barbarigo—; debía saberse, señor Pietro Mastta; pero hay algo que resista todo el poder del Consejo de los Diez; algo contra lo cual nada podemos, y esta cosa, este algo, es la superstición de los venecianos; como se dice que el diablo habita el palacio de los Conti, no hay esbirro que se atreva, no ya á penetrar en él, sino ni á permanecer en sus alrededores. De tal manera es esto, que no habiendo gondolero que se atreva á penetrar en el canal de Monforte hasta el sitio donde empieza el palacio Conti, las casas contiguas están deshabitadas. En vano se ha aterrado con amenazas á los esbirros; han preferido el tormento y la muerte á permanecer un solo minuto junto al palacio Conti.

—Es decir, que en el centro de Venecia hay un lugar inmune, al que no alcanza el poder del Consejo de los Diez.

—Desgraciadamente, señor Pietro Mastta; y es más: esta superstición no alcanza sólo á la gente vulgar é ignorante; todos los dependientes de la República, del Consejo de los Quinientos, los del de los Ciento, los del de los Diez, se han disculpado y se han negado á visitar ese palacio.

—¿Y vos también, mi valiente amigo, habéis tenido miedo al diablo?

—Soy por fortuna harto buen cristiano, y puedo más en mí la confianza en Dios que el miedo á Satanás; si hubiera habido necesidad de reconocer ese palacio, yo le hubiera reconocido.

—¿Y quién tiene las llaves de ese palacio, señor Giacomo Barbarigo?

—Las tengo yo.

—Pues bien; hacedme la merced de darme confidencialmente esas llaves.

—¿Se sabe algo acerca de ese palacio?—dijo el anciano senador fijando una penetrante mirada en Aben-Shariar.

Aben-Shariar no era hombre á quien turbase una mirada, fuese cual fuese su expresión, y dijo con la mayor naturalidad:

—Yo soy joven aún y un poco dado á las aventuras, mi noble amigo.

—Cuenta con las aventuras venecianas, mi bravo corsario—contestó sonriendo benévola-mente Barbarigo.

—Francamente: cuando estoy en el mar, no puedo ver un barco sin ponerme inmediatamente

te en caza; y cuando vago de noche por Venecia, sirviendo á la República, no puedo ver á una mujer que se desliza sola y en paso rápido por el borde de un canal, sin seguirla. Anoche atravesaba yo distraído por delante de San Marcos, y hube de detenerme á pocos pasos de una mujer que estaba arrodillada delante del vestíbulo de la Basílica, para no tropezar con ella.

Mentía con tal aplomo Aben-Shariar, que Giacomo Barbarigo le escuchaba sin prevención alguna.

Aben-Shariar continuó:

—Aquella mujer estaba vestida de blanco y envuelta en un velo blanco también. Según lo que pude juzgar á la débil luz de la lámpara que arde sobre el arca donde se depositan los expositos en el vestíbulo de la Basílica, aquella mujer era joven y hermosa. Reparó en mí, lanzó un leve grito, se puso de pie y echó á andar muy deprisa, con ese paso menudo y rápido de las mujeres, que es muy fatigoso seguir.

—Se me ha anunciado por algunos agentes secretos del Consejo, que muchas noches, después de las doce, vaga las calles de Venecia, por los bordes de los canales, una dama blanca que cuando se la sigue va á perderse en el cementerio de San Giovanni, cuya puerta se abre delante de ella antes que ella la toque, y se cierra apenas ha pasado. He mandado prender á esa dama, y resulta que nuestros agentes no pueden prenderla, porque se desvanece cuando se la va á tocar. Lo que significa que los esbirros secretos del Consejo de los Diez tienen tanto miedo á esa dama como al palacio Conti.

—¡Es singular!—dijo Aben-Shariar.

—Nada tiene de singular la superstición de los venecianos—respondió Barbarigo, equivocándose acerca de la exclamación de Aben-Shariar, que no era porque los esbirros se atreviesen ó no á prender á la dama blanca, sino porque aquella dama blanca que él había querido inventar, existía.

—¿Y qué sería, señor Giacomo Barbarigo, de la República de Venecia si los venecianos no fuesen supersticiosos?

—Tenéis razón, amigo mío; por eso los pueblos no tienen nunca otro gobierno que aquel que deben tener; pero no, continuad con vuestra aventura, que me interesa, puesto que se trata de la dama blanca que se desvanece de entre las manos de nuestros esbirros.

—Esa dama—continuó Aben-Shariar—, siguió muy de prisa por los bordes del gran canal, pasó como una sombra por Rialto, obligándome á correr para no perderla, y recorriendo bordes y puentes llegó al fin al canal Monforte y al palacio Conti, cuya puerta se abrió delante de ella y se cerró, interceptándome el paso.

—¿Será esa dama Elena Conti?—murmuró Barbarigo.

—No lo sé—dijo Aben-Shariar—; pero quiero saberlo; por eso, y porque tenía idea de que el Consejo de los Diez posee las llaves de ese palacio, he venido á pedirlos esas llaves.

—Ved lo que hacéis, mi valiente compañero, porque por más que hagáis, aunque deis de cuchilladas á los esbirros que os acompañen, al llegar cerca del canal Monforte, se dejarán matar antes que pasar adelante.

—Iré yo solo, señor Giacomo Barbarigo.

—Permitidme que no apruebe vuestra temeridad. ¿Qué interés tenéis en conocer á esa mujer, por hermosa que sea? Ya habéis pasado de la edad de las locuras, compañero, y sabe Dios los peligros inútiles que encontraréis dentro de ese palacio.

—Tal vez no es una curiosidad aventurera la que á ese palacio me lleva; y si no, veamos: vos, que lo sabéis todo, ¿sabéis si está en Venecia el cardenal romano Genaro de Montalto?

—Ese personaje—contestó Barbarigo—no está en Venecia; puedo asegurarlo. Como que ayer estaba en Villafranca.

—¿Y sabéis si ha llegado á Venecia un fraile agustino portugués que se llama fray Miguel de los Santos?

—No conozco el nombre de esa persona.

—Pues, monseñor, la República está muy mal servida, puesto que vos no sabéis que existen en Venecia dos personas que yo estoy seguro de encontrar en amistosa compañía con el diablo, en el palacio Conti.

—Nada de extraño tiene que se lleven bien con el diablo un fraile y un cardenal—dijo sonriendo Barbarigo.

—Y nada tendrá tampoco de extraño que con el diablo, el cardenal y el fraile, tercie el rey.

—¡Ah, el rey don Sebastián! Vuestras palabras son al fin para mí un rayo de luz; me veo obligado á agradeceros vuestro celo en nombre de la República, monseñor. Pero ¿qué misterio hay entre Roma y el rey don Sebastián? ¿No le

basta á ese hombre el apoyo decidido de Venecia, para que así dificulte sus asuntos, ingiriendo en ellos un poder con el cual Venecia no está en muy buena armonía?

—La cuestión es más grave de lo que á primera vista parece. ¿Habéis olvidado, señor Giacomo Barbarigo, que el rey don Sebastián está casado con una parienta mía?

Al decir Aben Shariar estas palabras, Barbarigo se levantó y dijo grave y solemnemente á Aben-Shariar, que se levantó también:

—O la ambición impaciente de ese hombre le hace olvidarse de que es rey y caballero, ó no es otra cosa que un villano que se parece á un rey.

—Explicadme, explicadme esas palabras, monseñor—dijo con la voz temblorosa Aben-Shariar.

—Hace una hora acaba de salir de aquí el rey don Sebastián.

—Acabo de verle, y nada me ha dicho.

—Naturalmente; pero no podéis acusarme á mí del mismo villano silencio, puesto que al principio de nuestra conversación os dije que tenía que hablaros de un asunto importantísimo.

—Hablad, señor Giacomo Barbarigo, hablad; os escucho con impaciencia.

—Juradme por vuestro valor de marino que vais á responderme á lo que os pregunte.

—Antes de contestar una mentira al noble é ilustre anciano que me pregunta, me cortaría la lengua, monseñor.

—¿Es cristiana, católica, apostólica, romana, bajo el nombre de doña María de Souza, vuestra cuñada la sultana Sayda Mirian?

—Sí, monseñor, sí—contestó, pálido de impaciencia, Aben-Shariar.

—¿Es esposa legítima, por ante la Iglesia católica, de Gabriel de Espinosa?

—Sí, monseñor; acabad de una vez.

—Esperad, esperad aún. ¿Tiene de su esposo vuestra cuñada una hija que se llama Gabriela de Espinosa?

—Hija legítima de legítimo matrimonio, según la religión y las leyes de los cristianos—dijo, demudado ya completamente y con terrible energía, Aben-Shariar.

—¡Villanía é infamia!—exclamó con indignación Barbarigo.—Ese hombre no es el rey don Sebastián, señor Pietro Mastta; un rey no puede llegar á tanta vileza.

—Pero acabad, monseñor.

—Ese hombre me ha pedido la mano de mi hija Estéfana.

—¡La mano de vuestra hija!

—Sí; y cuando yo le pregunté cómo podía casarse entre cristianos un hombre con dos mujeres, cómo podía ser esposo de mi hija siendo ya esposo, según mis noticias, de la sultana Sayda Mirian, vuestra cuñada, me contestó que no estaba casado con ella; que su apariencia de matrimonio era una farsa; que se había visto obligado á sucumbir para salir de la cautividad en que le tenais en Africa; que nada os debía, porque todo lo habíais hecho por ambición, contando con el día en que volvería á ser rey; que él no podía hacer reina á una hija de los que habían tendido su ejército en la llanura de Alcázar-Kivir, de los enemigos de su religión y de su patria; pero que una hija de Giacomo Barbarigo era bastante ilustre para poder ceñir la corona de Portugal sin que el reino lo extrañase, y por ello, y para cuando recobrase su trono, me pedía la mano de mi hija.

—¡Pero ese miserable está loco!—dijo con la voz rugiente Aben-Shariar.—¿No sabe que yo pertenezco al Consejo de los Diez; no sabe que vos sois mi compañero, y que me habíais de consultar acerca de cosa tan grave?

—Ese hombre me ha creído tan miserable como él; ese hombre ha creído que por ambición os ocultaría yo este asunto y le ayudaría á envolveros en alguna trama tenebrosa; pero él no sabía, sin duda, hasta qué punto es intransigente con la traición mi honor: él no sabía que un caballero vale tanto como un rey, y muchas veces más que un rey, cuando este caballero se llama Giacomo Barbarigo.

—Pero vos, vos, ¿qué habéis contestado á la demanda del rey de Portugal?

—Me ha parecido imprudente el hacerle desconfiar, y me he mostrado con él afable, para ganar tiempo y ponerme de acuerdo con vos. Iba á llamaros cuando os habéis presentado en mi casa.

—Yo os estimaba, os respetaba, os admiraba antes de ahora, monseñor; pero desde ahora soy tan vuestro, que nada hay en el mundo que vos podáis exigirme que yo no haga por vos.

—Servid bien á la República que os ha honrado y favorecido, dado autoridad y poder casi supremos, á pesar de lo que habéis sido y de la

que sois, y habréis hecho todo lo que mi cariño podía exigir de vos, emir Yhay-ben-Shariar.

—Monseñor—dijo algo turbado el corsario—, yo heredaré de mi padre el odio á los cristianos, y una enemistad á muerte contra Venecia, que había vertido la sangre de mi padre; mi galeota la *Leona* ha llegado alguna vez hasta las playas venecianas, y ha dejado impresas en ellas sus sangrientas garras; yo no creía que podría hablar nunca tranquilamente con un cristiano; que dejaría nunca de combatir hasta morir á los cristianos; pero el hombre, monseñor, tiene un enemigo terrible, el corazón; un día vi yo en Alcázar-Kivir, en la casa de un fakt amigo de mi padre, una hermosa doncella, y creí amarla tanto que la hice mi esposa; pero después de serlo conocí á una hermana de mi esposa, á mi cuñada Sayda-Mirian, y entonces, monseñor, comprendí que yo no había amado; porque mi alma entera había sido llena de amor por la sultana Sayda-Mirian; pero la sultana, monseñor, amaba á un hombre con toda su alma, como con toda mi alma amaba yo á la sultana; aquel hombre era el rey don Sebastián de Portugal, á quien la sultana había salvado, arrancándole casi sin vida, del campo de batalla de Alcázar-Kivir. Reconoceréis hasta qué punto era grande mi amor á la sultana, cuando sepáis que yo amé y amo aún al rey de Portugal como á un hermano, sólo porque le amaba Sayda-Mirian. Pues bien: he ahí la razón de que yo haya perdido mi horror y mi odio á los cristianos; he ahí porque pretendiendo procurar una protección poderosa al rey don Sebastián, me encubrí, fingí, tomé carta de naturaleza en Génova, propuse transacciones á la República de Venecia, hice traición al dey de Argel y al bey de Túnez, y he servido de tal manera, con tanto peligro y con tanto valor á la República, que ésta me ha hecho veneciano, patricio, y me ha elevado á la dignidad que me enorgullece de senador del Consejo de las Diez.

—La República nada perdona en beneficio de la patria; la República olvida lo que un hombre ha sido cuando mira al hombre que todo la sacrifica por Venecia; y vos habéis hecho tanto, monseñor, que la República ha olvidado al corsario de Túnez para premiar los servicios del patricio veneciano.

—Por la mismo, monseñor, no puede temerse

que yo haga traición á la República de Venecia, ni aun que pueda hacérsela; porque ahora más que nunca necesito del poder que la República ha puesto en mis manos como premio de mis servicios; nada temáis, monseñor; yo soy un secreto del Estado de la República; pertenezco á ella como el brazo al cuerpo; yo no puedo separarme de ella sin destruirme; necesito vivir y ser fuerte para proteger y vengar á los que amo. No hablemos más de esto; yo ocultaré á Sayda-Mirian la traición de ese hombre por no destruirla el corazón; pero perseguiré á ese hombre por entre las tinieblas en que se pierde hasta ver claro lo que ese hombre es y obrar en consecuencia. Obrad vos por vuestra parte como os parezca prudente, monseñor.

—Yo he cortado de una vez toda otra conversación acerca de mi hija con el rey don Sebastián, manifestándole que ninguna autoridad tengo ya sobre ella; que la he separado de mí entregándola toda mi hacienda, declarándola libre por ante las leyes como mayor de edad; que ella puede disponer de sí misma, y que su consentimiento á ser su esposa, era asunto completamente suyo; pero por prudencia, para no hacer desconfiar al rey, para ganar tiempo, me mostré de manera que él creyese que me sería muy grato ser un día padre de la reina de Portugal.

—Habéis hecho bien, monseñor; de ese modo Gabriel de Espinosa estará tranquilo, confiado en vuestro silencio por el interés que le habéis dejado conocer por su casamiento con vuestra hija, casamiento que puede ser se lleve á cabo.

—¡Qué decís!—exclamó severamente Barbarigo.—¿Pues qué, de confianza en confianza vendremos á parar en que el rey de Portugal no es esposo de vuestra cuñada?

—Yo no miento jamás, monseñor—contestó con dignidad Aben-Shariar—; Gabriel de Espinosa es esposo legítimo de mi cuñada la sultana Sayda-Mirian; pero el papa Clemente VIII le cree, como vos y yo, rey de Portugal. Los reyes no están sujetos para nada á las mismas condiciones que los demás hombres; los reyes, si son amigos de un papa, ó si un papa se ve obligado á complacerlos, repudian con suma facilidad á sus mujeres, porque los pontífices cristianos tienen la potestad de atar y de desatar. ¿No sabéis que han venido á Venecia el cardenal de Montalto, favorito de Clemente VIII,

con un fraile español que puede muy bien haber ido con un grave encargo á Roma y haberse traído de allí con un Breve del papa al cardenal de Montalto?

—Tenéis razón, señor Pietro Mastta. ¿Pero sabéis vos si Estéfana tiene conocimiento de esto, si conoce al rey de Portugal?

—Sí, señor Giocomo Barbarigo, le conoce y le ama.

—Entendéos allá con ellos—dijo Barbarigo—; obrad con entera libertad aún respecto á mi hija, con la cual, os lo afirmo otra vez, yo nada tengo ya de común.

—Gracias, monseñor; obraré como pueda y como deba; respecto á Estéfana Barbarigo, tendré siempre presente que es vuestra hija.

—Y yo, para agradeceros vuestra intención, os aconsejo tengáis mucho cuidado con Estéfana, porque puede perderos.

—Sois demasiado severo con vuestra hija.

—La he separado completamente de mí, y ya lo veis, hablo de ella á sangre fría como pudiera hablar de otra persona cualquiera; os lo repito, amigo mío; estad muy prevenido, porque Estéfana os puede perder.

—Gracias, monseñor, y puesto que hemos terminado el asunto de nuestra entrevista, hacedme merced si os parece bien de entregarme las llaves del palacio Conti.

—Pedidlas á los secretarios del Estado, en cuyo poder están, y para lo cual tenéis autoridad bastante, monseñor.

—Permitidme ahora que me separe de vos; es necesario no perder un solo momento; Roma se nos ha entrado silenciosamente en Venecia y es necesario saber lo que Roma viene á hacer aquí.

—Sí, id, monseñor, y hacedme la merced de manifestarme cuanto sepais, cuanto descubrais.

—Lo sabréis todo, monseñor. Adiós.

—Adiós, monseñor.

Los dos senadores se estrecharon las manos y Aben-Shariar salió.

Apenas había salido Aben-Shariar cuando el semblante del anciano Barbarigo se nubló de una manera sombría y brilló en sus ojos una fiera expresión de amenaza.

—¡Venecial, ¡Venecial—exclamó—; tú has hecho el honor al viejo Barbarigo de entregarle tus destinos; Barbarigo no tiene ya corazón como hombre; pero como patricio, su corazón

está lleno de su patria; la traición acecha en la sombra; pero el viejo Barbarigo la ve, y tú, Venecia, puedes dormir tranquila. ¡Hola, Rugiero!

La voz vibrante del viejo llegó hasta la mesa, alrededor de la cual, en otra habitación, trabajaban los cuatro jóvenes secretarios de Barbarigo.

Uno de ellos se levantó y se presentó en la cámara donde estaba Barbarigo.

—Señor Rugiero—dijo el anciano—, se os va á cometer por la República un grave encargo; cuidado de no desmentir la confianza que en vos se deposita; cuidadlo mucho, porque seríais castigado con extrema severidad sólo con que se viese en vos un intento de traición.

—Mandad, monseñor—dijo tranquilamente el joven.

—Id al palacio del Dux; en las cámaras secretas reunid los esbirros del Consejo de los Diez; ordenadles en nombre de la República que vigilen escrupulosamente á monseñor, el senador del Consejo de los Diez, Pietro Mastta; que no dé un solo paso, que no pronuncie una sola palabra que no la sepa y que no la oiga el Consejo de los Diez; que se vigilen asimismo el palacio Sforzia y los extranjeros que en él habitan; que se vigile también á la patricia Estéfana Barbarigo; que se sepa lo que sucede y quién habita en el palacio Conti. De todo os darán parte los esbirros del Consejo y vos me transmitiréis lo que los esbirros os hayan manifestado.

—Muy bien, monseñor.

—Idos.

Rugiero salió y Barbarigo se fué á seguir despatchando con los otros tres secretarios.

Entretanto Aben-Shariar se trasladó al palacio del Dux, entró en él, atravesó galerías lóbregas, subió unas estrechas escaleras de caracol, atravesó una antecámara y entró en una extensa cámara, donde algunos hombres de edad provecta, con togas y birretes encarnados, trabajaban en diferentes mesas.

Al ver á Aben-Shariar, todos aquellos hombres se levantaron respetuosamente, le saludaron y permanecieron de pie é inmóviles.

—Continuad en vuestro trabajo, señores—, que que la República no deje ni un sólo instante de ser servida.

Todor aquellos hombres rojos se sentaron, y continuaron sus tareas.

—Señor Giuseppe Costa—dijo Aben-Shariar

dirigiéndose á uno de aquellos hombres que trabajaba al frente de la cámara en una gran mesa, y que parecía ser el jefe de los secretarios de Estado—hacedme la merced de escuchar.

Giuseppe Costa dejó la mesa, se acercó á Aben-Shariar, deteniéndose á una distancia respetuosa é inclinándose profundamente.

—Acercáos más, señor Giuseppe—dijo Aben-Shariar.

Giuseppe se acercó hasta tocar casi al corsario.

—Entre las llaves de los edificios confiscados y cerrados por la República debéis tener las llaves del palacio Conti—dijo en voz muy baja Aben-Shariar.

—Sí, monseñor—dijo Giuseppe.

—En nombre del Consejo de los Diez, para el buen servicio del Estado, entregadme bajo sigilo esas llaves, señor Giuseppe.

—Tened la bondad de seguirme, monseñor.

Y Giuseppe echó á andar hacia la pared del lado izquierdo de la mesa del centro, en cuya pared no se veía ni la más leve señal de puerta; pero al tocar Giuseppe la pared se abrió una estrecha entrada, por la cual apenas cabía un hombre.

Giuseppe delante, y Aben Shariar detrás, desaparecieron por aquella abertura.

La pared volvió á cerrarse sin dejar señal alguna.

Giuseppe y Aben-Shariar seguían por un callejón tan estrecho que sus vestidos rozaban á derecha é izquierda con las paredes. Llegaron al fin á un aposento octógono, que recibía una débil luz por una claraboya abierta en el techo y cerrada por una fuerte reja, que parecía corresponder al pavimento de otra habitación superior. Aben Shariar notó que una vez dentro de aquel octógono, no se conocía por señal alguna la puerta por donde allí habían entrado.

Alrededor de este aposento, unidos á los muros, había fuertes armarios de hierro, sobre cada uno de los cuales había un número rojo.

Giuseppe Costa sacó de debajo de su toga un aro de acero en que había muchas llaves, y con una de ellas se acercó al armario número 7 y abrió.

Dentro había una multitud de objetos: puñales, espadas, libros que parecían ejecutorias, y alrededor, contenidas en aros de acero con un número y colgadas, grandes llaves.

Giuseppe Costa consultó un cuaderno que había dentro del mismo armario, y después de esto descolgó dos llaves contenidas en el aro, quitó del aro el número que le marcaba y entregó aquellas dos llaves á Aben-Shariar.

Después cerró el armario, y llegando á una parte del muro, tocó un resorte y se abrió otra nueva puerta.

—Supongo, monseñor, que querréis salir—dijo.

—Indudablemente, señor Giuseppe—contestó Aben-Shariar.

—Pues bien, monseñor, seguid por esa crujía, y al fin de ella os encontraréis junto á la escalera de los Gigantes.

—Gracias, señor Giuseppe. Adiós.

—Adiós, monseñor.

Aben-Shariar salió por la estrecha puerta, que se cerró tras él sin ruido, y se encontró en una ancha y desierta galería, al fin de la cual encontró la escalera de los Gigantes. Descendió por ella, atravesó el patio y el vestíbulo, y al salir por la puerta del palacio, se encontró con uno de aquellos jóvenes galantes, de fisonomía viva é inteligente, hijos de casa noble, alegres y aventureros que se veían por todas partes en Venecia.

Nadie hubiera sospechado en él á un agente secreto de la República; ni el mismo Aben-Shariar, que pertenecía al Consejo de los Diez, lo sospechó.

Y, sin embargo, aquel joven era Rugiero, uno de los secretarios de Barbarigo, á quien éste enviaba con una importantísima misión al palacio del Dux.

Aben Shariar no le conocía, y le dejó pasar sin reparar en él, abismado en sus pensamientos. Pero apenas había pasado, Rugiero se volvió, se acercó á un mendigo que parecía dormir al sol recostado contra el muro del palacio, y le dió con el pie.

El mendigo levantó indolentemente la cabeza, y miró con una grave atención al joven; éste señaló á Aben-Shariar que se alejaba en dirección á la iglesia de San Marcos, se puso un dedo en un ojo, y luego en la boca, y se entró en el palacio. El mendigo se levantó, y se puso en seguimiento de Aben-Shariar, pero de una manera tal, que Aben-Shariar no podía notar si era seguido.

El corsario se dirigió á la iglesia de San Marcos, entró en ella y se metió en la sacristía.

La primera persona á quien encontró fué á Nicolino Razzi, metido en una sotana, cubierto con un bonete, y con el semblante más bonachón y más pacífico del mundo.

—Al momento fuera conmigo—le dijo en voz baja Aben-Shariar.

—Perdonad, monseñor—contestó en voz baja Nicolino—; pero ahora soy sacristán, y me encuentro en los momentos más graves de mi profesión eclesiástica; dentro de muy poco tengo que ayudar á la misa del Deán, en la capilla de la Santa Madonna; yo no soy esbirro más que de noche.

—Lo eres desde ahora, de noche y de día, y estás á mi servicio particular.

—Gracias, monseñor, porque gano en ello; voy á avisar á uno de los acólitos para que ayude la misa del señor Deán, suelto la sotana y el bonete, y no me los vuelvo á poner en toda mi vida.

—Espero en la hostería de los Lombardos, junto al gran canal; llévate contigo una góndola; no tardes y adiós.

Aben-Shariar salió de la sacristía.

Nicolino, que iba tras él, vió que al salir á la iglesia Aben-Shariar, un mendigo que estaba reclinado en una pilastra de la ábside se ponía en su seguimiento.

Al verse el mendigo y el sacristán, cruzaron una rápida mirada.

Aquellos dos hombres se conocían.

El mendigo pasó, y Nicolino se quedó en la puerta de la sacristía.

—Atención y prudencia—dijo para sí—; monseñor está vigilado por el Consejo de los Diez.

La hostería de los Lombardos era una hermosa hostería concurrida por lo más ilustre y lo más rico de la juventud veneciana; lugar poco concurrido de día, en el que en cerrando la noche se sucedían las aventuras galantes, que con suma frecuencia producían riñas y desafueros.

En uno de los gabinetes de esta hostería, desde cuyas ventanas se veía el Gran Canal, esperaba Aben Shariar, observando el canal desde una de las vidrieras.

Se detuvo una góndola delante de la hostería, y el semblante de Aben-Shariar se animó; pero volvió á nublarse inmediatamente. De la góndola había salido una dama completamente envuelta en un manto de terciopelo negro, con sombrero de lo mismo sobre el manto, y dejando ver bajo

el un vestido blanco de raso de Florencia con bordaduras de oro.

Aquella dama se entró en la hostería, causando un interés misterioso en Aben-Shariar.

Era muy extraño que una dama noble como lo parecía la que había salido de la góndola, entrase de día en una hostería tan marcada como la de los Lombardos.

El extremo cuidado conque la dama llevaba cubierto el semblante con el rebozo de su manto, excitó la atención de Aben-Shariar, y su traje blanco le hizo recordar á Elena Conti; aquella mujer misteriosa á quien llamaban la Dama blanca, que no podían prender los agentes de la República, porque según su dicho, se les desvanecía entre las manos.

Un golpe que sonó en la puerta de la habitación distrajo de sus pensamientos á Aben-Shariar, que creyendo que quien llamaba sería Nicolino Razzi que habría llegado mientras él estaba distraído, fué á la puerta y la abrió.

Pero en vez de Nicolino, se encontró con un hombre rechoncho, flemático, vestido de verde y ya como de cincuenta años, que se inclinó profundamente sin pasar de la puerta, y le dijo:

—Perdonad, excelencia, perdonad una y un millón de veces; vos tenéis mucha razón; pero me veo en el caso de deciros que yo no tengo la culpa, y que ya he arrojado de mi casa á punta-piés á los culpables.

—Que me parta un rayo—dijo Aben-Shariar, que estaba de muy mal humor—, si entiendo una palabra de esa gerigonza conque te permites incomodarme, imbécil.

—Verdaderamente imbecil, excelencia; lo que me aflige mucho por vos, á quien involuntariamente incomodo.

—¿Sabremos al fin de lo que se trata?

—Se trata, excelencia, de que estáis ocupando muy legítimamente, es cierto, el camarín número 7 de mi hostería, y de que esto me compromete de una manera incalculable, si vos, excelencia, no teneis lástima de mí.

Y el hostelero se inclinaba más y más.

—¿Y por qué he de tener lástima de ti? ¿Qué sucede?

—¿Qué, señor! Si el terrible César Malatesta sabe que ha entrado una persona cualquiera, aunque esa persona fuese el Dux, en este camarín que le tengo reservado para él solo, y que me paga grandemente, puedo darme por muerto ó

por estropeado, de una manera grave, para toda mi vida.

—¡Hola! ¿Conque tal terror se permite causar el señor César Malatesta á los buenos ciudadanos de Venecia?

—¡Ah, señor, por compasión! Si queréis que yo os informe, seguidme, y os llevaré á la mejor cámara de mi hostería, donde os serviré todo aquello que vos queráis, y donde podréis permanecer todo el tiempo que gustéis, sin que os cueste un tomin de plata; pero está ahí ya una dama que es mucha cosa del señor César Malatesta, y la tengo entretenida con el pretexto de que se está arreglando este camarín. Os suplico, excelencia, por la Santa Madonna, que os trasladéis al número 1, que está en esta misma galería, donde iré yo al momento á informaros y á servirlos de la manera que vos queráis.

Aben-Shariar salió del número 7 sin contestar al hostelero, y se trasladó al número 1, que si no era más bello y más rico que el número 7, era mucho más extenso.

Las ventanas de esta habitación daban también al Gran Canal, y Aben-Shariar se puso en observación detrás de una de sus vidrieras.

Poco después, y al mismo tiempo que se oía en la puerta la voz del hostelero que pedía humildemente licencia para entrar, de una góndola que había atravesado el canal, y se había detenido, había salido Nicolino Razzi, y se encaminaba á la hostería.

—Acaba de entrar en tu casa un hombre con birrete de fieltro, manto pardo, calzas azules y zapatos de piel de gamuza; tráemele aquí; que me sirvan además un almuerzo compuesto de dos buenas viandas, pero sin vino.

—Al momento, excelencia.

Poco después entraban Nicolino y el hostelero.

—Cierra la puerta—dijo Aben-Shariar al hostelero que traía en las manos, en una gran bandeja, un servicio de mesa que dejó sobre la que estaba en el centro de la habitación, después de lo cual cerró la puerta.

—Haz conocer tu autoridad á este hombre—dijo á Nicolino.

Nicolino se abrió su sayo de ante, y dejó ver al hostelero un justillo de paño negro, sobre el cual, bordadas con seda roja se veían las terribles letras C. D. X.

Después de esto, Nicolino se abrochó de nuevo el sayo.



El hostelero había retrocedido tres pasos, y había quedado mudo, pálido é inmóvil.

—Necesito un lugar desde donde poder ver y oír, sin ser visto, lo que suceda y lo que se diga en el camarín número 7.

—Muy bien, excelencia; cuando gustéis—dijo el hostelero que se puso más pálido y tembló todo.

—¿Está sola la dama encubierta que acaba de llegar?

—Sí, señor; y probablemente estará sola por mucho espacio, porque el señor César Malatesta es hombre poco puntual en sus citas.

—Mejor; así tendré tiempo de almorzar y de informarme de ti; ve, y vuelve pronto.

El hostelero se apresuró á salir.

—Hay un lugar en Venecia—dijo Aben-Shariar, dirigiéndose á Nicolino—, donde no llegan ni los ojos, ni los oídos, ni las manos de la República.

—Eso consiste, monseñor—dijo Nicolino—en que no se me ha mandado que oiga, vea y toque, con los oídos, con los ojos y con las manos del Consejo de los Diez.

—¿Conoces el lugar á que me refiero?

—Sí, monseñor; ese lugar está en un extremo del canal de Monforte; ese lugar es el palacio Conti.

—¿Y tú llegarías sin temor á las puertas de ese palacio?

—Yo, monseñor, soy una persona cuasi eclesiástica, con la cual no se atreve el diablo; porque hace mucho tiempo que el diablo está acostumbrado á verme cuando voy á encender de noche la lámpara de la capilla de San Miguel; el diablo y yo somos antiguos conocidos, y hace mucho tiempo que el diablo sabe que yo le pertenezco, y me trata como á hijo, como á cosa suya.

—Observo que hablas conmigo con el mismo desenfado con que hablarías con una persona que no te impusiese terror.

—No, monseñor; vos no me podéis inspirar terror; sé que sois un hombre terrible, pero un hombre que tiene el corazón tan grande como el mar, sobre el que está acostumbrado á vivir. Yo, monseñor, no soy uno de esos perros de presa del Consejo de los Diez, que no piensan, que no sienten, que van á ciegas, y á ciegas despedazan, allí donde los arroja su amo; yo sirvo lealmente al Consejo de los Diez, porque el Consejo de los Diez es el escudo y la espada de la patria;

porque amo á mi patria como amaba á mi madre, como amo á mi querida; más aún: porque yo soy veneciano hasta la medula de mis huesos, pero no soy un instrumento ciego, no; os hablo así, porque vos no sois un hombre frío é impasible como los otros miembros del Consejo de los Diez.

—¿Y quién te ha dicho que yo soy uno de esos diez senadores, en cuyo patriotismo, en cuya prudencia, en cuya virtud reposa tranquila y descuidada Venecia?

—Si yo, monseñor, no hubiera comprendido que érais uno de los Diez del Consejo, sería un muy mal agente del Consejo de los Diez; pero al conocerlos, os he visto por completo; vos no sois el patricio veneciano acostumbrado al disimulo y á la política desde el momento en que abre sus ojos á la razón y á la vida; no, monseñor; vos sois el africano impetuoso, de corazón bravo, que no sabe ocultar lo que su corazón siente, que no conoce el peligro, y le arrostra de una manera imprudente.

—Me parece encontrar alguna intención en tus palabras.

—Sí, monseñor; vos, sin duda, os habeis dejado arrastrar por vuestro corazón, le habeis mostrado demasiado, y habeis alarmado acaso á algún senador frío é impasible, á alguno de vuestros compañeros del Consejo de los Diez.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Los resultados.

—¿Has visto algo?

—Sí; sois vigilado por el Consejo de los Diez; lo que quiere decir que os habeis hecho sospechoso.

—¡Insensato!—dijo trémulo de cólera Aben-Shariar. ¿Así te atreves á jugar con tu cabeza?

—Mi cabeza está perfectamente segura en los hombros, monseñor; las palabras que acabais de pronunciar no son otra cosa que un pretexto para disimular la cólera que os causa el que os haya tenido por sospechoso á vos, que no teneis ni motivo, ni necesidad, ni aun pensamiento de ser traidor á Venecia.

—Calla, si es cierto que se me vigila, porque nuestros ojos no ven lo que pueda haber detrás de estas paredes.

—Quien está encargado de vigilaros aquí, soy yo, monseñor.

—¡Tú!

—Sí, yo.

Se estremeció á su vez Aben-Shariar, porque el poder del Consejo de los Diez, emanando de la autoridad de todos sus individuos, amenazaba á cada uno de ellos.

En ningún Estado ha pertenecido tanto el ciudadano á la nación, ni en ningún Estado la nación ha sido tan representada por cada uno de sus individuos como en la inquisitorial República de Venecia.

Nicoli se sonrió al comprender el terror de Aben Shariar.

En toda la hostería de los Lombardos no hay más ojos ni más oídos de la República que los vuestros y los míos, monseñor; nada teméis que temer; yo os lo aseguro, porque yo sé que la República nada tiene que temer de vos; pero perdonadme si os doy un consejo, monseñor; no abrais á nadie vuestro corazón mientras esteis en Venecia; no trateis á nadie como á vuestro hermano ó á vuestro amigo, porque os hareis sospechoso, y hacerse sospechoso en Venecia es lo mismo que abrirse las puertas de la horrible cárcel del Estado, tras de las cuales se pierde un hombre para no volver á aparecer jamás.

—Estás acusando al más prudente, al más experimentado, al más sabio, al más glorioso de los ciudadanos de Venecia.

—Monseñor Giacomo Barbarigo no tiene corazón; no le ha tenido jamás ni aun para los suyos; ha servido á su patria con toda su alma, y su amor á la patria ha matado todos sus otros amores; ha hecho de él una representación muda, terrible, de la política de Venecia. Barbarigo desconfía de todo aquel que se atreve á sentir algo que no redunde en pro de la grandeza y de la gloria de Venecia; en Barbarigo no hay más espíritu que el espíritu de la patria.

—¿Y quién te ha dicho que sea Barbarigo el que ha mandado que se me vigile?

—Lo supongo, por la persona que viene vigilándoos, y que se ha metido en la góndola donde yo venía, y que me ha dado orden de ejercer con vos la más severa vigilancia.

—¿Y qué hombre es ese?

—Le conoce todo el mundo en Venecia. Los que pasan continuamente por delante del palacio del Dux ven un mendigo que, ó duerme, ó pide con voz compungida una limosna á los transeúntes; este hombre no está allí sino para desempeñar los encargos más altos y de más transcendencia. Si el Dux hubiera de ser vigilado,

Brachioforte le vigilaría, y en vano serían todas las tentaciones, todas las amenazas, todos los peligros para que Brachioforte hiciese traición al mandato. Es un perro de presa de Giacomo Barbarigo, puesto al servicio de la República; un hombre de una actividad pasmosa y de una gran inteligencia; de seguro cuando se le mandó vigilaros vestía sus harapos de mendigo; no os habrá perdido de vista un solo momento, y sin embargo, ha podido cambiar de traje; ahora está en la popa de la góndola en que he venido yo con el traje y el aspecto completos de gondolero; sed, pues, prudente, monseñor, y no os dejéis arrastrar de vuestro corazón hasta el punto de que os hagáis más sospechoso, y os sacrifique á ciegas el recelo de la República.

—Se puede tener alma para otros amores sin dejar de amar sobre todo á la República.

—El Consejo de los Diez no comprende eso: todo por el Estado y para el Estado; pero silencio—añadió Nicolino aplicando el oído—; sien- to subir por las escaleras á nuestro hostelero.

—¡Por las escaleras! ¡Están al fin de este largo corredor!

—Si un esbirro no oyese á larga distancia y á través de paredes los pasos de una persona y no la conociese por ellos, para nada serviría.

—Comprendo cómo ve y oye tanto el Consejo de los Diez.

—¿Y qué sería si no de Venecia, tan envidiada, tan acechada, tan combatida? Pero ya está ahí nuestro hombre.

En efecto, se abrió la puerta y el hostelero entró con una bandeja en la que se veían una rica empanada, un trozo de pernil y unas confituras que sirvió á Aben Shariar.

Nicolino permanecía de pie, descubierto é inmóvil ante Aben-Shariar como un criado ante su amo.

El hostelero miraba con terror á aquel patricio, á quien no conocía, y á quien trataba con tanto respeto un esbirro del Consejo de los Diez.

—¿Ha venido ya el señor César Malatesta?—dijo Aben-Shariar al hostelero.

—No, excelencia, aún no ha venido.

—Idos y avisadme en el momento en que venga.

El hostelero salió andando hacia atrás para no volver las espaldas á Aben-Shariar; hizo una profunda reverencia al llegar á la puerta, y desapareció.

—Hablando de otra cosa—dijo Aben-Shariar cuando se quedaron solos, que ya tendré yo buen cuidado de desvanecer las sospechas que de mí ha concebido el señor Giacomo Barbarigo—, deseo saber si tú te atreverás á penetrar conmigo en el palacio Conti, á pesar de estar habitado por el diablo, Nicolino.

—Sí, monseñor, yo me atrevo á todo; pero no sé cómo habremos de entrar en el palacio; las puertas son muy fuertes y están cerradas; no hay ninguna ventana que no esté también fuertemente cerrada, y el palacio está completamente aislado; como no nos convirtiéramos en aire ó en pájaros, ignoro de qué manera podríamos entrar, monseñor.

—De la manera más fácil que puede entrarse en una casa, esto es, abriendo con llave su puerta.

—¡Ahl! ¿Tiene monseñor las llaves del palacio?

—Sí, en mi bolsillo.

—Entonces, monseñor, os las ha dado el Consejo de los Diez.

—Me las he dado yo; yo soy parte del Consejo.

—Pues si lograis conducir á las prisiones de Estado á Elena Conti, habreis hecho lo que nadie se ha atrevido á hacer, y habreis desvanecido todas las sospechas que se hayan concebido acerca de vos.

—¿Pero qué tiene ese palacio que tal respeto inspira y tal terror causa?

—Los más alentados que se han atrevido á acercarse al palacio han vuelto despavoridos, trémulos, y algunos han muerto de terror.

—Misterios, y siempre misterios; pero yo te aseguro que esos misterios han de desvanecerse hoy.

—Yo creo que todo consiste en la profunda impresión que causó el horrible crimen cometido hace muchos años en ese palacio.

—Cuéntame—dijo Aben Shariar, que seguía despachando con muy buen apetito los manjares que le había servido el hostelero.

—Permitidme hoy haga esperar un momento para ordenar en mi memoria el terrible relato que os voy á referir.

Nicolino se concentró un momento, y después dijo con la entonación de quien refiere una historia:

—Salvator Conti era un hombre de sesenta años; pero robusto, fuerte y enérgico como un joven.

Salvator Conti era un hombre á quien todo el mundo miraba, más que con respeto, con terror.

Su sólo aspecto imponía este terror á las gentes; era pálido, con la palidez repugnante, fría é impura del cadáver, hasta tal punto, que parecía no tener una sola gota de sangre en las venas; su mirada, su semblante, su boca, tenían una inmovilidad de muerte; parecía que no respiraba; nadie sabía cómo sonaba su voz; figuráos un cadáver vestido de negro, que se desliza tieso y rígido por entre los vivientes, y habreis comprendido el efecto que causaba Salvator Conti en los que le veían. Su historia era misteriosa; último descendiente de la ilustre familia de los Conti, huérfano desde la cuna, se había criado solo, en el inmenso palacio Conti, rodeado de viejos servidores de su familia, que por una coincidencia singular eran todos viejos, silenciosos y sombríos.

Todos los días por la mañana, á una misma hora, se abría la puerta del palacio para un monje benedictino, alto, seco, demacrado, pálido, serio, vestido con hábitos negros, que permanecía algunas horas en el palacio, saliendo de él por la tarde y volviéndose á su monasterio de benedictinos de la Penitencia.

En el monasterio no se sabía quién era ni de dónde había ido el padre Juan.

Un día se arrodilló ante el penitenciario del monasterio, y su confesión se prolongó á muchos días después de aquel en que tuvo principio.

Por resultado, el padre Juan fué admitido en el convento, y un año después obtuvo las órdenes sacerdotales y profesó.

Tan extraña era la figura, tan rígida, tan fría y tan sin movimiento la vida del monje, que unos le creyeron un pecador convertido por la penitencia en santo, y otros un diablo que había salido del infierno para tomar el hábito de los benedictinos de la Penitencia.

El asistió en sus últimos momentos á la viuda de Pietro Conti, madre de Salvator Conti, y nadie supo lo que pasó entre la moribunda y el monje, porque cuando el monje salió del aposento, Gabriela Giacometti había muerto ya.

Salvator Conti era entonces recién nacido.

Desde la muerte de su madre, esto es, desde su completa orfandad, el monje Juan *el Diablo*—, como le llamaban unos, ó *el Santo*, como le llamaban otros, no dejó de asistir un solo día al palacio Conti, y de permanecer en él desde

las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la tarde, en que se volvía á su convento.

Y así pasaron años tras años, cerrado siempre y sombrío el palacio Conti, sin abrirse más que para dar salida á los criados que atendían al servicio, y para el padre Juan *el Santo ó el Diablo*, y lentamente fué formándose esa nube de misterio que hoy rodea al palacio.

Salvator Conti llegó al fin á cumplir veinticinco años, y el monje padre Juan le entregó la herencia de sus padres, que era inmensa, y que se había aumentado prodigiosamente en aquellos veinticinco años en que había estado cerrado el palacio, sin una fiesta, sin un dispendio, sin más gastos que los necesarios para una vida severa y sobria.

Salvator Conti, hombre ya, siguió siendo lo que había sido cuando niño; parecía que la esencia, el serjentero del padre Juan, se habían transmitido á él. El joven era tan severo, tan taciturno, tan sombrío, como el religioso benedictino que le había educado.

El nombre de los Contis no podía dejarse extinguir; era necesario un casamiento que diese nuevos Contis á la familia, y un día las puertas del palacio se abrieron para una dama á quien acompañaba un viejo.

Nadie conocía á aquel viejo ni á aquella dama.

El viejo era tan serio, tan grave, tan pálido y tan terrible como el padre Juan y como Salvator Conti.

Parecían hechos de la misma madera; vaciados en un mismo molde. En cuanto á la joven, era distinta; ardía en sus ojos una vida poderosa, y su pálida y maravillosa hermosura parecía sobrenatural. Entraba en el palacio como entra una víctima en el lugar del sacrificio, y una nube sombría parecía flotar delante de su frente.

Por su traje ostentoso y rico de vivos colores y profusamente bordado en oro; por la manera de llevar sus largas trenzas negras que se prolongaban sobre su pecho, uniéndose más abajo de su cintura en un broche de oro y perlas; por sus brazos desnudos, en que se veían ricos brazaletes; por el bonete de brocado y piedras preciosas que cubrían su cabeza, sujetando un largo velo blanco de gasa, sutilmente entretejido de plaza; por sus pies desnudos, pequeños, mórbidos, blanquitos, encerrados en preciosos borceguíes bordados y con dobles ajorcas de oro en el nacimiento de la pierna, esta deslumbrante

joven, que apenas contaba quince años, era griega. Y sin embargo, el viejo que la acompañaba, y que indudablemente era su padre, por la marcada expresión de familia que se notaba en el viejo y en la joven, vestía rígidamente como hubiera vestido un patricio veneciano.

Las sombrías puertas del palacio Conti se cerraban tras de la joven, y cuando algunos días después salió para ir en una góndola á misa á San Marcos, acompañada de Salvator Conti, su bello traje levantisco había desaparecido, reemplazado por un rico y severo traje negro de patricia veneciana.

Era esposa de Salvator Conti.

Nadie ha sabido todavía cómo se llamaba aquella mujer; todos los esfuerzos de la República han sido vanos para conocerla.

Podeis inventar, monseñor, la historia que mejor os parezca para explicaros el misterio de esa mujer, que apareció un día en el canal Monforte, saliendo de la litera de una góndola para entrar en el palacio Conti, y un año después, apareció muerta fuera del palacio, flotando sobre las negras aguas del mismo canal de Monforte, atada al cadáver de un hombre.

Aquel cadáver, por su traje característico, era el de un corsario griego.

Durante el año que había mediado desde el casamiento de Conti con la extranjera, hasta el día en que el cadáver de la extranjera apareció flotando sobre las aguas del canal, atado al cadáver de un corsario griego, los esbirros subalternos que ejercen la vigilancia nocturna, habían visto con mucha frecuencia, durante la noche, un joven y hermoso griego que á la entrada del canal de Monforte saltaba de una góndola, se deslizaba á lo largo del borde del canal, llegaba al postigo del palacio Conti, llamaba levemente á él, y el postigo se abría al punto; desaparecía el griego por la oscura entrada, y el postigo volvía á cerrarse.

Al amanecer el postigo se abría, daba salida al griego, y tornaba á cerrarse.

Ya sabeis, monseñor, que el esbirro de Venecia posee la cualidad de hacerse invisible; observaba desde cualquier parte, escondido detrás de cualquier objeto, sin que se le viera, sin que se le sintiera.

El griego, pues, creía penetrar en el palacio Conti sin ser observado por ningún testigo.

Lo sabía, sin embargo, la República; pero

como aquel era un asunto particular, que en nada amenazaba á la seguridad de Venecia, Salvator Conti nada sabía, porque de nada se le había avisado.

Sin embargo, Salvator Conti tuvo sin duda medio de saber que un hombre entraba todas las noches en su palacio, puesto que cuando fué encontrada en el canal su esposa, no se le encontró á él en su palacio.

Salvator Conti había desaparecido.

Los esbirros que habían vigilado aquella noche el canal, declaraban que el griego, cuyo cadáver se había encontrado atado al cadáver de la esposa de Conti, había entrado, como otras noches, por el postigo; que dos horas después, cuatro hombres habían sacado por aquel mismo postigo un bulto informe, arrojándole al canal.

En vano procuró aclararse este hecho; el palacio había quedado desierto, y nadie podía responder, como no fuesen los tapices y los muebles. El crimen ó la venganza quedaron envueltos en el más profundo misterio, y el palacio, mudo y sombrío, permaneció veinte años deshabitado, sin que diese muestras de albergar alma viviente.

En cuanto al monje Juan *el Diablo ó el Santo*, había también desaparecido del convento, y no se sabía dónde estaba.

En cuanto al palacio Conti, á pesar de que estaba deshabitado, los vecinos empezaron á fingirse en él cosas extraordinarias. Decían que allá, después de la media noche, cuando la luna estaba en menguante, las ventanas del palacio se abrían silenciosamente y como por sí solas, y dejaban ver en el interior una especie de niebla azul, lívida, entre la cual pasaban y volvían á pasar sombras blancas y negras, y se oían gemidos y carcajadas, chocar vasos, chirriar instrumentos que tocaban una danza infernal, á cuyo son se agitaban en un baile horroroso todas aquellas sombras, entre las cuales, más alta y más horrible que todas, vagaba la de un fraile benedictino con un puñal ensangrentado en la una mano y en la otra un dogal; que de tiempo en tiempo la sombra del monje se asomaba al gran balcón de piedra que está sobre la puerta del palacio, y miraba con ojos que relucían como el fuego de un hornillo al oscuro canal de Monforte, cuyas verdinegras aguas se abrían para dar salida á las sombras de una mujer y de un hombre, que se deslizaban lentas y teme-

rosas sobre la superficie del canal, yendo á perderse á lo largo de él entre las densas tinieblas de la noche.

Empezó á hablarse de esto, á decirse que el palacio Conti estaba habitado por el diablo, y los esbirros mas valientes fueron encargados de observar el palacio las noches oscuras en que la luna estaba en menguante.

Pero fuese que el diablo tuviese miedo á los esbirros de la República, ó que éstos no fuesen tan visionarios como los vecinos del palacio Conti, nada vieron en él ni en el canal de Monforte en una ni en otra noche.

El palacio permanecía cerrado y oscuro, y el canal terso y tranquilo; pero tanto se obstinaron los vecinos en afirmar que era verdad lo del diablo, lo de las sombras, toda aquella máquina infernal, que según decían, se agitaba en el palacio, que al fin los esbirros se preocuparon y acabaron por ver lo mismo que los vecinos veían. Cundió el terror, las casas inmediatas al palacio se deshabitaron, y no hubo ya un solo esbirro que se atreviese á entrar en el canal de Monforte, ni aun á trueque de sufrir las terribles penas que el Consejo de los Diez les imponía por su inobediencia.

De aquí nace esa fama de hechicería y de endiablamiento que tiene el palacio Conti, y de tal modo protege al palacio su terrible fama, que hace diez años, cuando Conti apareció de nuevo en Venecia, ningún esbirro se atrevió á llegar al palacio para prenderle por la muerte de su esposa y del joven griego con quien su esposa había aparecido atada en el canal.

Pero había un hombre á quien importaba muy poco la fama de hechicería del palacio; aquel hombre era, sin embargo, muy joven, como que era César Malatesta, que apenas contaba entonces veinte años.

César Malatesta iba todas las noches al palacio y entraba en él secretamente por el mismo postigo por donde veinte años antes había entrado el griego.

La causa de estas secretas entradas de Malatesta en el palacio de Conti era el amor de una mujer, de Elena Conti, que había nacido en aquel palacio, de la griega esposa de Salvator Conti, que había dado su nombre á Elena considerando su hija.

El palacio, entretanto, había perdido su terrible reputación de hechicería.

Salvator Conti, poco después de su reaparición en Venecia, y cuando estaba seguro de que nadie iría á prenderle á su palacio por el terror que su palacio inspiraba, se presentó por sí mismo al Consejo de los Diez, y no sé yo qué descargos daría, porque la historia de Conti está envuelta en un misterio impenetrable que acaso conoce el Consejo de los Diez. Pero ello fué que el nombre de Conti, que había sido borrado del libro de oro de Venecia donde están inscriptos los nombres de todos los patricios, y que se había arrancado de entre ellos por haberse declarado á Conti presunto reo de asesinato, fué rehabilitado é inscripto de nuevo en el libro de oro; que el obispo, con toda la clerecía de San Marcos, fué con gran pompa al palacio Conti á echar de él al diablo á fuerza de agua bendita, y habiéndose declarado libre y limpio el palacio de todo espíritu maligno, se empezaron á dar en él grandes fiestas, á que acudió toda la nobleza veneciana, se poblaron las casas contiguas al palacio y se animó el canal de Monforte, en el que nadie se atrevía á aventurarse poco tiempo antes por temor de encontrarse con el diablo.

Elena Conti era una joven de maravillosa hermosura.

En una de las fiestas que por ella sola se daba en su palacio, Salvator Conti, que siempre era el hombre taciturno y sombrío con apariencia de espectro, se conocieron César Malatesta y Elena y se amaron.

Pero por un misterio incomprensible, Salvator Conti negó la mano de su hija á Malatesta, que era joven y rico y de una nobleza antiquísima, alegando que tenía empeñada su palabra con un señor Andrea Piezzolo, viejo repugnante con muy modesta fortuna, y á quien nada recomendaba más que su cargo de senador del Consejo de los Quinientos.

Entonces empezaron las secretas entradas de Malatesta en el palacio Conti, y algunas veces las salidas de Elena del palacio asida del brazo de César Malatesta.

Esto duró algunos meses. Al cabo una noche fueron llegando multitud de góndolas al palacio Conti, que estaba iluminado como para una gran fiesta. Elena Conti se casaba, ó mejor dicho, la casaban con Andrea Piezzolo.

La nobleza de Venecia, el obispo y gran número de senadores, asistían á las pomposas bodas.

A las doce, los convidados, excepto algunos allegados de Conti, salieron del palacio.

El casamiento había sido ya celebrado.

La familia y los más allegados á ella se habían detenido algún tiempo más en el palacio.

Lentamente las luces del palacio se fueron apagando, cerrándose las ventanas, y sumergiéndose todo en el más profundo reposo.

Dos horas después de la media noche (yo estaba entonces ejerciendo la vigilancia nocturna en el canal de Monforte), una góndola negra y silenciosa entró en el canal, se detuvo delante del postigo del palacio, y de ella salió un hombre y se acercó al postigo.

El postigo se abrió, entró el hombre, y el postigo volvió á cerrarse.

El hombre que había entrado era César Malatesta.

Su entrada en el palacio Conti la misma noche en que Elena se había casado, era un acontecimiento demasiado grave para que yo le dejase pasar desapercibido.

Lo que os voy á referir, monseñor, es un secreto que no he revelado ni aun al confesor; espero que vos oíreis este secreto como si no fuérais miembro del Consejo de los Diez, como el hombre á quien, faltando tal vez á mi deber, estoy sirviendo de la manera más leal del mundo; sin saber por qué siento hacia vos un afecto que jamás he sentido por nadie.

—Puedes hablar sin temor, Nicolino, como hablarías con tu conciencia.

—Gracias, monseñor—dijo el esbirro.

Y luego inclinó la cabeza y permaneció algunos momentos abstraído y profundamente pensativo. Al fin alzó la cabeza, fijó una mirada tranquila y grave en Aben-Shariar, y dijo:

—Apenas había entrado por el postigo César Malatesta, cuando yo me deslicé junto á los muros del palacio y llegué á aquel postigo, que abrí con una de las llaves maestras de que siempre va provisto un esbirro.

Una vez dentro me encontré en la oscuridad más absoluta; pero un esbirro lleva siempre consigo una linterna sorda; abrí mi linterna y me encontré al pie de una escalera de caracol, por la que subí; recorrí, sin encontrar á nadie, ruele á prender al primero que se me presentase, algunas habitaciones, y al fin dí en un salón que aún estaba iluminado, pero en el cual dominaban el silencio y el horror.

En el centro de aquel salón había una mesa cubierta de manjares, y alrededor de aquella mesa doce personas.

Parte de aquellas personas estaban echadas de rostro sobre la mesa; parte, mal sentadas en los sillones; otras, tendidas sobre la alfombra.

Yo creí que aquellas personas estaban dominadas por la embriaguez; pero cuando las toqué vi con horror que estaban muertas.

Sobre la mesa y sobre el suelo, junto á estos cadáveres, se veían anchas copas de cristal; en algunas de ellas quedaba un dorado vino de Siracusa; instintivamente yo vertí el vino que quedaba en aquellas copas en una botella vacía, la guardé bajo mi manto, salí del salón y del palacio, sin encontrar á nadie, y en la misma góndola en que había ido César Malatesta y que aún le esperaba, me hice conducir en nombre de la República á las Lagunas á casa del doctor Tieppolo Albano, cuya puerta, en nombre también de la República, me hice abrir.

Poco después se me presentó el doctor Tieppolo, á quien entregué la botella que llevaba del palacio Conti, mandándole me dijese si estaba ó no envenenado el vino que contenía.

El doctor Tieppolo me llevó á su laboratorio, vertió algunas gotas de licor incoloro en el vino que contenía la botella, que tomó al instante un fuerte color azul impuro.

—Tirad esa botella, esbirro—me dijo Tieppolo.

—¿Es un veneno lo que contiene?—le pregunté.

—Sí—me contestó—, y un veneno terrible, que en Venecia sólo posee el Consejo de los Diez.

Al escuchar estas palabras, todo mi cuerpo se cubrió de sudor frío.

—Es el terrible tósigo de los Borgias—añadió Tieppolo albano—; yo callaré como una tumba acerca de vuestra venida á mi casa con este vino envenenado, que vos habréis obtenido, sin duda, por un celo imprudente. Os aconsejo que calléis, porque, ó una de dos: ó este tósigo ha venido de fuera de Venecia; ó proviene del Consejo de los Diez. En la duda, callad, no sea que este veneno haya servido para una alta y misteriosa justicia del Estado.

Después de esto, Tieppolo me despidió, y yo, aterrado, lleno de dudas acerca de lo que debía hacer, me volví en la góndola al canal de Monforte, delante del palacio Conti.

Por una fascinación terrible, los cadáveres que encerraba el palacio me atraían á sí; salté de nuevo al borde del canal, llegué al postigo y le abrí.

En tal estado estaba mi espíritu, que no me acordé de abrir la linterna, y sin ella, á oscuras, como si un poder misterioso me guiase, marché sin vacilar hacia el terrible salón donde estaban los cadáveres.

Pero antes de llegar á la puerta del salón que tenía frente á mí, vi desde la sombra algunos criados, delante de los cuales estaba César Malatesta, con su galano traje de joven patricio veneciano, y Elena Conti, con su magnífico y deslumbrante traje blanco de desposada.

Cuando yo pude verlos, los criados, sin duda, acababan de llegar.

—Lo que veis—dijo Elena con ronca voz á los criados—, no es otra cosa que el resultado de una justicia secreta de la República.

Esos doce hombres, parientes los unos, deudos los otros de Salvator Conti, cometieron hace veinte años dos asesinatos horribles. El asesinato de mis padres.

Elena calló y sucedió un silencio de horror.

—Esos doce hombres—continuó Elena—, sorprendieron una noche á un hombre y á una mujer, á quienes el amor había unido: ella era mi madre, él mi padre. Para sorprender á mi padre, para desarmarle, para rendirle, había sido necesaria la traición de esos doce hombres reunidos; se trataba de una venganza infame, y se dió á elegir á las víctimas entre el puñal y el veneno; ellos eligieron el veneno, y las copas le fueron presentadas; poco después, aquellos desdichados eran cadáveres y, atados el uno con el otro, fueron sacados de aquí por cuatro de esos hombres y arrojados al canal vecino; Salvator Conti sabía que yo no era su hija, porque mi madre, á pesar de haber sido su esposa, nunca había sido suya; y, sin embargo, Salvator Conti, no contento con el asesinato de mis padres, quiso prolongar hasta mí su venganza, gozándola de una manera cruel. Educada y criada como si hubiera sido su hija, Salvator Conti, cuando convino á sus proyectos, me trajo á Venecia y ajustó mi casamiento con ese miserable Andrea Piezzolo, que está inerte á mis pies. Yo estaba resuelta á todo: á matar ó á morir antes que pertenecer á un hombre á quien yo aborrecía por instinto, porque entonces yo me creía hija de Salvator Con-

ti; yo ignoraba el asesinato de mis padres; yo no sabía, pues, que Andrea Piezzolo había sido uno de los autores de aquel asesinato; yo estaba resuelta á todo, cuando hace tres días este caballero que me acompaña, á quien amo, y que es mi esposo ante Dios y lo será ante los hombres, al entrar á verme en mi aposento, se abrió sus ropas, y me dejó ver lo mismo que vais á ver en este momento vosotros.

Elena cailó, y César Malatesta, que hasta entonces había permanecido en silencio, abrió su justillo negro, y dejó ver sobre su pecho bordadas con seda encarnada las tres letras C. D. X.

Yo no sabía que César Malatesta fuese esbirro ni agente secreto de la República; pero sabéis demasiado, monseñor, que con mucha frecuencia el Consejo de los Diez autoriza especialmente á esta ó á la otra persona para el cumplimiento de un encargo, durante el cual le manda usar el distintivo de la República.

Podía suceder también, que sin que el Consejo de los Diez se lo hubiese mandado, César Malatesta por sí mismo, para aterrizar á los criados de Conti, se hubiese provisto del signo de autoridad de la República.

Pero esto hubiera sido audaz hasta lo increíble; hubiera sido exponerse á una muerte segura si se descubría aquel abuso, y aunque César Malatesta es audaz hasta lo infinito, yo no creía posible que se atreviese, á jugar de una manera tan insensata su vida.

Dudé, temblé, y escuché con ansiedad.

Los criados de Conti, por su parte, estaban completamente aterrados.

—Hace tres días—dijo César Malatesta con voz sonora, vibrante y terrible—, que dejada oír en aquella situación y junto aquellos cadáveres, era completamente espantosa, hace tres días que el poder supremo del Estado me dijo: “Hay en Venecia un traidor que está vendido al rey de España, y que se llama Salvator Conti; á ese hombre ayudan en su traición su pariente el senador del Consejo de los Quinientos, Andrea Piezzolo, y sus deudos, tal y tal (y me nombró esos otros diez hombres que están ahí muertos al lado de los cadáveres de Salvator y de Andrea); esos doce hombres, parientes todos ó deudos de Conti, están acostumbrados al crimen, y para ellos una traición al Estado no es otra cosa que un crimen más; esos hombres se

han hecho reos de alta traición contra el Estado, y por consecuencia, son reos de muerte, que mueren; pero todos son patricios, y el Estado no quiere que su sentencia haga caer una mancha indeleble sobre el patricio; dentro de tres días ha de celebrarse la boda de la joven llamada Elena Conti con el senador Andrea Piezzolo; la República, que lo sabe todo, sabe que Elena y vos os amáis, y que vos entráis todas las noches secretamente en el palacio Conti, y llegáis hasta el aposento de Elena; llegad también esta noche, y dadla este pliego cerrado; por él sabrá Elena que no es hija de Conti, y que sus padres fueron asesinados por Conti y por los otros once patricios sus parientes, á quienes el Estado sentencia á muerte; que los mate Elena; así, á un mismo tiempo, vengará á sus padres y servirá á su patria, á quien esos hombres han pretendido envolver por una traición cobarde; cuando en la noche de las bodas los convidados hayan salido, y quedado solos los parientes en el festín de familia, el veneno de los Borgias, que va envuelto con el pliego que revelará á Elena la historia y las desgracias de sus padres y el nombre de sus matadores, se mezcle en el vino del festín. Cumplid la justicia de la República, si no queréis que la República os juzgue traidor y os castigue.”

César Malatesta guardó silencio.

Los criados temblaban, como temblaba también yo.

César Malatesta continuó:

—La justicia de la República se ha cumplido; esos doce hombres no existen; pero es necesario que nadie más que nosotros vea sus cadáveres; que nadie sepa que han muerto; que se les tenga por perdidos; aquí estáis todos los criados de la casa; si este suceso se sabe, será porque uno de vosotros lo haya revelado; en tal caso, por uno serán sentenciados todos, y no habrá para vosotros, ni perdón ni piedad.

—¡Callaremos! ¡Callaremos como esos muertos!

—¡Nadie lo sabrá por nosotros!

—¡Lo que aquí ha pasado será siempre un misterio, porque nosotros no hablaremos!—dijeron estremecidos todos aquellos infelices.

—No basta eso; es necesario que estos cadáveres desaparezcan—dijo Malatesta—; si los arrojáis al canal, á los tres días las aguas los harán flotar; pero la tierra no arroja nunca so-

bre su faz los cadáveres que en ella se han sepultado; conducid esos cadáveres a las subterráneas del palacio, y enterradlos en ellos.

—Yo, monseñor—continuó Nicolino—, no me atreví a permanecer allí por más tiempo; salté aturrido, y sin saber cómo, me encontré fuera del palacio en el borde del canal y junto a la góndola, que esperaba aún.

—No reveléis a nadie que me habéis visto—dije a los gondoleros—, ni que me habéis llevado a la casa aislada que se alza en medio de las Lagunas; vosotros no os habéis movido de aquí, ni me habéis visto entrar en el pacio Conti, ni salir de él; guardad, os lo repito, un profundo secreto, so pena de traición al Estado.

Después de esto, me deslicé a lo largo del muro del palacio, y fui a ocultarme tras una de sus esquinas, mi puesto de observación.

Antes del amanecer, César Malatesta salió del palacio, entró en la góndola, y la góndola partió y se alejó en silencio.

Sonó entonces la campana mayor de San Marcos tocando la oración de la mañana, y yo me fui a la Basílica a desempeñar mi oficio de sacristán menor.

—¿Qué nubiérais vos hecho en milugar, monseñor?—dijo Nicolino mirando fijamente a Aben Shariar.

—Me hubiera presentado inmediatamente al Consejo de los Diez, y le hubiera dado parte de lo que había visto, de lo que había oído.

—¿Creéis vos, monseñor, que era falso lo que Malatesta había dicho?—preguntó poniéndose pálido Nicolino.

—Malatesta era capaz de todo; y además, ¿qué necesidad tenía el Estado de encargar a nadie una justicia secreta, cuando podía haberla hecho en sus mismas cárceles?

—No era fácil prender a un mismo tiempo a aquellos doce hombres—dijo Nicolino—; la desaparición del uno podía avisar a los otros; había que hacer partícipes del secreto a muchos hombres, y en el palacio Conti, con motivo de las bodas de Elena, aquellos doce hombres estaban juntos, se les podía herir, como se les hirió, de un solo golpe, sin que conociesen el secreto más que unos cuantos criados, a quienes se había aterrorado.

—A pesar de todas esas deducciones, y aun que hubieras tenido seguridad de que Malatesta

obedecía a la República, debiste avisar de todo al Consejo de los Diez.

—¿De modo que vos, monseñor—dijo Nicolino estremeciéndose—, os creéis sin duda obligado a dar parte al Consejo de lo que acabo de revelaros?

—Tú has hecho esa revelación, no a un senador del Consejo de los Diez, sino a un hombre; y por mi parte, es tal la situación en que me encuentro, que me alegro de tener asegurada por un secreto tu fidelidad hacia mí.

—Creo, monseñor, que me haríais arrepentir de haberme confiado a vos; vos queríais saber por qué se teme tanto en Venecia al palacio Conti, por qué se le cree habitado por el diablo, y de palabra en palabra, y por el afecto que me inspiráis, yo he ido indudablemente más allá de donde hubiera debido ir. Pero, silencio, siento otra vez los pasos del hostelero por las escaleras, y ahora le acompaña otro hombre; pero ese hombre se detiene, y el hostelero viene hacia aquí.

Un momento después el hostelero abrió la puerta, adelantó y dijo en voz baja y con expresión misteriosa:

—Excelencia, el señor César Malatesta acaba de entrar en el camarín número 7.

—Pues bien—dijo Aben-Shariar—; llevadnos a un sitio desde donde podamos oír todo lo que se diga en el camarín número 7.

—Venid conmigo, excelencia—dijo con el acento de la más completa resignación el hostelero.

Y salió seguido de Aben-Shariar y de Nicolino.

CAPITULO V

ELENA

Las casas públicas en Venecia estaban construidas de manera que si los agentes del Estado lo exigían de los dueños, podían oír y ver sin ser vistos todo lo que aconteciese en el más reservado de sus aposentos.

Aben Shariar y Nicolino fueron conducidos por el hostelero a un zaquizamí oscuro, en cuyas paredes había algunos pequeños agujeros, por los cuales se veía el camarín número 7.

Aben-Shariar y Nicolino aplicaron cada cual un ojo a uno de aquellos agujeros.

—Está como si no hubiera pasado un solo día

por ella, desde la noche de los doce muertos—dijo Nicolino para sí.

—¡Oh! ¡Qué mujer tan maravillosa y tan terrible!—pensó Aben-Shariar—; yo no conozco á esta mujer; pero conozco á alguien que se parece. ¡Ah! ¡Sí! Debe ser hermana ó parienta próxima del corsario griego Manuel Karuk.

La mujer que había causado estos dos pensamientos de Nicolino y Aben Shariar era una mujer magnífica por su estatura y por su belleza, de un clásico puramente antiguo; parecía una estatua arrancada de un templo griego y transfigurada en una mujer; pero una estatua modelada sin duda para representar una deidad terrible, una deidad del mal.

Y sin embargo, de la expresión dura y opaca de sus grandes ojos negros, de la rigidez de su frente, de la tensión de sus mejillas, de la dura contracción de su boca, de la rigidez de su garganta, de lo enérgico de sus formas y de lo soberbio y altivo de su actitud, eran tal la pureza, la belleza y la armonía de las formas de su cuerpo y de su semblante, tal la perfección del conjunto, tal la vigorosa y brillante juventud que de ella emanaba, que por indiferente que fuera y por la edad ó por los años, el hombre que por primera vez la mirase no podía menos de sentir un estremecimiento de amor, una sed ardiente de ser amado por aquella mujer terrible.

Vestía, como hemos dicho, un traje magnífico de raso blanco de Florencia, bordado de oro y muy escotado; llevaba en la garganta un grueso collar de perlas y peinados en trenzas los magníficos cabellos.

El rostro de Elena estaba eubierto con una expresión terrible; sus magníficos ojos negros fijaban en César Malatesta una mirada opaca, de la que parecía emanar una cólera sombría y amenazadora. César Malatesta miraba de una manera fría y cínica á Elena, y una leve sonrisa de desdén que contraía ligeramente en su boca, parecía contestar á la expresión de amenaza de Elena.

César Malatesta parecía el amante hastiado de una mujer obstinada en retenerle en su amor; el libertino que nada oculta á la mujer de quien ya ha prescindido, que nada le importa, que nada le interesa.

Aquella expresión fría y burlona, aquella sonrisa de desprecio, irritaban visiblemente á Elena, que tenía las mejillas pálidas, los labios descoloridos y temblorosos, y cuyo alto seno se en-

lazaba y se deprimía á impulsos de su aliento poderoso y ardiente.

—Probablemente—dijo Elena en el momento en que se ponían en acecho Aben-Shariar y Nicolino—, esta es la última vez que nos vemos; yo no puedo consentir por más tiempo en lo que sucede; diez años de un indigno amor por tu parte, de un amor miserable, que yo no comprendo cómo he podido pagar con todo el amor que tenía en mi alma, son bastante término para que lleguemos á una conclusión decisiva.

—Es decir—contestó fríamente Malatesta—, que me dictas condiciones; que crees que yo estoy obligado á ceder á tu voluntad; que renunciaré por tí á mi magnífica vida de orgía, de galanteos, de cuchilladas, de cuanto es bueno y bello, porque destruye la monotonía de la vida, porque tiene excitado siempre el cuerpo y el alma; eso es una locura, Elena: es necesario que te resignes á ser una de las damas de ese harém que yo poseo esparcido acá y allá, y mantenido por los padres, los maridos y los hermanos. ¡Bah! Privarme á mí del gusto de los amores peligrosos, del placer de la lucha contra la astucia de las mujeres y contra la cólera de los parientes de esas mujeres, es lo mismo que pretender convertirme de diablo alegre en ángel tonto; y yo te amo, Elena; ninguna mujer me hace sentir como tú tan punzantes sensaciones; en ninguna de mis historias de amor hay la picante salsa que yo saboreo en la historia de tus amores; para mí, esa historia es la más bella y la más grata de mi vida; nunca me olvido, porque no puedo olvidarme de ello, de la noche de tus bodas con aquel pobre diablo de Piezzolo; siempre tengo en mi memoria de una manera tan viva como si realmente los estuviera viendo aún, aquellos doce señores en los cuales un vino á lo Borgia había dejado impresa una muecha ridícula de miedo al viaje que se habían visto obligados á hacer contra toda su voluntad; yo te amaba entonces, Elena, porque creo que aquel fué el único momento en que verdaderamente he amado; porque es necesario que lo comprendas, Elena: cuando se quiere que un hombre como yo ame, es necesario empezar por dominarle, por hacerse superior á él; tú te pusiste aquella noche á una altura que me obligaste á levantar los ojos para verte en ella; tú habías hecho una gran cosa: habías hecho aquellos doce cadáveres, uno de los cuales era tu padre, otro tu esposo.

—Ni esposo ni padre—dijo con ronca voz Elena—; eran dos miserables en quienes yo vengaba á mis padres asesinados.

—Eran doce hombres que los mandaba matar la República; de manera que, verdugo yo, veta en ti á mi digna compaŕera, á la hermosísima joven, á la incomparable mujer que con una frialdad y un valor admirables no había vacilado en matar.

—Como no vacilaré en vengarme de ti si me obligas á la venganza.

—Y en ese caso, y suponiendo que tú puedas vengarte de mí, moriré feliz, porque moriré amando de veras; porque volveré á encontrar á la mujer fuerte que yo adoré mientras estuvieron calientes aún los cadáveres de aquellos doce hombres; porque tú, Elena, si me matas, que puedes hacerlo cuando quieras, porque yo ni aun pienso defenderme de ti, no porque desprecie la vida, con la cual estoy muy contento, sino porque estoy seguro de que tú ni puedes ni quieres matarme; si tú me matas, habrás hecho más que todo lo que yo he hecho y todo lo que puedo hacer, y todo lo que haría si Dios ó el diablo me hiciesen inmortal; si yo dejé de amarte, culpa es tuya; eras para mí completamente sumisa; en mis manos no eras tú la serpiente ponzoŕosa, sino la tórtola humilde, arrullando siempre, que, jándose siempre, haciéndose insoportable; si la República no nos hubiera unido de una manera terrible confundiéndonos á ambos en un sombrío secreto de Estado; si no hablasen por ti en mi alma aquellos doce cadáveres lívidos; si yo no supiera que puedo convertir cuando me plazca á la tórtola en serpiente, hace muchos años hubieras sido para mí una cosa concluida y olvidada. Además de eso, de tiempo en tiempo, cuando he pasado sin verte muchos meses, siento la necesidad de volverte á ver, y cuando te veo me parece lo que me pareciste la primera vez que te vi: la ilusión de mi sueño realizada, la hermosura ideal que yo no creía existiese, y vuelvo á unirte á ti para separarme al poco tiempo cansado por la sumisión de tu amor; no puedes, pues, quejarte de mí, Elena; si yo no estoy continuamente á tus pies, es porque no has sabido dominarme, porque eres para mí débil y cobarde.

—¿De modo que Estéfana Barbarigo, que te ha despreciado, que te ha burlado, que te irrita con su desprecio, debe ser una de las mujeres de tu amor?—dijo con acento acerado Elena.

—Yo aborrezco á Estéfana Barbarigo—dijo César Malatesta—; entre ella y yo hay un duelo á muerte; entre ella y yo no puede haber más que odio, mientras que para ti no tengo ni odio ni amor.

—¿Y porque odias á Estéfana, enamoras á la esposa de ese extranjero que habita en el palacio Sforzia?—dijo con profunda intención Elena.

—Sí—contestó sonriendo de una manera sesgada Malatesta—; Estéfana ama á ese hombre; ese hombre ha obtenido lo que nadie ha podido obtener, lo que yo he ansiado, lo que ansío en vano: la hermosura y el corazón de Estéfana; yo aborrezco á Gabriel de Espinosa, porque Estéfana ha enloquecido por él, porque para él sólo ha sido de fuego su corazón de hielo, y porque le aborrezco de muerte no me parece bastante una venganza vulgar, una venganza llevada á cabo por medio del hierro ó del veneno; la muerte es poco; la muerte no es más que el dolor y la agonía de un momento; yo no quiero herirle el cuerpo, lo que quiero matarle es el alma; dicen que es un personaje misterioso que le protege la República, que le protege el Papa; que es el rey don Sebastián, que no murió en su expedición al Africa, que ha vivido muchos años desconocido, y que se prepara al fin á volver á su reino y recobrarle. Pero un hombre que se encuentra en su situación debe ser muy prudente; no debe herir, no debe ofender á los que encuentra en su camino y son bastante fuertes para estorbarle el paso.

—¿Y te ama la mujer de ese hombre?—dijo profundamente Elena.

—Me amará—contestó Malatesta—; una mujer lo sufre todo de su marido, todo, menos el desprecio; una mujer no puede dejar de vengarse cuando se siente reemplazada por otra en el corazón de su esposo, ó mejor dicho, en el corazón del hombre á quien ama, y doña María de Souza ama con locura á Gabriel de Espinosa.

—¡Pobre mujer!—dijo con acento frío Elena. ¡Pobre mujer que no sabe que el Papa ha disuelto su casamiento con Gabriel de Espinosa!

Aben-Shariar ahogó un rugido de furor cuando oyó estas palabras, y continuó escuchando con toda su atención, con toda su alma.

—Eres desgraciado en tus empeños, César—continuó Elena. ¿Qué importa á Gabriel de Espinosa que una mujer, contra la cual ha pedido al Papa y la ha obtenido, la disolución de su

matrimonio con ella, ame ó no ame á otro hombre por traición á su amor ó por celos? Esto no sería otra cosa que una causa más para la disolución de su matrimonio.

—¡Oh! Entonces—dijo Malatesta con voz terrible y concentrada—, la muerte de ese hombre, su destrucción, antes que sea esposo de Estéfana.

—¡Oh y cuánto la amas!—dijo con amargura Elena.

—Es la única mujer que me ha despreciado; la única mujer que me ha burlado.

—Estéfana Barbarigo será esposa del rey de Portugal; la nobleza de los Barbarigos es tan alta y tan antigua, que bien puede una mujer de su familia ser esposa de un rey.

—¡No será su esposa, yo te lo juro!—exclamó César Malatesta popiéndose convulso de pie.

—Siéntate, domínate, y escucha—dijo Elena—; sobre todos los poderes y todas las fuerzas, hay una fuerza y un poder en Venecia: el Estado, el Consejo de los Diez; desde este momento el Consejo de los Diez habla por mi boca; Gabriel de Espinosa, Estéfana Barbarigo y doña María de Souza, son para ti tres personas sagradas é inviolables; un sólo acto tuyo contra ellas, y desapareces como desapareció tu padre para no volver á aparecer jamás.

—¿Y qué me importa—dijo César Malatesta—, si cuando caiga sobre mí el poder del Consejo de los Diez ya habrá caído todo el peso de mi odio sobre Estéfana?

—Un sólo paso que des hacia ella, ó que dé alguno de los tuyos, es el primer paso que das hacia las prisiones de Estado. Sobre ti están los ojos del Consejo de los Diez; sus oídos están abiertos para escuchar tus palabras, aun las que pronuncies en sueños. Cuando levantes el brazo para herir, una mano demasiado fuerte asirá tu brazo y le desarmará. Renuncia á tus proyectos por imposibles, y cree que si yo no te amara, note hubiera dado este aviso: te hubiera dejado perderte sin haberte avisado del peligro. Pero quiero que vivas para mí: he dejado de ser la tórtola que arrulla, y que se queja, y llora, para convertirme en la mujer fuerte que dicta condiciones.

—Sin duda no has terminado todavía—dijo Malatesta—; sepamos, en fin, cuanto me tengas que decir.

Dentro de quince días habrás sido mi esposo

—dijo con altivez Elena—; dentro de quince días Elena Conti aparecerá entre la nobleza veneciana, asida de la mano por Malatesta; de no, desaparecerás para no volver á aparecer más.

Y Elena se puso de pie, fué á un sillón cercano donde había dejado su manto de terciopelo negro, se lo puso, se cubrió con él, y dijo á Malatesta, que había quedado mudo, aturdido, inmóvil:

—No nos volveremos á ver más, hasta el día en que vayamos juntos á la Basílica de San Marcos para ser esposos.

Y tras estas palabras, Elena salió, dejando solo, aturdido y dominado á Malatesta.

CAPITULO VI

DE LO QUE PASÓ ENTRE ABEN-SHARIAR Y CÉSAR MALATESTA

La doble intimación de Elena había caído como un rayo sobre la cabeza del joven, que se encontró impotente, obligado á obedecer ó á sucumbir de una manera infecunda.

El poder del Consejo de los Diez era tal, que ninguna defensa permitía á los que por él estaban amenazados.

César Malatesta estaba seguro de que se le vigilaba y de que no se le dejaba el menor medio de acción.

Por lo mismo, al sentirse sujeto, dominado, había caído en el mayor abatimiento.

Su imaginación ningún recurso le prestaba para sobreponerse á aquella situación de inercia á que se le reducía.

Era ni más ni menos que un león enjaulado, á quien se le habían arrancado los dientes y cortado las garras.

Elena había comprendido que había hecho muy mal en ser sumisa y débil para con Malatesta, y aprovechaba la ocasión de mostrarse fuerte, de dominarle.

—Es necesario tener paciencia y ser prudente—dijo Malatesta—; esto no puede durar mucho; la República protege hoy al rey don Sebastián, porque le conviene levantar un enemigo poderoso contra el rey de España; pero la República no tiene sobre Felipe II el poder que tiene sobre mí; la República no puede reducir á la impotencia á que á mí me reduce al rey de España; el rey de España ahorcará al rey don Sebastián, y le ahorcará tan pronto, que no tendré

que tener mucha paciencia; no importa; todo se reduce á engañar á Elena, á saber de lo que se trata, á adquirir noticias que comunicar al rey de España; Elena me ama, y si obra así, es porque está desesperada; pero un hombre á quien ama una mujer hasta el punto que Elena me ama, puede engañarla siempre; ella misma ha de ser quien me procure mi venganza contra el rey don Sebastián.

En aquel momento llamaron recatadamente á la puerta del camarín.

—Ya tenemos encima el esbirro—dijo Malatesta levantándose y yendo á abrir la puerta—; atención, y no cometamos ninguna imprudencia.

Y abrió la puerta, por la que entró Aben-Shariar.

—No os conozco—dijo Malatesta—; ¿quién sois? ¿A quién buscáis?

—Me llamo Pietro Matta; soy patricio de Génova y de Venecia.

—Perdonad, monseñor—dijo Malatesta—, si como conozco vuestro nombre no conocía vuestra persona, y os he hablado por ello de una manera poco respetuosa.

—Cubridos y sentaos; los dos somos patricios, y si vos hubiérais pensado seriamente en vuestro porvenir, tal vez os sentaríais hoy á mi lado en el Consejo de los Diez.

—Soy demasiado joven, y estoy muy lejos de tener la gravedad necesaria para desempeñar tan alto encargo; yo no me encuentro bien sino entre botellas, mujeres y amigos alegres.

—Cuenta con las mujeres, señor César Malatesta, porque las mujeres os pueden perder; hace poco hablabais con una mujer muy peligrosa, con una mujer que se llama Elena Conti, y qué, según creo, debía llamarse Elena Karuk.

—¿Cómo, monseñor! ¿Conocéis la historia de Elena?

—No; pero vos que la sabéis, me la vais á contar.

—Perdonad, monseñor; pero si no sabéis la historia de esa mujer, ¿cómo sabéis que su apellido debe ser Karuk y no Conti?

—La familia de una persona, más que en su apellido, está representada en su semblante. Elena tiene la fisonomía completa de una familia griega á quien yo conozco.

—Es extraño, monseñor; yo conozco la historia de Elena, por un manuscrito que hace diez

años me entregó el Consejo de los Diez para entregarlo á Elena, y Elena me lo hizo conocer después; es extraño, repito, que habiendo conocido Elena la historia de su familia por una revelación hecha á ella por el Consejo de los Diez, vos, que formáis parte de él, no conozcáis esa historia.

—Hace diez años no pertenecía yo al Consejo de los Diez—dijo Aben-Shariar—; además de eso, el Consejo de los Diez obra muchas veces por medio de uno solo de sus individuos que sirve secretamente á la República, sin participar el secreto ni aun á las mismas ropas que lleva puestas; en un caso semejante nos encontramos ahora; yo, junto á vos, estoy sirviendo secretamente á la República.

—Habréis visto salir, sin duda, de este camarín á Elena Conti ó Karuk, como mejor queráis, y como el Consejo de los Diez lo sabe todo, habréis dicho: Elena sale de ahí, luego ahí está su amante Malatesta.

—Sois audaz hasta un extremo que espanta—dijo gravemente Aben-Shariar—; estáis viendo representado en mí el poder supremo del Estado, ante el cual todos tiemblan, y, sin embargo, os atrevéis á interrogarme.

—Es que tengo miedo, monseñor—dijo creyendo en audacia Malatesta—; es que deseo saber si habéis estado aquí invisible mientras hablabamos Elena y yo.

—Quiero contestaros á esa pregunta, y voy á hacerlo recomendándoos la obediencia al mandato que el Consejo de los Diez os ha dejado conocer, de olvidaros de vuestros proyectos acerca de Estéfana Barbarigo, del extranjero Gabriel de Espinosa y de su mujer doña María de Souza, y de casaros cuanto antes con Elena Karuk, que siendo vuestra esposa conservará el nombre de Elena Conti.

—Obedeceré, monseñor, aunque el mandato del Consejo es demasiado duro: yo no amo á Elena Conti.

—Pero la habéis amado, y es lo mismo; existe además entre vosotros un secreto de Estado: el de la muerte de Salvator Conti, de Piezzolo y de otros diez parientes suyos, y es conveniente que el hombre y la mujer que conocen este secreto, se reúnan en uno por medio del matrimonio.

—Obedeceré, monseñor.

—¿Conserva Elena todavía el pliego que vos

le dísteis cerrado en nombre del Consejo de los Diez?

—Lo ignoro, monseñor.

—Vamos á saberlo muy pronto—dijo Aben-Shariar, poniéndose de pie—; supongo que vos no tendréis miedo de ir de día al palacio Conti, donde dicen que habita el diablo.

—Ni de día ni de noche, monseñor—dijo Malatesta que se había puesto de pie al mismo tiempo que Aben-Shariar.

—Tenéis traza de hombre fuerte y diestro—dijo Aben-Shariar mirandole alto á bajo al joven.

—Creo, monseñor—dijo Malatesta, que hay muy pocos hombres tan diestros y tan fuertes como yo.

—Vamos á verlo—dijo Aben-Shariar tomando distancia y desenvainando su espada; tirad de vuestra espada, señor César Malatesta.

—Malatesta tiró de su espada con fiereza y dijo á Aben-Shariar:

—¿Es esto un duelo, monseñor?

—Entre nosotros, por lo que yo soy, no hay duelo posible; esto es una prueba; poneos en guardia, señor Malatesta, y acometed y defendeos bien, como yo si tuviera ansia por mataros, ó vos ansia de matarme á mí.

—Perdonad, monseñor; pero me parece que este no es lugar á propósito para esa prueba; al ruido de las espadas acudirá gente.

—No acudirá nadie.

—En buen hora, monseñor; creo que me habeis dicho que ataque y me defienda como si esta prueba fuese realmente un duelo.

—Eso he dicho y eso repito—contestó Aben-Shariar.

—¿Y si os mato, monseñor?—dijo sonriendo de una manera sesgada Malatesta.

—Como eso no puede suceder, no hay que pensar en ello—dijo friamente Aben-Shariar.

—¿Decís que no puede suceder que yo os mate?—dijo palideciendo de cólera César Malatesta.

—No—repitió con doble frialdad Aben-Shariar.

—Ved que me insultais, y que ante un insulto, me importa muy poco tener delante de mí espada todo el Consejo de los Diez—dijo Malatesta ya completamente dominado por la cólera.

—Así os quiero—dijo Aben-Shariar, cuya voz había tomado algo del acento de la voz del com-

bate; ea, ved si podeis matarme; y para que tengais más confianza, os advierto que yo no haré más que defenderme; que no os atacaré.

—Hareis mal, porque yo voy á atacaros.

—Os espero.

—Malatesta midió la distancia, y en vez de lanzarse en un ataque brusco, se limitó á probar la firmeza de la guardia de Aben-Shariar.

—¡Ahl sois sereno—dijo Aben-Shariar—; se os pasa la cólera en el momento del combate; pues mejor; así podré juzgar de todo lo que valeis.

Y mientras decía estas palabras sin descomponerse, cargaba el hierro de Malatesta.

—Tenéis el puño de hierro, monseñor—dijo Malatesta—, y es necesario cambiar con vos de ataque; probad si sois tan ágil como fuerte.

Y tras estas palabras, Malatesta dejó la guardia alta, se encogió como un tigré y empezó á salir de línea y á usar de todas las tretas de un condotiero.

Pero siempre encontraba de frente á Aben-Shariar; siempre firme en una guardia impenetrable.

De repente, Malatesta dió un salto de costado, y cambió su espada á la mano izquierda.

—¿No sabeis más que eso?—dijo Aben-Shariar—; y la espada de Malatesta saltó de sus manos.

Malatesta estaba desarmado, y á discreción de Aben-Shariar, que dió un paso atrás y envainó su espada,

En aquel momento, Malatesta había cegado de cólera al verse desarmado, cogió rápidamente del suelo su espada, y tiró una terrible estocada á Aben-Shariar.

Pero éste estaba en guardia aún, paró con el brazo aquella estocada, se entró sobre Malatesta, le asió por la muñeca y le hizo soltar de nuevo la espada.

—Esperaba este último golpe—dijo Aben-Shariar—; pero no debeis usarle, señor César Malatesta; es hacer demasiado el condotiero; ese es un golpe villano que no debe usar nunca un patricio; á pesar de su villanía y de su rapidez, y de que ha sido tirado de una manera maestra, de nada os ha servido; está visto que vos no podeis matarme más que á traición, y esto si me cogéis dormido.

Malatesta se avergonzó.

—Tomad, tomad vuestra espada—le dijo

Aben-Shariar—, envainadla y salgamos de aquí.

Malatesta envainó confuso su espada, y rehaciéndose, dijo:

—Sois el primer hombre que me ha hecho su juguete; sois el primero que me ha resistido.

—Es que á todo hay quien gane—dijo Aben-Shariar—; pero salgamos de aquí; el diablo nos espera en el palacio Conti.

—Un momento, si os place, monseñor: ¿á qué esta prueba de armas?

—Un capricho—respondió Aben-Shariar—; tenéis tal fama de buena espada, que he querido probar si érais mejor espada que yo.

Si Malatesta hubiera podido leer en el pensamiento de Aben-Shariar, hubiera visto que aquella prueba no había sido un capricho.

Aben-Shariar había contestado en su pensamiento á la pregunta de Malatesta lo siguiente:

—Quería saber si me vencías, para saber si podías vencer á Gabriel de Espinosa; pero yo te he vencido, Malatesta, y Gabriel me vence á mí; no puedes, pues, vencerle.

—¿Y tenéis empeño, monseñor, de ir al palacio Conti?—dijo Malatesta.

—Sí; un grave empeño—contestó Aben-Shariar.

—Será necesario que yo vaya á mi casa por la llave del postigo del palacio; el palacio pasa por deshabitado, y será inútil que llamemos á su puerta, porque no nos abrirán.

—Lleguemos al palacio—dijo Aben Shariar, que después veremos cómo podemos entrar en él.

—Como queráis, monseñor.

Y salieron.

En las escaleras encontraron á Nicolino Razzi, que estaba inmóvil, esperando pegado á un rincón.

César Malatesta miró profundamente á Nicolino, y á pesar de que no le conocía y de que tenía todas las trazas de un criado de patricio rico, Malatesta dijo para sí:

—Esbirro tenemos de escolta.

Y siguió bajando las escaleras al lado de Aben-Shariar.

Al pie de las escaleras esperaba respetuosamente el hostelero, no sabemos si para recordar con su presencia que no se le había pagado, ó para hacer los honores de la casa á Aben Shariar y á Malatesta.

Si era lo primero, Aben-Shariar le sacó del cuidado, dándole al pasar y de una manera que

quería decir que no era necesario el cambio, dos cruzados de oro.

El hostelero se inclinó profundísimamente, y siguió hasta la puerta exterior á Aben-Shariar, exclamando:

—Agradecidísimo, excelencia: mi casa es vuestra, y mi persona vuestra, y todo cuanto es mío, excelencia; yo espero que vengáis á menudo á honrar mi pobre casa, excelencia.

Y antes de que hubiesen llegado á la góndola que esperaba á Aben-Shariar, ya había soltado otras cien excelencias el hostelero.

Antes de entrar en la góndola, Malatesta abarcó con una rápida mirada al gondolero, que estaba indolentemente reclinado en la popa, sobre la caña del timón.

—Otro esbirro tenemos—dijo para sí Malatesta.

En cuanto á Aben-Shariar, no parecía ni aun reparar en él.

Y en efecto; aquel gondolero era Brachioforte, el mendigo que poco antes estaba tendido al sol en la puerta del palacio del Dux, y á quien Rugiero, secretario de Barbarigo, había mandado con una señal vigilase á Aben Shariar.

Nicolino y Brachioforte cambiaron una rápida mirada de inteligencia.

Aben-Shariar y Malatesta entraron en la góndola, y luego en el interior de su litera.

Nicolino se quedó entre la litera y el gondolero que estaba á proa.

—¿Adónde, excelencia?—dijo Nicolino á Aben-Shariar.

—Al canal de Monforte, delante del palacio Conti.

Nicolino repitió esta orden al gondolero, que estaba á proa, y que se puso densamente pálido, porque los gondoleros venecianos son muy supersticiosos, y el palacio Conti, como sabemos, tenía muy mala fama.

—¿Al canal de Monforte, mi señor?—dijo el gondolero con la voz trémula—; hace ya mucho tiempo que no cruza una góndola por el canal de Monforte.

—¡San Marcos y Venecia!—dijo Nicolino rápidamente y en voz baja al gondolero.

Puesto éste entre el Diablo y la República, prefirió estar bien con la República, é impulsó la góndola.

—Al canal de Monforte—dijo Nicolino á Brachioforte, que permanecía indolentemente recl-

nado en la popa, y que se incorporó para volver la góndola, después de lo cual volvió á reclinarse y á cerrar los ojos como si se sintiera dominado por un eterno sueño.

Nicolino se sentó en un banco hacia la proa.

La góndola seguía adelantando lentamente; Aben-Shariar y Malatesta hablaban de cosas diferentes.

Una hora después llegaron al canal de Monforte, que estaba solitario y silencioso.

El palacio Conti era un enorme edificio gótico, robusto, sombrío, con grandes ventanas ogivales cerradas por vidrieras de colores, reforzados los muros por botareles, sobre cada uno de los cuales se levantaba una pirámide crestada, coronados aquellos muros de pirámide á pirámide por una balaustrada calada sobre un cornisón ricamente ornamentado; sobre la puerta, ancha, maciza, robusta, corría un balcón de piedra, sobre el cual se veían tres ajimeces calados, y en la parte superior un ancho escudo con un grifo alado partido por una banda diagonal y encerrado entre los lambrequines que descendían del yelmo.

Estas eran las armas de los Conti.

En el ala derecha del palacio, en su ángulo, había un pequeño torreoncillo, de esos que dentro de sí tienen una estrecha escalera de caracol, y junto al torreoncillo, en el muro, un pequeño postigo, por el cual apenas cabía una persona.

Este palacio era seco, severo, construido con una piedra gris, y de un aspecto completamente sombrío.

La góndola, á una inclinación de Nicolino, se detuvo delante del postigo del palacio, atracó al borde del canal, y Aben-Shariar y Malatesta se dirigieron al postigo.

Nicolino se quedó en la góndola, y Brachioforte continuó dormitando sobre la popa.

—No sé cómo hayamos de entrar por este postigo—dijo Malatesta—; aunque el palacio estuviera habitado, no oírían que llamábamos á él.

—Es que no llamaremos—dijo Aben-Shariar sacando unas llaves de su escarcela.

—¡Ahl! ¡Teneis las llaves!—dijo Malatesta.

—El Consejo de los Diez tiene las llaves de todos los palacios de Venecia—contestó Aben Shariar abriendo con la más pequeña el postigo—; entrad, y ya que conocéis tan bien este palacio, conducidme á las habitaciones de Elena.

Malatesta y Aben-Shariar entraron, y el postigo volvió á cerrarse.

Nicolino se deslizó á lo largo de la góndola, y llegó á la popa.

—¡Eh! Dormilón—dijo dando una palmada en un hombro á Brachioforte—; parece descendiente de un gusano de seda.

—Quien duerme vela—contestó con acento cansado Brachioforte.

—¿Conoces á los patricios que acaban de entrar en el palacio?

—Sí; y tú?

—Los conozco tanto, que me parece que tú no los conoces bien.

—Me mandan y obedezco; si como se me ha mandado seguir á monseñor Pietro Mastta se me hubiera mandado seguir al Dux, le hubiera seguido; si monseñor Pietro Mastta me mandara seguir al secretario Rugiero Pietriboni, le seguiría hasta su lecho, sin dejar de seguir al señor Pietro Mastta; diría al uno todo lo que supiese del otro, y al otro todo lo que supiese del uno.

—Te convertirías en dos.

—Y en doscientos me convertiré si es necesario.

—Dices bien; pero se nos hace trabajar mucho y se nos paga poco.

—La República es como una tela de araña; la cuestión no es enredarse en ella, porque una vez enredados, se acaba por convertirse en hilo de la misma tela donde siguen enredándose otros y otros. Pero déjame dormir, que he pasado mala noche.

—Di, ¿tú has estado espionando á cierto extranjero? Te vi pasar tras él á las doce por la plaza de San Marcos.

—Puede ser—dijo Brachioforte—; pero estás muy hablador, y ya sabes que al Consejo de los Diez le gusta que sus agentes sean muy silenciosos.

—Ahora—dijo Nicolino—no estamos en los dominios de la República.

Entresabrió los ojos Brachioforte, y dijo posando una mirada fría en Nicolino:

—¿Pues en dónde estamos, si te place?

—Mira en torno tuyo, Brachioforte—, aquí no hay más vivientes que nosotros, y el gondolero que tiembla de miedo y espera de un momento á otro que una legión de diablos salga del palacio, porque estamos en los dominios del diablo, donde no se atreven á entrar más que los locos

y los ímptos que no creen en el diablo, porque no creen en Dios.

Se estremeció ligeramente Brachioforte.

—Estamos tan solos —dijo Nicolino— que si á mí se me ocurriera darte una puñalada y tirarte de cabeza al canal, nadie podría saber de qué cuerpo era la mano que te había herido.

—Tú haces traición á la República—dijo incorporándose perfectamente despierto Brachioforte.

—Y tú también vas á hacer traición á la República—dijo Nicolino.

—¡Vcl

—Tú.

—Hacer traición á la República es morir—dijo sombríamente Brachioforte.

—Morir es también atreverse á la querida de un senador del Consejo de los Diez, ó mejor dicho, atreverse á tener amores secretos con ella.

Brachioforte miró de una manera terrible á Nicolino.

—Me están dando ganas —dijo éste con una impasibilidad irritante— de ocupar tu plaza de dormilón, que está mejor pagada y da menos trabajo que la de los otros esbirros.

—¡Nicolinol—dijo Brachioforte— estamos en los dominios del diablo, no nos ve nadie más que el gondolero, que como tal, está acostumbrado á callar; si se me ocurre darte una puñalada, no habrá nadie que diga de qué cuerpo es el brazo que te la ha dado.

—Esas son simplezas —dijo sonriendo Nicolino—, porque aunque tú te llamas Brachioforte y estás acostumbrado á dar miedo á todo el mundo, hay alguno que tiene el brazo tan fuerte como tú, y que no teme á nadie, ni aun al diablo, ya lo estás viendo, porque yo estoy tranquilo en el canal de Monforte, y tú estarías mejor que aquí y con más tranquilidad en cualquiera otra parte.

—Entendámonos —dijo Brachioforte— ¿quién te ha dicho lo de la querida del senador?

—Si crearás tú que eres el único que sabe todo lo que pasa en Venecia; si crearás tú que siempre que entras en casa de Rosina no te ve nadie.

—Pues si lo sabes, Nicolino, y quieres que seamos amigos, cállalo; porque si el senador Al-drobandini lo sabe, Rosina y yo podemos ir ajustando cuentas con el diablo.

—Si hubiéramos hablado así desde el principio hubiéramos excusado palabras —dijo Nicolino.

—¿Y bien, qué he de hacer yo?—preguntó Brachioforte completamente domesticado.

—Ahora, dormir; luego, ponerte á las órdenes de monseñor Pietro Mastta.

Nicolino se deslizó hacia la proa, se reclinó en el banco y se echó verdaderamente á dormir, porque estaba muy cansado.

Poco después Brachioforte dormía ó parecía dormir profundamente en la popa de la góndola.

—Ha llegado la hora, señor César Malatesta, de que sepais cómo se espía en Venecia—dijo Aben Shariar.

—¡Ahl ¡Venimos á espíar, á las gentes que viven en el palaciol

—Exactamente; y como vamos á salir de estas estrechas escaleras y yo no conozco las entradas ni las salidas, llevadme á un aposento donde no haya peligro de que nadie me vea.

—Sigamos entonces subiendo, hasta llegar á la parte alta del palacio.

Malatesta y Aben-Shariar acabaron de subir las escaleras, se encontraron en un polvoriento corredor, en el cual había á derecha é izquierda algunas puertas; Malatesta abrió una de ellas, y entraron en un aposento en que había muebles viejos.

—El lugar no es muy digno, monseñor—dijo Malatesta—; pero, aunque permanecierais en él durante muchas horas, podríais estar seguro de no ser visto; por aquí se pasan años enteros sin que suba nadie.

—Pues es necesario que alguien suba.

—¿No decís, monseñor, que no quereis ser visto de nadie?

—Lo que no quiero es producir una alarma siendo visto de improvise; pero vos sois en esta casa una persona muy conocida.

—Demasiado, monseñor.

—¿Cuántos criados hay aquí?

—Cuatro criados viejos, y una vieja criada que sirve inmediatamente á Elena.

—Pues bien, señor César Malatesta; buscadme á uno de esos criados, y traedle aquí.

Malatesta salió.

Algunos minutos después volvió con un hombre como de sesenta años, con toda la traza de un antiguo criado de casa rica.

Al ver á Aben-Shariar, se sorprendió.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Aben-Shariar.

—No sé con qué derecho, ni para qué se me

hace esa pregunta por una persona á quien no conozco—dijo secamente el criado.

—Mira—contestó Aben-Shariar abriéndose las ropas y dejando ver sobre su pecho las terribles iniciales C. D. X.

El criado palideció y retrocedió instintivamente.

—¡La inquisición del Estado aquí!—dijo con voz cobarde, y lanzando á Malatesta una mirada que quería decir: Nos habéis hecho traición.

—Nada tienes que temer si me dices la verdad; pero témelo todo si mientes—dijo Aben-Shariar.

—Preguntad, excelencia—dijo temblando el criado.

—¿Cómo te llamas?

—Giuseppe Basili.

—¿Qué edad tienes?

—Sesenta años.

—¿Cuánto tiempo hace que sirves á los Conti?

—Cuarenta años, día por día, excelencia.

—Entonces, ya estabas en la casa cuando contraí matrimonio Salvator Conti.

—Sí, excelencia.

—Entonces, tú sabes que Salvator Conti mató á su esposa y al amante de su esposa.

—Sí, excelencia.

—Sabes también, que hace diez años, Elena, tu señora, mató á los asesinos de sus padres.

—Sí, excelencia.

—Tú serías sin duda uno de los criados que enterraron en los subterráneos del palacio á los doce hombres á quienes tu señora había envenenado.

—Sí, excelencia.

—Cuéntame, cuéntame cómo fué aquello.

—Es muy sencillo, excelencia; Salvator Conti no hacía vida marital con su esposa, y, sin embargo, su esposa dió á luz á Elena antes del año de su matrimonio. María había logrado ocultar su estado embarazoso, y nada supo Salvator Conti hasta que llegó la hora del alumbramiento. Salvator Conti no dijo ni una sola palabra á su esposa; más aún: había dado su nombre á Elena, como si hubiera sido hija suya; pero había meditado en secreto una terrible venganza, una venganza paciente que esperaba la hora de satisfacerse por completo y sobre seguro. Durante tres meses, después del alumbramiento de María, nada dijo; pero á los tres meses, una noche entraron recatadamente, y uno por uno, por el pos-

tigo, once hombres, parientes todos de Salvator Conti, y uno á uno se ocultaron en las habitaciones contiguas á la habitación de María.

Dos horas después, á la media noche, Salvator Conti, que observaba desde una de las ventanas del palacio, vió aparecer en el canal una góndola negra que se acercaba silenciosamente y se detenía delante del postigo.

De aquella góndola salió un hombre que parecía griego por su traje, y griego corsario.

Poco después, aquel griego y María eran sorprendidos por Salvator Conti y sus once parientes.

Los criados habíamos acudido también.

El griego y María fueron estrangulados, atados el uno al otro, sacados del palacio, y arrojados al canal de Monforte.

—Basta—dijo Aben-Shariar—; conozco esa historia y veo que preguntado por la República, no te atreves á engañarla; veamos si continúas diciéndome la verdad; vengamos al momento presente; ¿quién habita en el palacio?

—Mi señora, Giovanna su aya, el cocinero, dos mozos de limpieza y yo, que soy el mayor domo.

—¿No habita nadie más?

—Sí, señor; desde hace tres días, han aparecido en la casa un cardenal romano y un fraile portugueses.

—¿No ha venido á ver á ese fraile y á ese cardenal ninguna persona?

—Sí, señor; anoche á la media noche vino un extranjero, á quien yo di entrada por el postigo y llevé á las habitaciones que ocupan el cardenal y el fraile.

—¿Qué señas tiene ese extranjero?

—Alto, blanco, ojos azules, cabellos y barba rubia y entrecanos, como de cincuenta años, y altivo y soberbio como un rey.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el palacio ese extranjero?

—Pasó toda la noche conferenciando con mi señora, el cardenal y el fraile, y salió esta mañana á las ocho.

—Perfectamente; será preciso perdonarte la participación que has tenido en los crímenes de esta familia, porque no mientes á la República y la sirves bien diciéndome la verdad.

—Salvator Conti era un hombre terrible, á quien todos temíamos, y si no nos hubiera obligado por terror á ser cómplices de sus crímenes,

no permaneceríamos aún en su casa sirviendo á Elena, que es tan terrible como Salvator Conti.

—Ve y dí á los demás criados que aquí está conmigo la República de Venecia; que si me ven se aparten silenciosamente de mi paso y callen; que nada sepa Elena; vuelve después de hacer esta prevención á tus compañeros, y cuanto antes.

Giuseppe salió pálido como un muerto.

—Vos, señor César Malatesta, id á los aposentos de Elena, y entretenedla en ellos; motivo tenéis bastante: decidla que habéis meditado bien, que habéis comprendido cuánto os ama, que estáis dispuesto á ser su esposo. Ella, que verdaderamente os ama, encontrará esta noticia tan grata, que no sabrá separarse de vuestro lado; y como un hombre que ha de ser marido de una mujer tiene derecho á conocer su historia, pedidla los papeles que contenía el pliego cerrado que le entregásteis hace diez años de orden del Consejo de los Diez. Permaneced con ella hasta la noche, y cuando salgáis id á buscarme á bordo de mi nao la *Bella Genovesa*, que está anclada en el puerto; id.

César Malatesta se inclinó, y con el semblante más sombrío del mundo salió, dejando sólo á Aben-Shariar.

CAPITULO VII

UN CARDENAL ROMANO, UN FRAILE AGUSTINO Y UN CORSARIO TUNECINO

Giuseppe Basili no tardó en volver.

—Ya están cuplidas vuestras órdenes, excelencia—dijo.

—Condúceme á las habitaciones que ocupan el cardenal y el fraile.

—Voy á tener el honor de guiaros, excelencia—dijo Giuseppe, y se puso en marcha.

Hizo dar vueltas y revueltas por pasadizos y galerías á Aben-Shariar, bajar escaleras, y al fin se encontraron en el departamento de las habitaciones principales.

Giuseppe se detuvo delante de una mampara de cuero, y dijo á Aben-Shariar:

—Esta es la puerta de la antecámara de las habitaciones donde están aposentados esos dos señores.

—¿Y por esa antecámara—dijo Aben-Shariar no se puede ir á ninguna otra parte?

—No, excelencia; estas habitaciones están completamente independientes: son las que ocupaba mi difunto señor.

—Pues bien: abre y retírate.

—¿Y si necesitáis algo, excelencia?—dijo Giuseppe, á quien el terror había hecho muy servicial.

—Haré que el cardenal ó el fraile te llamen; vete.

Giuseppe se alejó, y Aben Shariar entró, atravesó la antecámara y penetró en una gran cámara magníficamente amueblada, aunque con un gusto muy antiguo, en cuyo fondo, sentadas junto á una mesa, había dos personas.

La una, por su traje talar de púrpura, y por la hechura particular de aquel traje, dejaba conocer á primera vista que era un cardenal; la otra, por su hábito blanco con manto negro, que era un fraile agustino.

En efecto, aquellas dos personas eran el cardenal Jenaro de Montalto y el fraile agustino portugués fray Miguel de los Santos.

Estaban tan distraídos, era tan gruesa la alfombra que apagaba el ruido de los pasos de Aben-Shariar, que no repararon en él hasta que llegó junto á ellos.

El primer movimiento de entrambos fué ponerse de pie sorprendidos. No conocían á Aben-Shariar, ni esperaban que un desconocido los visitase en un lugar donde se creían perfectamente ocultos, bajo el amparo del diablo, ficticio morador del palacio Conti.

Aben-Sariar no tenía, sin embargo, en su semblante nada de amenazador; por el contrario, miraba de la manera más benévola del mundo al cardenal y al fraile.

—¿Quién sois?—dijo con acento severo Jenaro de Montalto. —¿Quién sois y por qué estáis aquí?

—Me llamo Pietro Mastta—dijo Aben-Shariar con acento afable y cortés—, y estoy aquí porque vosotros sois amigos del rey don Sebastián de Portugal, que vive de incógnito en Venecia, y yo soy también amigo del rey.

—El rey don Sebastián de Portugal—dijo Jenaro de Montalto—, murió hace diez y siete años en Africa, y por lo mismo no podemos ser sus amigos, porque respecto á los muertos no se puede tener, cuando más, otra cosa que una buena memoria.

—¿Y vos qué decís á esto, fray Miguel de los

Santos? — dijo hablando en buen portugués Aben-Shariar, como había hablado antes en buen romano al cardenal Montalto. — ¿Se dice también en Madrigal que el rey don Sebastián murió en la batalla de Alcázar-Kivir?

— No comprendo por qué me haceis esa pregunta — dijo perfectamente sereno fray Miguel de los Santos.

— Creo, y digo mal, sé de seguro que sois uno de los religiosos más respetados y más doctos del convento de agustinos de la villa de Madrigal, en Castilla la Vieja.

— Eso es cierto, señor; pero me extraño de que tengáis tan exactas noticias de mí, cuando yo creía ser perfectamente desconocido en Venecia.

— Creáis también, señores — continuó Aben-Shariar —, que entrando una noche obscura en Venecia y ocultándoos en un palacio á quien el vulgo mira con un terror supersticioso, porque tales cosas, tales crímenes han pasado en él, que se le cree habitado por el diablo; creáis, señores, repito, que dentro de este palacio estaríais perfectamente ocultos, y, sin embargo, aún no hace tres días que habéis llegado á Venecia, y ya tenéis delante de vosotros al Consejo de los Diez.

Al decir estas palabras, Aben-Shariar tomó un acento y un gesto altivo y severo, se puso el birrete y se abrió el rico sayo de terciopelo, dejando ver las tres letras bordadas en plata que ya conocemos, sobre su justillo.

Por más que el cardenal y el fraile fuesen serenos y estuviesen colocados en una posición en que no era fácil que nada los dominase, palidieron al ver aquellas tres letras.

Tal terror inspiraba el Consejo de los Diez.

— Yo soy príncipe de la santa Iglesia romana — dijo Jenaro de Montalto —, y estoy inmune de todo otro poder que no sea el poder del Papa.

— Yo soy vasallo del rey católico don Felipe II — dijo fray Miguel de los Santos.

— Venecia — dijo, sentándose en un sillón, Aben-Shariar — no reconoce inmunidad en nadie que pise su territorio; no hay temor que impida á Venecia ejercer su poder; y luego, señores, en Venecia se pierde un hombre sin que nadie sepa cómo se ha perdido ni adónde ha ido: os aconsejo, pues, la prudencia; yo, ante vosotros, no soy más que á medias miembro del Consejo de los Diez.

— ¡Ahl! — dijo con admiración Jenaro de Montalto. — ¿Vos sois, monseñor, uno de esos diez fuertes varones que mantienen sobre sus hombros el peso de la gloria de Venecia?

— Sí, monseñor; tengo la honra de participar de los cuidados y de las amarguras del gobierno.

— Y bien, monseñor: la situación en que nos encontramos es ya distinta — dijo Jenaro de Montalto —; no se trata ya de un desconocido, sino de un príncipe de Venecia.

— Príncipe, no; ciudadano.

— Uso de una palabra genérica; príncipe es el que manda — dijo Montalto.

— Pues bien — dijo Aben-Shariar, quitándose de nuevo el birrete y poniéndose otra vez de pie —, yo no soy aquí príncipe; porque en la situación franca en que creo nos hemos colocado, yo aquí no mando, suplico; sentémonos pues, señores, y hablemos con lealtad.

Aquellos tres personajes se sentaron.

El terror había desaparecido de los semblantes del cardenal y del fraile, y la severidad y la amenaza del semblante de Aben Shariar.

— El rey don Sebastián — dijo éste — está en Venecia de incógnito, sí; pero fuertemente protegido por el Consejo de los Diez y habitando con su familia en un palacio del Estado, viviendo, en fin, por cuenta de Venecia; el rey don Sebastián volverá á Portugal cuando sea oportuno, cuando todo esté preparado, cuando su vuelta á su reino no sea una empresa tan temeraria como lo fué su expedición á Africa; el rey de Portugal no se ha hecho prudente con la desgracia: le devora la impaciencia, y, por otra parte, el celo de nuestro santísimo padre Clemente VIII, á quien tarda ver repuesto en su trono al rey don Sebastián, es tan funesto como lo fué en otro tiempo el celo inmoderado de Gregorio XIII porque fuese á combatir á los infieles. Venecia es más prudente que Roma, y no por eso Roma es más amiga del rey don Sebastián que Venecia, ni Venecia tiene menos interés que Roma en que el rey don Sebastián recobre su trono. Todo lo que sea amenguar el poder del ambicioso Felipe II es conveniente, no sólo á Roma y á Venecia, sino al mundo entero; y Venecia especialmente está obligada á ser enemiga del rey de España. Desde que Fernando V obtuvo por conquista el reino de Nápoles, los monarcas españoles tienen fija la vista hambrienta en la reina del Adriático; ya Carlos V nos

envío sus ejércitos y nos obligó á gastar mucha sangre y mucho oro. Felipe II no da muestras de contenerse en la política aventurera que le legó su padre, ni su vejez ha amenguado su ambición, ni Europa puede estar tranquila mientras una coalición fuerte no sea un escudo que la preserve de las garras de esa aguililla de dos mundos. He aquí por qué Enrique IV de Francia ayuda con tropas y dinero á los calvinistas de los Países Bajos contra los ejércitos del rey de España; he aquí por qué Isabel de Inglaterra amenaza perpetuamente el poder marítimo de Felipe II; he aquí, en fin, por qué Venecia y Roma, al par, favorecen al rey don Sebastián de Portugal, que, sinceramente hablando, no encontraría tan decidido apoyo si Felipe II no fuese tan formidable.

Hablando de aquel modo, Aben-Shariar no era el pirata tunecino, ni el amante sin esperanza de Sayda Mirian, que llegaba en la abnegación de su amor hasta el punto de exponerlo todo por satisfacer el anhelo del amor de Sayda Mirian á Gabriel de Espinosa; no era ese hombre egoísta que, elevado á altos cargos, sacrifica el amor de la patria á su interés individual: era realmente un ciudadano de Venecia, un digno miembro del Consejo de los Diez, que velaba entre la sombra y el misterio por la patria.

Jenaro de Montalto y fray Miguel de los Santos le miraban con respeto.

Aben-Shariar era entonces una representación perfecta de la política de Venecia.

—Es de deplorar—dijo Aben-Shariar—la conducta incalificable y misteriosa, acerca de este negocio, de Roma y Portugal; porque vos, cardenal Jenaro de Montalto, sois aquí un delegado del Papa, como vos, fray Miguel de los Santos, sois delegado de la nobleza portuguesa que se agita indignada entre el dominio de Felipe II, que, aparentando respetar las antiguas leyes y los libres fueros de Portugal, desploma, sin embargo, sobre él todo el peso de su tiranía y mantiene sobre su territorio, como sobre un país conquistado, pero mal sujeto, un ejército cuyo general es el terrible, el durísimo duque de Alba, delante de cuyo nombre va el terror.

—Venecia es fuerte—dijo el cardenal Montalto—, y como fuerte, considera con gran calma las cosas, exagera la prudencia, y deja crecer entretanto al enemigo; de modo que, cuando es de todo punto necesario al fin ponerse frente á

frente de él, siempre sale perjudicado el más débil de los que forman la coalición contra el enemigo común. Venecia, monseñor, permitidme que os lo diga, tiene una política egoísta y fría; ayuda á los débiles contra los poderosos para que los poderosos no se hagan más fuertes absorbiendo á los débiles, y no obra con energía sino cuando el peligro avanza de frente hacia ella; pero ni Roma ni Portugal se encuentran en el mismo caso; Roma se encuentra sola; Inglaterra, Flandes, Holanda son protestantes; Italia deja inerte que el Papa defienda como pueda las prerrogativas de la Iglesia; el rey de Francia es un luterano que se ha convertido por una corona, porque según su célebre dicho, *Paris bien vale una misa*. El católico, el cristianísimo rey de España, que es como lo han sido todos los reyes españoles, y más que ninguno de ellos, antipapista, reconoce la supremacía del Papa; pero ante esta supremacía pone las regalías de la corona de España, que no son más que una partición en el poder del Papa, sostiene lo que se llama la independencia de la Iglesia española. Felipe II pesa sobre Roma, como pesa sobre todo, con una gravedad que abruma, con la gravedad de la tierra de una tumba; por eso Roma ansía quebrantar al coloso, y ayuda en cuanto puede á los que han de obligarle á multiplicar sus fuerzas.

—Y por lo mismo, permitidme, monseñor, que os interrumpa: Felipe II, que es el hombre más laborioso y más receloso del mundo, multiplica sus agentes, paga la traición á peso de oro, procura saberlo todo y lo sabe; ve que Roma, que le llama su hijo predilecto, conspira contra él, y se hace más y más antipapista, acechando á Roma desde un rincón del templo del Escorial con el rosario en la mano. Felipe II os conoce porque sois imprudentes, al paso que su política es inútil contra Venecia, porque la política de Venecia es más tenebrosa, más profunda, más paciente que la suya, y por lo mismo, más poderosa. En estos momentos Felipe II saba sin duda que estáis en Venecia; pero no sabe ni puede saber que Venecia os ayuda; Felipe II ha perdido aquí vuestra pista; no puede dar con ella, porque el Consejo de los Diez percibe hasta el aliento de los agentes que el rey don Felipe tiene en Venecia, y no les permite la más pequeña libertad de acción. Felipe II sabe que aquí hay un extranjero que se llama Gabriel de

Espinosa, y que se parece tanto en cuerpo y en alma al rey don Sebastián de Portugal, que hay que creer, ó una de dos: ó que el rey don Sebastián no murió en su temeraria expedición á Africa, ó que el rey don Sebastián ha resucitado. Sabe esto el rey don Felipe, porque para que en todo se parezca Gabriel de Espinosa al rey don Sebastián, es temerario é imprudente. Entró de noche en Venecia rodeado de agentes de la República, mudos, fríos, insensibles como el mármol; de noche entró con su familia en un palacio de la República rodeado por agentes que no permitían observación alguna de la parte de afuera. Sin las imprudencias del rey don Sebastián, Felipe II, que durante diez y siete años no sabía lo que había sido de su sobrino, porque Felipe II sabe demasiado que su sobrino el rey don Sebastián no ha muerto, hubiera continuado ignorando su suerte. Africa ha defendido con su barbarie, con sus casas cerradas á todo el mundo, al rey don Sebastián, porque en Africa no puede ejercerse ni fácil ni difícilmente un espionaje. A ser paciente el rey don Sebastián, nada hubiera podido saber de él Felipe II hasta el momento en que se hubiera presentado con una armada en las aguas de Lisboa. Una vez en tierra, una vez apoderado de su corte y de su trono, no era ya el rey don Sebastián un hombre á quien pueden tenderse asechanzas, sino un rey bravo é impetuoso puesto al frente de un respetuoso ejército sobre su reino, ansioso de sacudir el yugo de Felipe II.

Movió de una manera negativa y desalentada la cabeza el cardenal Montalto.

—Nunca—dijo con voz apagada—prestaría Venecia sus naves y su ejército al rey don Sebastián. Venecia es enemiga de todo el mundo en secreto, estrecha á todo el mundo en público la mano como amiga; pero al estrecharla, prueba la fuerza que tiene el brazo á que está unida aquella mano. Venecia no obra jamás de frente...

—Y por eso vive—dijo Aben-Shariar—: el *divide et impera* de Maquiavelo; principio de todas las políticas fecundas, es la base de la política de Venecia. Lo que se puede hacer secretamente con la astucia y con el oro, no debe hacerse con la fuerza y con el hierro. Es necesario evitir la guerra, la guerra es el azote de los Estados, y una vez en el camino de la guerra, no es fácil retroceder ni calcular hasta dónde pue-

den llegar las consecuencias. España es un ejemplo de ello; si Felipe II no hubiera heredado enemigos y complicaciones del emperador su padre, que necesitaba guerrear para vivir; si Felipe II no hubiera encontrado empeñada la honra de su corona en guerras funestas que no podía desatender sin condenarse á una postración de muerte, Felipe II hubiera sido tan tenebroso y tan astuto como Venecia; y aun así, obligado á ser lo que no quisiera ser, obra en cuanto puede como obraría si hubiera heredado la corona libre de todo empeño, de toda complicación. Volved la vista á España, y mirad entre sus laureles el amargo fruto que producen las continuadas, las multiplicadas guerras; la voz española resuena irritada en todas partes; en todas partes resuena el estampido del cañón español. España es un guerrero viejo acostumbrado á la guerra, fuerte y terrible todavía; pero que muere de la enfermedad de la guerra que se enlanguidece, la empobrece, á pesar de los ríos de plata que le vienen de América, y con los cuales apenas puede remendar sus harapos. Su cabeza está oculta bajo sus sangrientos laureles; pero es necesario ser ciegos para no ver que esos laureles se van marchitando, que se secarán muy pronto, porque la sangre, cuando es demasiada, es un riego funesto. En cuanto lo de que Venecia no prestaría jamás al rey don Sebastián ni á nadie una armada y un ejército, decís muy bien, monseñor; la fuerza de Venecia es la paz; el olivo es un árbol fructífero, mientras que el laurel es completamente infecundo. No por eso Venecia es débil; si fuera débil sería absorbida y destruída; ni es tampoco cobarde, porque si lo fuera, toda su política no bastaría para que dejase de ser acometida, vencida, esclavizada. No es tampoco cierto que Venecia no haga la guerra; la hace, sí, la hace continuamente de una manera sorda y terrible, por medio de sus agentes y de su oro, que gasta á manos llenas sin prodigalidad y sin miedo. Pero de una manera segura y sin dar jamás pretexto para que se la acometa y se la obligue á gastar sangre, que es el tesoro más precioso de los Estados; sin que se distraiga un solo brazo de la industria y del comercio, que son el manantial siempre abierto y cada vez más rico de la prosperidad de un pueblo. Mirad á vuestra Venecia, siempre bella, siempre activa, siempre alegre, siempre tranquila. Observad bien lo que se ocul-

ta bajo la alegría febril de su eterno carnaval, y encontraréis algo tan serio, tan sombrío, tan poderoso, que aterra; mirad sus naves que van á todas partes cargadas de sus ricas mercaderías, y vuelven cargadas de oro; comprended cómo Venecia puede, sin desnudar la espada, abriendo simplemente su inteligencia y su bolsa, quebrantar colosos, dividir imperios, hacer sentir su poder en todas partes. De este modo será como el rey don Sebastián deberá á Venecia su trono, cuando Dios quiera que llegue la ocasión propicia. Oídmelo bien: cuando un cuerpo es fuerte y dañoso, es muy prudente abrirle las arterias para que se desangre y se debilite; y eso es lo que está haciendo ya, lo que continuará haciendo Venecia respecto á Felipe II. Los Países Bajos, Holanda, Francia é Inglaterra, son, sin saberlo, aliados secretos de Venecia. Ella compra hombres, que es lo mismo que decir que ella hace traidores; ella aconseja y avisa por medio de agentes que nadie puede sospechar tienen relación alguna con Venecia. Ella dice á un genovés ó á un judío: dad dinero para la guerra á Holanda, á Francia, á los Países Bajos; no os importe lo que os pidan ni la ganancia que os ofrezcan, porque quien da es Venecia, porque vosotros no sois más que la mano que da el oro.

—Pero Venecia está pendiente de la fidelidad ó de la traición de sus agentes—dijo Montalto.

—¡Ah, no! Los hombres que tienen sobre sus hombros el gobierno de la República, saben leer en el semblante de los hombres lo que pasa en su corazón. Además de eso, el terror y la desconfianza protegen á Venecia. La delación es su salvaguardia; la inquisición del Estado, el poder mudo, invisible, aterrador, que nada respeta en su inflexibilidad. Un ciudadano de Venecia sabe demasiado que un pensamiento de traición á la patria es la muerte; importa poco el lugar del mundo á que huya, porque allí le alcanzará el brazo de la República, y le matará de una manera invisible y aterradora. Reuníd al tino con que Venecia elige sus agentes, el terror que la República inspira, y comprenderéis que los traidores entre nosotros son imposibles; porque la traición entre nosotros, mata por sí misma; porque en el momento en que un ciudadano da el primer paso en el camino de la traición, aunque este ciudadano haya sacrificado toda una larga vida de gloriosos servicios á la República, aunque este ciudadano sea el miembro más fuer-

te y más respetado del Consejo de los Diez, y se llame, por ejemplo, Giacomo Barbarigo, no dará el segundo paso en la senda de la traición; porque apenas haya dado el primero, habrá caído muerto como herido por el rayo.

—¿Por qué tomáis para esta comparación el nombre de monseñor Giacomo Barbarigo?—dijo el cardenal Montalto fijando una mirada penetrante en Aben-Shariar.

—El color con que me habéis hecho vuestra pregunta, monseñor—dijo fríamente Aben-Shariar—, prueba la razón que he tenido para usar el nombre de monseñor Giacomo Barbarigo, en vez de haber usado otro cualquiera.

—Es decir, que vos creéis en peligro de traición á Giacomo Barbarigo.

—Aún no—dijo Aben-Shariar—; todavía no ha entrado en este palacio monseñor Barbarigo; pero ya ha habido alguien que ha ido á pedirle la mano de su hija Estéfana.

Miró con estupor el cardenal á Aben-Shariar.

—¿Quién os ha revelado eso, monseñor?—dijo.

—El aire, que oye todas las palabras que se pronuncian en Venecia y va á llevarlas á la boca del León de San Marcos.

Un temblor rápido pasó á lo largo del cuerpo del cardenal, y fray Miguel de los Santos, testigo mudo de este diálogo, palideció de una manera mortal.

—Roma tiene la impaciencia del miedo—dijo Aben-Shariar—; el miedo la aturde; no hará más que torpezas. ¿A qué habéis venido aquí, monseñor? ¿A qué ha venido aquí vuestra paternidad?—añadió fijando una profunda mirada en fray Miguel de los Santos.—A buscar lo que no podéis encontrar; á poner la tentación, y una tentación terrible delante de un barón respetable; á decir á Giacomo Barbarigo: he aquí el rescripto del Papa que anula el matrimonio contraído en Africa por el rey don Sebastián, bajo el nombre de Gabriel de Espinosa; he aquí que el rey don Sebastián puede ser esposo de Estéfana Barbarigo; he aquí que vos podéis llegar á ser padre de la reina de Portugal.

¡La República lo sabe todo!—dijo con un pavoroso asombro el cardenal Montalto.

—¡Oh, sí!—dijo Aben Shariar con un acento en que vibraban á un tiempo la indignación, el desprecio y la amenaza; la República sabe hasta de qué manera latén vuestros corazones de

miedo, señores, al saber que la República conoce vuestra traición contra ella.

—¡Nuestra traición!—exclamó de una manera indescribible el cardenal Montalto, con un acento mezclado de indignación y de terror.

—Sí, la traición—repitió Aben-Shariar—, porque los que se introducen misteriosamente en el corazón de un Estado preparándole un golpe de muerte en medio de la obscuridad y del misterio, son tan traidores como el asesino que se introduce furtivamente en una casa, y se acerca al lecho de su dueño, á quien cree dormido, con el puñal levantado.

—Permitidme, monseñor, que os diga—exclamó el cardenal Montalto—, que el rescrito de anulación del matrimonio contraído por el rey don Sebastián de Portugal en Africa, no es un puñal; no es simplemente otra cosa que una concesión del Papa á una súplica del rey don Sebastián; una concesión hecha por altas razones políticas...

—Para tentar la ambición de Giacomo Barbarigo—dijo Aben-Shariar interrumpiendo de una manera impetuosa al cardenal, con la sola intención de que Giacomo Barbarigo ponga las fuerzas y el porvenir de Venecia al servicio de su familia; porque fuera de aquí no se nos conoce; porque fuera de aquí, al ver tan respetado por nosotros el nombre de Giacomo Barbarigo, se cree que lo puede aquí todo; y esto es incurrir en un error grosero, porque no se nos conoce; una sola sospecha de traición en Giacomo Barbarigo bastaría para perderle, á pesar de sus largos años de lealtad y de sacrificios por la patria. Y esas sospechas han recaído ya sobre el noble anciano, porque Venecia lleva su perspicacia y su prudencia hasta al recelo; porque prefiere pecar de previsora, á pecar de confiada; porque el solo temor de que un pensamiento ambicioso causado por una gran propuesta, haga traidor á un ciudadano tal como Giacobbe Barbarigo, basta para que este ciudadano sea vigilado, y la suspicaz vigilancia de Venecia es ya una gran desgracia. ¿Y no es una traición, monseñor, preparar un golpe semejante á un hombre como Barbarigo, cuando se sabe ó debe saberse que de qué sombra manera se defiende Venecia

de las asechanzas que se le tienden? No se nos conoce, no; y esto me causa alegría; porque cuanto menos se nos conozca, con menos seguridad se podrá conspirar contra nosotros. Habeis sido torpes además; ¿qué importa que Barbarigo, excitado por la ambición de ver á su hija reina de Portugal hubiese procurado que Venecia incurriese en la locura de levantar un ejército y enviar una armada sobre Lisboa? Esto hubiera producido una catástrofe á Barbarigo, porque Barbarigo habría contrariado la política de Venecia y se habría declarado traidor. Afortunadamente, yo, que represento aquí al Consejo de los Diez, y por consecuencia á Venecia, soy el único que conoce este negocio, que quedará sepultado en el más profundo secreto; porque el secreto es vuestra única salvación, señores; vais á entregarme el rescrito del Papa, por el que se anula el matrimonio contraído en Africa entre Gabriel de Espinosa y doña María de Souza, para que yo le destruya.

—Un decreto del soberano pontífice no puede revocarse, monseñor; moralmente hablando, ese matrimonio está ya disuelto,

—Pues bien—dijo Aben-Shariar—; desde ahora, señores, pertenecéis á la República de Venecia; vosotros no habeis querido que este asunto se arregle secretamente, sin otra persona mediadora que yo; yo, por mi propia seguridad, por mi conciencia, por mi lealtad, no puedo menos de poner en conocimiento del Consejo de los Diez lo que sucede, y de reducirlos á prisión; llamad, pues, al mayordomo de Elena Conti.

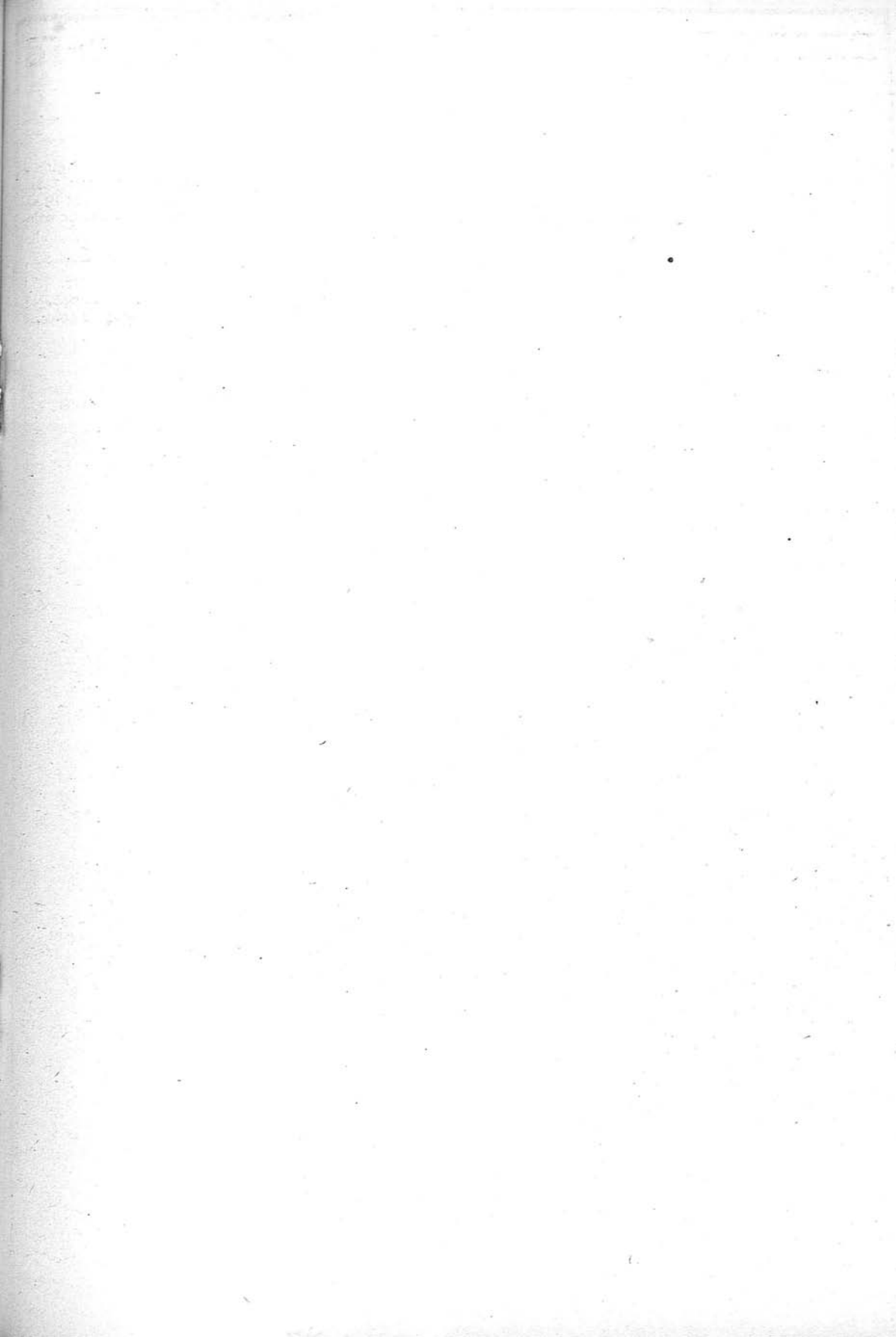
El cardenal, en silencio sombrío, pero firme, agitó la campanilla.

Poco después se presentó el mayordomo.

—Estos señores y yo—dijo Aben-Shariar—, necesitamos salir sin ser vistos de nadie.

—Seguidme, pues, monseñor—dijo el mayordomo, que temblaba al verse delante de un alto funcionario de la República, aunque no sabía que aquel alto funcionario era senador del Consejo de los Diez.

Jenaro de Montalto y fray Miguel de los Santos, que comprendieron que toda protesta y toda resistencia eran inútiles, siguieron á Aben-Shariar, que seguía á su vez al mayordomo.



EDITORIAL LLORCA y C.^a - Madrid

MESONERO ROMANOS, 42. APARTADO DE CORREOS 367

Novísima Historia Universal

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. 20.000 grabados. Historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en láminas de colores, mapas etc. *Cinco pesetas el volumen en rústica y seis pesetas encuadernado en tela.*

Acaba de publicarse el tomo VIII. «Formación de los grandes Estados.

Novísima Geografía Universal

por ONÉSIMO Y ELISEO RECLÚS, traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.^o de compacta lectura, con más de 1.000 grabados de Gustavo Doré, Henry Regnault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

Cuatro pesetas el tomo en rústica y cinco pesetas encuadernado en tela.

La Ciencia para todos

Una peseta volumen, encuadernado en pasta y con numerosos grabados.

Historia de Europa.—El mundo de los microbios.—Agricultura científica.—El Polo Artico y sus misterios.—La vida íntima de los griegos y los romanos.

Biblioteca de Cultura Contemporánea

LOS MEJORES AUTORES.—LAS MEJORES OBRAS

El Arte de Leer, por E. FAGUET, de la Academia Francesa.

La Nueva Libertad, por W. WILSON, presidente de los Estados Unidos.

Dos pesetas volumen, magníficamente presentados.

Argentina y sus grandezas

por VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Un tomo un folio, á todo lujo con más 3.000 fotografías en cobre y tricromías, encuadernado en piel y relieves. *25 pesetas.*

VOLUMENES DE PRESENTACIÓN MODERNA. CUBIERTAS Á TODO COLOR

La danza del corazón, novela, por JOSÉ FRANCÉS
3,50 pesetas (Acaba de publicarse).

Teatro de Amor, por JOSÉ FRANCÉS, 3 pesetas.

Libro de diversas trovas, por DIEGO SAN JOSÉ, 2 pesetas.

La Vida Eterna, por C. R. AVECILLA, 3 pesetas.

La Libertad de la cátedra, por M. MORAYTA.—Sucesos universitarios de la Santa Isabel. Asalto y clausura de la Universidad de Madrid por la policía, *2 pesetas.*

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras de Sherlock Holmes.

Un crimen extraño.—La marca de los cuatro.—El perro de Baskeville.—Policía fina.—Triunfos de Sherlock Holmes.—El problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos. *Una peseta volumen.*

Novelas en cartón á una peseta

La conspiración de los millonarios.—El batallón de los hombres de hierro.—El regimiento de los hinoptizadores.—El desquite del viejo mundo, por G. Guittón y G. Rouge.—Doña Martirio, por M. López Robert.—Amor de pobre, por R. de Solano Polanco.—Márgara, por A. Larrubiera.—La tirana, por E. Ramírez Angel.—El otro hogar, por Adelardo F. Arias.—Don Juan de Austria, por Antonio Santero.—In illo tempore, por E. Sánchez Vera.—De espaldas al sol, por J. Téllez y López.—El diamante del comendador, por P. du Terrail.—El crimen de la calle de la Paz, por Adolfo Belst.—Je ónimo Paturot, por Luis Ribaud.—Los hermanos de la costa, por M. González.—La corte de Luis XIV, por A. Dumas (2 tomos en rústica).

EN PREPARACIÓN.—BIBLIOTECA DE JUGUETES

Lo que cantan los niños

Magníficas tapas

en tela para encuadernar la NOVELA ILUSTRADA. Las novelas de Víctor Hugo, en 2 tomos.—Las de Tolstoy, en uno.—Los tres Mosqueteros y Veinte años después, en uno.—El Vizconde Bragelonne, en uno.—El Conde de Montecristo, en uno.—Ascanio y Las Dos Dianas, en uno.—El paje del Duque de Saboya, El Horóscopo y la Reina Margarita, en uno.—La Dama de Monsoreau y los Cuarenta y cinco, en uno.—Rocambole, en ocho.—Memorias de un médico, en uno.—El Collar de la Reina, en uno.—El Tribunal de la Sangre, en dos.—El Siglo de las tinieblas, en dos.—Angel Pitou y El Caballero de Casa Roja, en uno.—La Condesa de Charny, en dos.—Las obras de Mayne Reid, en dos.—El hijo de Artagnán y Eugenia Grandet, en uno.—El oro sangriento, Flor de Alegría y La señorita de Montecristo, en uno.—Los Mohicanos y Las lobas de Machecul, en tres.—Don Juan Tenorio, en uno.—La maldición de Dios, en uno.—Diego Corriente, en uno.—El alcalde Ronquillo, en uno.—Los Girondinos, en dos. *Precio: Una peseta.*—Forman un hermoso tomo de lujo.

Pedidos: MESONERO ROMANOS, 42, y á los corresponsales de la NOVELA ILUSTRADA